Por las veredas del pasado

1880-1902

Por

RAMIRO GUERRA SANCHEZ

RAMIRO GUERRA SANCHEZ

Por las Veredas del Pasado

1880 — 1902





LA HABANA

1957



TALLERES TIPOGRÁFICOS DE EDITORIAL LEX,
AMARGURA NOS. 259-261, LA HABANA, CUBA.

PREFACIO

CADA nación —escribí hace no menos de treinta y cinco años— es una comunidad muy compleja con un pasado, un presente y un porvenir. Su historia no es más que la explanación del proceso de formación, constitución y desarrollo de dicha comunidad. Ese proceso no se produce al azar: se halla regido por ciertas leyes generales que se derivan de las condiciones de la vida orgánica, del hecho de la vida social y de la naturaleza psíquica del hombre.

La vida orgánica se caracteriza por la continuidad de los cambios físico-químicos entre el ser viviente y el ambiente que le rodea. Cuando estos cambios son favorables al ser viviente, éste se multiplica con rapidez y se asegura un poder de expansión teóricamente ilimitado; en caso contrario lleva una vida lánguida o perece antes de completar su desarrollo. Este principio general de la Biología tiene el carácter de una ley inmutable; no admite excepciones, rige el desarrollo de las naciones como el de los individuos, los animales y las plantas.

Tratándose de la especie humana hay que consignar, sin embargo, una diferencia muy importante. Es cierto que la Tierra ejerce sobre el hombre la misma poderosa influencia que sobre los demás organismos, pero el hombre reacciona sobre la Tierra, en un esfuerzo por domeñarla y libertarse de la esclavitud que le imponen las fuerzas ciegas de la Naturaleza. La inteligencia y la voluntad humanas jamás se rinden al imperio brutal de las energías del mundo físico. La inteligencia escruta sin cesar cuanto cae bajo su dominio, penetra poco a poco lo secreto de las leyes naturales, y descubre prin-

cipios de coordinación, estabilidad y armonía que satisfacen una necesidad fundamental del hombre: la de conocer para obrar con previsión y discernimiento. La voluntad, por su parte, se manifiesta como una energía independiente y poderosa. Subyuga, reduce a domesticidad y aplica al servicio del hombre algunas de las más rebeldes fuerzas del Universo.

En su lucha tenaz con el ambiente físico los hombres jamás son totalmente vencedores ni vencidos. Un vínculo profundo e indestructible los une con la Tierra que los lleva y los nutre, y con el Cielo que los ilumina y los asocia a la energía universal del Cosmos. Así los vemos pasar en la Historia arrastrados por el torrente de los siglos, siempre en íntima concordancia con la Geografía, la cual en vano intentan remodelar totalmente conforme a las necesidades y los deseos humanos. El fondo permanente de la Historia está representado por esa lucha del hombre con los elementos naturales.

En el sentido que acaba de expresarse la Historia no es pasado muerto; es acción sin término, marcha constante en lo infinito del tiempo. Inicióse el día que Dios creó al hombre a su imagen y semejanza; terminará con el Apocalipsis. Venimos del oscuro pasado, marchamos por los intrincados vericuetos del incierto presente, y nos dirigimos sin segura brújula a lo infinito porvenir. Nacimos en la Historia, nos movemos en la Historia y nos afanamos por tratar de prever lo que la Historia puede reservarnos en lo individual y lo colectivo. Pero habremos estudiado historia en vano, a menos que nos enseñe a reforzar la esperanza con la paciencia. No debemos esperar cambios revolucionarios, sino como resultado de un proceso lento y gradual como el del natural crecimiento. Una radiante mañana puede bastar para que revienten los capullos, pero toma meses el desarrollo en flores de las semillas. En el suelo enriquecido por fertilizante lluvia, las simientes pueden haber sido bien plantadas. Podemos, por nuestra parte, regarlas y librar cruda guerra a todo cuanto pueda serles perjudicial y dañoso por naturaleza, plagas destructivas de odio y de envidia, y malas yerbas de concupis-

cencia, falsía e impiedad. Estudiada en esa forma la Historia nos ayudará a descubrir los caminos de hoy y de mañana, a marchar por ellos con paso firme y corazón sereno y a mantener en alto la esperanza, como ha dicho, con profundidad de pensamiento, el historiador británico Esnie Windfield Stratford en su obra *The History of British Civilization*", vol. II, pág. 1283.

La Víbora, 27 de Agosto de 1956.

EXPRESION DE GRATITUD

Es un grato deber para mí dejar constancia de mi gratitud al gran pintor cubano Eduardo Abela por el dibujo de la cubierta de esta obra; a mi hermana Amelia Guerra de Prat y a mi prima Angela Guerra, porque me han ayudado a completar y aclarar mis propios recuerdos personales con toda precisión sobre muchos particulares; a mi hija Graciela por haber mecanografiado mis borrosos manuscritos, a mi hija Ana porque me ayudó a encontrar un título adecuado para el libro y me hizo muchas sugestiones útiles, a todos mis otros hijos porque me estimularon a escribirlo.

R. G. S.

CAPITULO I

Vida en Jesús Nazareno y en el viejo Ingenio "Recompensa" (1880-1884)

Extendida desde la ensenada de Guadiana hasta la Bahía del Mariel, la Provincia de Pinar del Río muestra en su costa septentrional una llanura costanera de variable anchura. En su parte oeste, hasta Bahía Honda, dicha llanura es en gran parte baja y cenagosa, bordeada por los cayos y arrecifes que forman el Archipiélago de los Colorados y hacen difícil la navegación; pero desde Punta de la Gobernadora, a la entrada de Bahía Honda, la costa, libre de cayos y bajos hasta el Mariel, cuenta con la Bahía de Cabañas y diversos embarcaderos para goletas y otros barcos de pequeño calado, destinados en el siglo pasado a la comunicación marítima con la Habana, pues era extremadamente lento y difícil efectuarla por tierra. En el sector costero de Bahía Honda a Mariel, la llanura está formada en gran parte por un terreno ligeramente ondulado o quebrado, surcado por pequeños ríos y torrentes que bajan impetuosos de las alturas a la costa en el período lluvioso del año, paralelamente unos a otros, a lo largo de estrechos valles de gran fertilidad, formados por la constante erosión y sedimentación de las aguas fluviales.

La facilidad de la comunicación marítima con la Habana, unida a la feracidad de la tierra, hizo posible desde el principio del siglo XIX, el desarrollo de la industria azucarera en esa parte del territorio pinareño, mantenida aún en mayor escala en nuestros días, con grandes y modernos centrales azucareros. Como en otras partes de Cuba, la producción

azucarera contribuyó a producir el efecto demográfico de promover una alta cifra de población negra, en contraste con los terrenos llanos del sur de la provincia, donde se multiplicó la pequeña propiedad, dedicada a la siembra de tabaco, a cargo principalmente de vegueros blancos.

En 1884, el *año en que propiamente comienza esta obra*, existía en Cabañas, al este de la bahía del mismo nombre, un pequeño ingenio azucarero, a unos cuatro kilómetros de la costa, con salida al mar por el embarcadero de Bramales para el transporte de sus productos a la Habana. El tal ingenio llamábase entonces "Recompensa" y era del tipo anticuado de ingenio que describe Cirilo Villaverde en su novela "Cecilia Valdés", "La Tinaja", situado entre Guanajay y Mariel.

Carlos Revello, en su libro sobre los ingenios de Cuba en 1860, informa que en las jurisdicciones de Bahía Honda y San Diego de Núñez, dentro de las cuales estaba enclavada Cabañas, existían diez ingenios en cada una de ellas, de los cuales siete eran de maquinaria de vapor y tres de trapiches en Bahía Honda, y diez de maquinaria de vapor en San Diego de Núñez. En conjunto, producían unas 46,785 cajas de 16 arrobas netas. Revello da el nombre de todos los ingenios y entre ellos no aparece el de Recompensa, pero cabe colegir que era uno de los mencionados, al cual se le cambió el nombre más tarde, porque Recompensa no era del tipo de los ingenios de entonces.

En 1884, Recompensa era propiedad del Marqués del Real Socorro, que residía en la Habana y sólo visitaba el ingenio en los meses de seca, generalmente. El calificativo de anticuado aplicado a Recompensa se justifica, porque en 1884 ya la gran mayoría de los ingenios cubanos contaban con tachos de "punto" y el azúcar se purgaba en "centrífugas", mientras que en Recompensa no existían tales tachos ni centrífugas, y el azúcar se purgaba en hormas lentamente, proceso que duraba varios meses.

La "casa de purga" de Recompensa era un gran caserón. A cierta altura tenía en su interior vigas cruzadas en ángulo recto de un extremo a otro, dejando entre ellas un pequeño

espacio cuadrado en que se colocaban las hormas llenas de azúcar cristalizado impregnado de miel. Debajo de las hormas, a todo lo largo de la casa de purga, había canales que recogían la miel al gotear ésta por la pequeña abertura del vértice de la horma, para correr lentamente a unos tanques colocados al final y ser envasada en bocoyes.

Terminada la purga, bajábanse las hormas al piso del caserón, se invertían con la parte ancha hacia abajo y se les daba un fuerte golpe para que el llamado "pan de azúcar", de forma cónica, se desprendiese de la horma. El pan constaba de tres segmentos. El correspondiente a la parte superior y más ancha de la horma formaba, una vez escurrida toda la miel, el azúcar blanco; el segundo segmento, o sea el del medio del pan, con los cristales no completamente escurridos, era el azúcar quebrado; y el segmento inferior, impregnado de miel, era el "cucurucho". Los esclavos —en 1884 los negros no eran todavía enteramente libres, sino "patrocinados"— dividían los tres segmentos del pan de azúcar con una especie de machete o mandoble pesado ancho y fuerte, de un solo golpe.

El azúcar blanco y el quebrado se pilaban separadamente, con una máquina especial, y se envasaban en cajas de madera más largas que anchas y de unos dos pies de altura poco más o menos, con una capacidad de 16 arrobas netas, equivalente a los sacos de 325 libras y 75 libras más adicionales, usados actualmente. El cucurucho y la miel se envasaban, por separado también, en bocoyes. El transporte de cajas y bocoyes al embarcadero de Bramales efectuábase en carretas con grandes dificultades por los malos caminos vecinales de la época, para ser remitidos en goletas con destino al puerto habanero.

El jugo de la caña extraído por los trapiches, o sea el guarapo una vez convenientemente colado, se cocía en orden sucesivo, bombeado de uno a otro, en tres grandes pailas descubiertas, llamadas "tachos", con fuego por debajo, para formar el melado, con el punto suficiente para que se formasen los cristales de azúcar. Al guarapo, según se iba cociendo, se le echaba cierta cantidad de cal, medida con

el cuesco de un coco seco, provisto de un mango. Toda la operación la dirigían los llamados "maestros de azúcar", empíricamente. En realidad, la cal estaba destinada a clarificar el guarapo, librándolo de impurezas —la cachaza— y lograr que el azúcar cristalizase bien. Los maestros de azúcar de entonces carecían de la más elemental noción de química. Habían aprendido por tradición a realizar la operación antedicha, guiándose por el color que iba tomando el guarapo al ir pasando a ser meladura, para saber si la cal echada era suficiente o no. Como la operación era puramente empírica, se daba el caso de que algunas veces la cal echada no era bastante, sin que se diese cuenta el maestro de azúcar, y la "templa" no cristalizaba bien. Antes de echar la meladura en las hormas, se tapaba la pequeña abertura del vértice de la horma con un tapón de madera de "bagá", generalmente blanda, y se daba tiempo bastante para que la meladura se enfriase y se formase una masa algo endurecida. Entonces se quitaba el tapón del vértice para que comenzase la llamada "purga". Ocurría a veces, con maestros de azúcar que no tenían mucha experiencia, que la meladura no había cristalizado bien y aun cuando ya estuviese fría no se formaba el pan. En ese caso, cuando se quitaba el tapón del vértice de la horma, todo el contenido de ésta se salía para la canal. Esto era lo que se llamaba "irse el azúcar por el furo". Como cada "templa" daba meladura suficiente para llenar muchas hormas, la pérdida de azúcar que se iba por el furo representaba un valor grande, y cuando esto ocurría a un maestro de azúcar varias veces, podía tener la seguridad de que se le despedía por el administrador o por el propietario del ingenio. Los maestros de azúcar más experimentados hacían trabajar con ellos a sus hijos o a los aprendices que deseaban el administrador o el dueño del ingenio, para que adquiriesen experiencia. De esa manera, el cargo de maestro de azúcar se trasmitía de padres a hijos con mucha frecuencia.

Los trapiches, que hoy, por el tamaño enorme de las mazas y la formidable presión con que se hace pasar la caña y el bagazo por dos o tres "tandems" a continuación uno de otros, dejan éste tan seco y desmenuzado que pasa directamente

a quemarse en los hornos para producir el vapor o la fuerza eléctrica que mueve toda la maquinaria del ingenio, en aquellos años de 1884 y aún más tarde, el bagazo quedaba tan impregnado de jugo, que había que ponerlo a secar en el batey del ingenio, a veces durante semanas, para poder quemarlo en la fornalla. El bagazo no bastaba en 1884, ni con mucho para producir el calor necesario para hervir el guarapo ni para mover la maquinaria de los ingenios, y éstos trabajaban en tiempos de "Recompensa", principalmente quemando leña, por lo cual a todo ingenio le era preciso tener un monte propio donde se cortaba la leña y se ponía a secar en el tiempo muerto para usarla en la zafra. Como todo el transporte de la leña, la caña, las cajas y los bocoyes de azúcar y de miel se hacía en carretas, cada ingenio necesitaba tener un potrero también y una numerosa boyada, no sólo para roturar la tierra y sembrar la caña, sino para todos los menesteres de acarrear la caña al batey del ingenio, y las cajas y los bocoyes de azúcar y de miel a los lugares de embarque.

Cuando se piensa en las condiciones en que funcionaban los ingenios de azúcar en Cuba desde la década de 1590 hasta muy adelantado el siglo pasado, compréndese claramente por qué la industria azucarera no pudo desarrollarse en las Antillas y en otras partes, sino con trabajo esclavo, hasta la década de 1880.

Los primeros recuerdos vívidos, fieles y precisos del autor de esta obra, a partir de la edad de cuatro o cinco años en que tuvo uso de razón y almacenaba impresiones en la memoria, refiérense al citado ingenio R e c o m p e n s a, de nombre inspirador, en el cual mi padre, hombre de campo de ancestro campesino varias veces secular, pero de clara inteligencia y notable instrucción para la época, ejercía el cargo de mayordomo y, por espíritu humanitario, supervisaba la enfermería.

Cómo era que mi padre había adquirido un alto nivel de instrucción y varias habilidades de artesanía, preparación muy rara de 1850 a 1868 en hombres de campo, no lo supe

sino en fecha relativamente reciente, porque en vida de él y de mi madre nunca me vino a la mente el preguntárselo. La realidad es que esa instrucción se la debió a su padrino y a su madrina de bautismo, según me han informado mi hermana Amelia y mi prima hermana Angela Guerra. Llamábanse Don Francisco Duque y Díaz, persona acomodada, residente en Bejucal, y Doña María Isabel Amaro, hermana ésta de Don Blas Amaro, uno de mis bisabuelos por línea paterna, natural de La Palma, Islas Canarias. Don Blas fue el fundador del cafetal que mientras él vivió se llamó "De Amaro'', situado al sur de Quivicán en el límite de ese término con el de Batabanó. De once caballerías de tierra, era tan bello como los más hermosos cafetales de Artemisa, a los que debió esta progresista población pinareña el nombre de "Jardín de Cuba" en la primera mitad del siglo pasado. Puedo dar fe de ello porque a fines de la década de los 80 pude verlo, convertido ya en colonia de caña, pero con el batey y la espléndida arboleda destinada a dar sombra a los cafetos todavía en pie. Llamábase entonces "De Guerra" porque había pasado a ser propiedad de Doña María de los Dolores Amaro, esposa de mi abuelo paterno, Don Manuel Guerra Rodríguez. Una hermosa portada, del mismo tipo de las portadas de los antiguos cafetales que aparecen en muchos libros y que he reproducido en mi Historia Elemental de Cuba, adornaba la entrada. Por el centro daba acceso a las carretas y los carruajes; por dos puertas laterales, una a cada lado, a los peatones y la gente a caballo. De la portada al batey del cafetal, extendíase una guardarraya de unas trescientas varas de largo, flanqueada a ambos lados por sendas hileras de elevadísimos sauces llorones.

El padrino y la madrina de mi padre, que como he dicho residían en Bejucal, lo llevaron desde el cafetal a dicha ciudad a vivir con ellos cuando él tenía ya edad para que asistiese diariamente a la escuela en la que aprendió a leer, a escribir y a conocer y practicar las principales operaciones aritméticas. Es interesante hacer constar que el padrino de mi padre tenía un hermano, Don Gabriel Duque y Díaz, quien no sé a virtud de qué circunstancias, pasó a residir en Panamá,

ciudad donde, hombre culto y de principios liberales como era, fundó el periódico "La Estrella de Panamá", muy reputado durante largos años. Comenzada la Guerra de los Diez Años, Don Gabriel Duque hacía propaganda a favor de la independencia de Cuba en su periódico.

Volviendo a Recompensa, agregaré que además de los patrocinados, en el viejo ingenio había también cuadrillas de trabajadores chinos, empleados principalmente en chapear con guatacas los campos de caña. Como es sabido, la introducción de esos asiáticos en Cuba comenzó a mediados del siglo pasado, cuando ya "la trata" africana estaba prohibida aunque se continuaba de contrabando con todos sus horrores, como lo recuerda un bello poema de José Martí. Como su entrada en las posesiones españolas en su condición de trabajadores estaba prohibida, los chinos vinieron a Cuba a título de estudiantes para burlar la ley.

En Recompensa, mi padre tenía como jefe superior inmediato al administrador —Don Bartolito— que vivía con su familia cerca de nuestra casa. Esta era de madera con techo de tejas, piso de tablas, portal al frente y varias habitaciones. Hallábase situada en la parte este del batey, a corta distancia de la casa de ingenio. En el lado opuesto de ésta hallábase la mayordomía, la enfermería, y tengo idea, aunque muy vaga, de que algo separados estaban los barracones de los esclavos y una casa muy grande para los chinos.

A la derecha de nuestra casa, en el costado norte del batey, hallábase la casa de vivienda, bien construída y amueblada, rodeada de jardines, donde se alojaba el Marqués del Real Socorro con su familia cuando de tiempo en tiempo visitaba el ingenio. Cerca de la misma, estaban las casas del administrador, el mayoral, el maquinista y el maestro de azúcar.

El cuidado y las atenciones de nuestra casa corrían a cargo de mi madre, con una criada cocinera y otra que lavaba la ropa de la familia y ayudaba a la limpieza. Mis padres tenían entonces cuatro hijos: Pastor, María, el autor de estas líneas y Amelia. Pastor nació en 1877, al año de casados mis padres; María, poco más de un año después de Pastor, y yo

en 31 de enero de 1880, llevándole dos años a Amelia. Mis otros tres hermanos, Felicia, José Dolores y Amador, años más tarde. De pequeña, Amelia tenía el cabello castaño claro, casi rubio. A mamá le gustaba mucho, y en una ocasión en que hubo que cortárselo al rape por unos granos que le salieron en el cuero cabelludo, mamá lloró de pena y guardó unos mechones de cabellos largos años. María era trigueña, con el cabello y los ojos negros.

Además de los datos expuestos respecto de Recompensa, recuerdo que el terreno donde estaba situado y los campos aledaños destinados a la siembra de caña, eran ligeramente ondulados o quebrados, y que próxima al batey había una laguna no muy grande llamada "La Represa", rodeada de caña de Castilla. Algo más alejado del batey, corría un riachuelo, con agua solamente en los meses lluviosos del año. Algunas veces lo crucé en volanta —no montaba a caballo todavía— como solía hacerlo la joven hija del Marqués del Real Socorro, en las ocasiones en que visitaba el ingenio con su padre y pasaba semanas en la casa de vivienda.

Durante nuestra residencia en Recompensa, papá y mamá tenían preocupaciones con Pastor mi hermano, porque no habiendo muchachos blancos con quienes jugar, se reunía con los "criollitos" negros de su misma edad, poco más o menos, y se iban a "La Represa". Por un paso estrecho entre las cañas de Castilla llegaban hasta el borde de la laguna propiamente dicha, libre de cañas en dicho lugar, y entonces se asustaban unos a otros gritando ¡caimanes!, ¡caimanes! y huían a todo correr por el paso de entrada. Otras veces Pastor se escapaba con sus compañeros negros a las afueras del batey a buscar guayabas y a acompañarlos a pastorear los carneros. Una y otra cosa preocupaban a mis padres, por lo cual papá lo regañaba fuertemente y le imponía la penitencia de no salir de la casa durante dos o tres días. A fin de que María y yo no cayéramos en la tentación de imitarlo, mamá nos asustaba diciéndonos que los chinos se robaban a niños pequeños y los mataban, los freían en un caldero grande y

se los comían. Por tal razón veíamos siempre a los chinos con temor y desconfianza.

Respecto a mi padre, recuerdo que trataba bien a los negros siempre. Estos lo respetaban; acudían a él para cualquier cosa que necesitaban o que les ocurriera, o para que les sirviese de padrino en caso de falta y parecían tener mucha confianza en él. Según supe más tarde, papá era decidido antiesclavista, conocía o había leído "La Cabaña del Tío Tom" de Anna Beecher Stowe y era un gran admirador de Lincoln. Por espíritu humanitario y por ser persona instruída, cuidaba de que la enfermería estuviese bien provista de medicinas y de material, y cuando el médico de Cabañas hacía sus visitas periódicas a Recompensa, papá cuidaba de tomar nota de todo y de que el enfermero cumpliera bien las instrucciones del médico. En otras muchas cosas, mi padre era un cubano muy distinto de la mayoría de los de su tiempo. Además de odiar la esclavitud, era un decidido separatista; no jugaba a los gallos ni a la baraja; no tomaba bebidas alcohólicas de ninguna clase; no decía nunca una mala palabra y jamás compró un billete de lotería, porque consideraba que ésta era un impuesto impropio que pesaba sobre la gente pobre, y creía, como había enseñado Saco, a quien él admiraba mucho, que fomentaba el vicio del juego de azar. En su crítica del gobierno colonial, republicano como él era, incluía siempre la realeza. Para tratar de hacerla respetar a los cubanos, decía que los españoles le aplicaban el calificativo de *Real* a todo lo importante Las palmas criollas, tan abundantes en Cuba, las llamaban palmas *reales;* la calle principal de los pueblos se llamaba siempre calle *real;* los caminos principales en los campos se llamaban caminos *reales;* los impuestos llamados derechos *reales* lo gravaban todo; el importe de los mismos ingresaba en las arcas *reales;* y en Cuba no se veía nunca un *real* de dichos derechos porque iban a parar a la *Real* Hacienda en Madrid, a disposición de Su Majestad el Rey.

Con mi madre y nosotros sus hijos, fué siempre cariñosísimo, se preocupó en criarnos bien y educarnos; quería también entrañablemente a sus hermanos y se hizo estimar

y querer por todos los demás miembros de su larga familia, y de los de mi madre. A pesar de su acendrado separatismo, no le tuvo nunca mala voluntad a ningún español por el hecho de serlo; mantuvo siempre buenas relaciones con peninsulares que lo conocían, lo estimaban y probaron ser, en muy diversas circunstancias, algunas bastantes críticas, sus buenos, leales y consecuentes amigos. Lo que a veces se podía considerar su antiespañolismo, era sólo puramente verbal, pues estaba muy satisfecho de sus antepasados españoles; decía que eran andaluces y que se parecían mucho a los cubanos en su carácter y en su manera de ser. A los vizcaínos y los montañeses los apreciaba en particular, por ser laboriosos, serios, cumplidores en todo y dedicados a oficios, más bien que al comercio, para explotar a la gente.

Para terminar con Recompensa, diré que el recuerdo de la familia de los Sánchez y de los Guerra a que pertenecíamos, lo teníamos siempre presente por las visitas periódicas de mi abuelo materno, Don José Guadalupe Sánchez y García, "Papa-Abuelo", como le decíamos mis hermanos y yo, porque a mi abuelo paterno, Don Manuel Guerra y Rodrígez no lo conocí, pues falleció antes de casarse mis padres. Muy amante de sus dos hijas, mamá y Clara, Papá-Abuelo hacía sus viajes desde Jesús Nazareno a Recompensa en su caballo oscuro, animal de muy bella y fina estampa, buen caminador y de mucha resistencia. Papá-Abuelo salía de Jesús Nazareno al amanecer rumbo a Guanajay, almorzaba en dicho lugar, daba algún descanso, agua y pienso al caballo y continuaba el viaje hasta Recompensa llegando al atardecer, por los malos e inseguros caminos de la época, trayéndonos siempre algunas cosas a mis hermanos, a mí, y a mamá, pues nos quería mucho. Mi padre le tenía gran estimación y lo trataba con respeto, pero estimaba que tanto él como mamá eran algo "consentidores" con los muchachos. Papá-Abuelo permanecía en Recompensa día y medio o dos días en nuestra casa, y efectuaba el viaje de regreso a Jesús Nazareno en la misma forma y por los

mismos caminos. Otra visita memorable, aunque yo recordaba poco de ella y lo supe más tarde, fué la de mi tío carnal Antonio Guerra y su esposa Angela Martínez. Tío Antonio era el hermano menor de mi padre y éste lo quería mucho. Mamá también lo quería, lo mismo que a "Angelita", como le decían todos a la esposa de tío Antonio. Ellos vivían en Batabanó, pueblo que fué siempre bastante pobre y donde había poco trabajo. Tío Antonio ganaba algo en una tabaquería, pues sabía torcer tabaco muy bien, y Angelita, que era muy hábil cosiendo a mano, hacía ropa fina para las familias que podían pagarla en el pueblo, las cuales no eran muchas, siendo ella persona de carácter independiente y mucho amor propio. Conocedor de esa situación, papá creyó que él podría proporcionarle a tío Antonio y a su esposa mejor manera de ganarse la vida en Recompensa, y los indujo a ir al ingenio. Residieron algún tiempo en nuestra casa, no mucho porque no sólo papá no pudo llegar a encontrarles ocupación provechosa, sino porque él mismo tuvo que abandonar el ingenio a fines de 1884 o principio de 1885 y regresar a Jesús Nazareno. Durante el tiempo en que tío Antonio y Angelita estaban en nuestra casa, se anunció una próxima visita del Marqués del Real Socorro, y mamá y Angelita se encargaron de atender a la limpieza y el arreglo de la casa de vivienda, labor que corrió casi enteramente a cargo de Angelita. Cuando el Marqués llegó y se instaló en la casa, la encontró en condiciones mucho mejores que cuando el arreglo corría a cargo de las sirvientas. Preguntó quien había dirigido o hecho el arreglo, y al saber que había estado a cargo de Angela, llamóla para expresarle su agradecimiento y además de algunas otras pequeñas cosas, regalóle media onza de oro, guardada por Angela no corto tiempo.

No sé, en verdad, debido a qué circunstancia mi padre fué a trabajar a Recompensa, porque cuando me interesé por las cosas de la familia desde el punto de vista histórico, fué muchos años más tarde, llevando ya varios años de maestro, muertos mi padre y mi madre, en 1909 y 1929 respectivamente. Al casarse con mi madre, en 1876, papá vivió dos años con ella en "La Mercedita", donde nació Pastor mi hermano, finca

de dos caballerías de tierra muy fértil, anexa al Cafetal de Guerra, para pasar después a vivir en 1878 a Jesús Nazareno, en la casa de la caballería de tierra llamada "El Sitio". De allí fue a trabajar a la finca del Dr. José María de Zayas, médico y distinguido agrónomo, en Artemisa. Desde dicha finca escribía décimas a mamá, desempeñando, como decía en una de ellas reproducida en mi libro Mudos Testigos varios cargos: "Yo tengo que ser llavero, encargado y mayordomo, y en fin, Pepa, "no sé como, puedo atender el potrero". Esto puede haber sido en la primera parte de la década de los 80, pues yo tenía dos o tres años. Tampoco sé cómo pasó a Recompensa, ni en qué año, sino que vivía allí en 1884 con mamá.

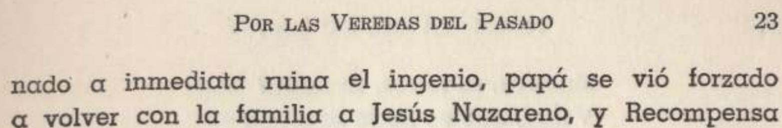
Colijo que la ida a la finca del Dr. Zayas pudo haberse debido a que papá conoció al Dr. Zayas en la Habana. Como he referido en Mudos Testigos, al quedar huérfano de padre y madre, mi primo hermano Julián Martínez Guerra, hijo de una hermana a quien mi padre quería mucho, papá se hizo cargo de su pequeño sobrino como tutor de éste, y mamá lo crió como si fuese su primer hijo. Con la parte de la herencia, bastante reducida, que le correspondió a Julián al fallecimiento de mi abuela María de los Dolores Amaro, papá puso a Julián a pupilo en el colegio de Don José Alonso y Delgado, en el Cerro, desaparecido ya el colegio "Del Salvador" de Don José de la Luz y Caballero, al frente del cual quedó algún tiempo el Dr. José María de Zayas antes de cambiar de nombre la famosa institución. Con Julián como alumno interno, puede darse por seguro que papá conoció al Dr. José María de Zayas, profesor del colegio, y dado que en aquellos años no había mucha gente de campo que poseyese bastante instrucción y experiencia agrícola a la vez, el Dr. Zayas acaso se interesó en emplear a papá como encargado y mayordomo de su finca artemiseña. Puede ser también que el empleo le viniese a papá por otro conducto, ya que mi abuela, Doña María de los Dolores Amaro, había pasado a vivir en la Habana, y los padrinos de bautismo de papá, parientes de él, además, eran personas acomodadas con amplias relaciones en la capital. Agréguese que mi padre tenía experiencia en el

cargo que le ofreció el Dr. José María de Zayas, pues siendo todavía soltero, una de las hermanas de mi padre, "Tía Yoyita", (María de los Dolores), rica propietaria de la mejor vega de tabaco de Vueltabajo, Monterrey, en San Juan y Martínez, término municipal donde vivían varios hermanos y otros parientes de mi padre, su acomodada hermana lo colocó durante algún tiempo, no obstante ser papá todavía muy joven, de encargado de la famosa vega de Monterrey, acaso por ser él de instrucción mayor de la corriente y experto en cuestiones agrícolas. Es posible que el Dr. Zayas, conociendo estos antecedentes de mi padre, tuviese interés en ponerlo al frente de su hermosa finca ya dicha. Cómo pasó de Artemisa a Recompensa mi padre, llevando consigo a su familia, nunca lo he sabido. En 1884, el Marqués del Real Socorro, propietario entonces del viejo ingenio al cual le puso el nombre de Recompensa, véase por qué, en sustitución del que tenía en el año de 1880 cuando Carlos Revello escribió su libro, tuvo noticias de papá en la Habana y le ofreció la mayordomía del ingenio. No he podido tratar de averiguar algo sobre el asunto con descendientes del Marqués, porque éste pasó a vivir a España sin dejar familiares suyos en Cuba y no tuvo herederos directos de su título, ni sé si los tuvo de sus bienes. Quizás el hacendado Don Francisco Díaz Piedra, sobrino carnal de mi abuela materna Doña Antonia de la Piedra, propietario del ingenio Andrea, a una legua de Jesús Nazareno, con residencia lujosa en la calle de Prado, le recomendó mi padre al Marqués. El motivo por el cual mi padre tuvo que dejar "Recompensa" y volver a Jesús Nazareno, no lo sé con absoluta certeza, pero puedo colegir sin temor a equivocarme, cuál fue la causa.

En 1884, el último año en que papá fue mayordomo de Recompensa, produjose en Cuba una fuerte crisis económica que venía incubándose desde 1882 y 1883, y estalló con toda su fuerza en 1884. En una "Exposición" dirigida diez años después, en 1894, por el Círculo de Hacendados y Agricultores de Cuba a las Cortes Españolas, redactada por el Secretario del Círculo, señor Gabriel de Castro Palomino,

hácese una muy interesante y documentada reseña histórica de dicha crisis.

'Antes del año 1884 —dice el Sr. Castro Palomino— se consideraba como precio medianamente remunerador el de 8 reales la arroba de azúcar quebrado, número 12, del tipo holandés, o del centrifugado de primera clase de 96 grados que le era equivalente; y cuando se vendía a menor precio, se hacía muy difícil la situación del hacendado. Castro Palomino agrega: "Desde 1884, ha bajado el azúcar de modo ruinoso, pues en algunos años se vendió a 4 ó 5 reales la arroba del centrifugado de primera clase". Los efectos de la crisis se hicieron sentir no sólo en los campos y en los ingenios, sino también en la desastrosa baja del valor de la propiedad urbana en la Habana, sobre todo de las grandes residencias de los hacendados, cuyo valor en venta y en renta disminuyó de tal manera, que grandes casas-quintas del Cerro, valuadas en 1875 en $220,000, llegaron a venderse en $30,000 por los arruinados propietarios o sus inmediatos herederos. En ese ruinoso año de 1884 hundióse la Caja de Ahorros, que había dirigido Carlos del Castillo hasta ser desterrado a Fernando Poo por el capitán general Domingo Dulce, institución que financiaba a los hacendados, muchos de los cuales eran accionistas de la misma, arrastrando en su ruina a depositantes y accionistas conjuntamente. Las causas de la ruina, o que contribuyeron a agravarla en términos totalmente destructivos, fueron varias, pero la esencial fue la caída del precio del azúcar en 1884 y los años subsiguientes a virtud del desarrollo de la producción de azúcar de remolacha en Europa. Los ingenios de Cuba tuvieron que reorganizarse con maquinarias modernas —sólo los que pudieron hacerlo— para lograr una mayor extracción de guarapo y, por consiguiente, mayor rendimiento, y que establecer aparatos para clarificar el guarapo, filtros prensas, tachos al vacío y, desde luego, centrífugas para purgar el azúcar de manera rápida. Para ingenios anticuados del tipo de Recompensa, esto significaaba reconstruírse totalmente, lo cual, sufriéndose los efectos de una crisis general y la baja "en picada" de los precios del azúcar, resultó imposible. Conde-

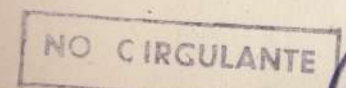


nado a inmediata ruina el ingenio, papá se vió forzado a volver con la familia a Jesús Nazareno, y Recompensa desapareció.

En 1913, siendo el autor de esta crónica Superintendente Provincial de Escuelas de Pinar del Río, en su primer viaje por carretera de Guanajay y Bahía Honda, tuvo interés en ver, antes de llegar a Cabañas, el lugar en donde había estado Recompensa, punto de partida de sus primeros recuerdos. Reconocí el terreno quebrado aledaño y la pequeña altura en donde había estado el ingenio. De éste quedaban sólo algunos pedazos de paredes derruídas, casi al nivel del suelo, y algunos hierros viejos entre los cuales se destacaba la rueda "catalina". En los campos inmediatos seguía cultivándose la caña, pues la finca había pasado a ser una colonia del Central Orozco, no muy distante. En las tierras de Recompensa, el hombre había sobrevivido a la máquina, cultivando caña y acarreándola en carretas al Central. Triste recuerdo de pasadas crisis de las muchas sufridas por Cuba en el curso de los siglos, en el que fue batey de Recompensa no alcancé a ver ni un mísero bohío. Conmociones económicas como la que barrió a Recompensa las he estudiado melancólicamente no corto número de veces, en mis trabajos históricos sobre Cuba.

Otro recuerdo que sobrevive en mi memoria estrechamente ligado a los de Recompensa son unas melancólicas décimas, creo que de autor anónimo, aprendidas de viva voz de mi padre años más tarde tituladas "El Cementerio del Ingenio". Decían así:

> ¿Veis el corral de piñones
> más allá de los bohíos,
> donde entonan los "judíos"
> melacólicas canciones?
> ¿No veis aquellos montones
> de tierra, de aspecto serio,
> sin árboles, sin misterio,



sin cruz, ni flores, ni nada?
Venid, que es de la negrada
el humilde cementerio.

Esta primera, supongo,
de verdes yerbas cubierta,
es la pobre tumba incierta
del anciano Juan el Congo.
Cuando a mirarla me pongo
siento el alma conmovida...
Si en vuestro pecho se anida
la piedad, llorad su suerte,
porque la hora de su muerte
fue la mejor de su vida.

En esta otra está enterrado
Juan Cimarrón, pobrecito.
Era un alma de bendito
siempre de grillos cargado.
De tantas penas cansado
rompió una noche sus hierros,
quiso fugase a los cerros
por huir de tan dura ley,
pero al salir del batey
víctima fue de los perros.

¿Veis aquel montón cubierto
de silvestres florecillas,
tristes flores amarillas
que llaman flores de muerto?
Yo las cultivo, yo vierto
sobre ellas llanto abundoso,
dejad que llore piadoso
con incesante amargura
¡Sólo en esta sepultura
halló mi madre reposo!

Más allá, a los resplandores
del sol, otra tumba brilla
con una losa sencilla,
es la tumba de Dolores.
Mas, ¿cómo es que tiene flores
y losa la tumba aquella?
Es que Dolores fue bella
y el amo... pero es misterio
que duerme en el cementerio
donde duerme también ella.

CAPITULO II

Vuelta de mis padres a Jesús Nazareno

No me es posible precisar con exactitud, lo que siento bastante, cuanto duró la estancia de mis padres en Recompensa. Debe haber sido sólo dos años, parte de 1883, el año de 1884 y tal vez los primeros meses de 1885. Pero sé que en este último año residíamos otra vez en "El Sitio", Jesús Nazareno.

Conservo claros recuerdos de una parte del viaje de regreso desde Recompensa. Tomamos una goleta en el embarcadero de Bramales, que se llamaba "El Caballo Marino", para la ciudad de la Habana. Era bastante grande, y vienen a mi memoria sus enormes velas desplegadas desde el momento de zarpar y la blanca espuma de las olas que batían los costados de la embarcación. Al comienzo del viaje me sentí muy ufano, porque mi madre y mis hermanos Pastor y María se marearon tan pronto como empezó a moverse la goleta y tuvieron que irse a un camarote en el sollado, llevando mamá consigo a Amelia, menor que yo dos años. Por mi parte, me quedé con papá en la cubierta, orgulloso de no sentir mareo alguno, comiendo un pedazo de una galleta grande de barco que me dio el patrón. Después, sin duda el mareo hizo sentir sus efectos en mí, porque no recuerdo nada del resto del viaje, de nuestra arribada al puerto habanero y ni aun de la ida por ferrocarril al actual paradero de Quintana o San Manuel, en el ramal ferroviario de San Felipe a Batabanó. Tampoco recuerdo en qué forma seguimos el viaje desde la finca Santísima Trinidad, donde vivían entonces mis padrinos, Antonio Debén y Colmenares y su esposa, hermana de mi padre, María de Jesús Guerra

y Amaro —Tía Chucha— hasta Jesús Nazareno, donde nos instalamos en la casa de El Sitio, en que habían vivido mis padres dos años, cuando desde la Mercedita, donde se casaron y nació Pastor en 1877, pasaron a vivir en 1878 a la finca de mi abuelo materno, Don José Guadalupe Sánchez y García.

Los medios de subsistencia que Jesús Nazareno podía proporcionar a las familias que lo ocupaban en 1885, al volver mis padres, eran muy superiores a los muy escasos que habían conducido inevitablemente, de 1857 a 1884, al achicamiento del antiguo cafetal de trece caballerías a sólo cinco, arruinando a mi abuelo materno, lamentable proceso que he descrito detenidamente en el libro "Mudos Testigos". Los superiores medios de vida que podía proporcionar Jesús Nazareno en 1885, debíanse esencialmente al cultivo de la caña, de "yuca agria" para hacer almidón, de plátanos, de boniato y a la cría de aves y de cerdos, para el consumo principalmente. El colonato azucarero hizo su aparición en Cuba, tengo entendido, a mediados del siglo XIX, cuando el hacendado Don Francisco Diago lo puso en práctica en el Ingenio Tinguaro, próximo a Colón, provincia de Matanzas, por pensar que resultaba más ventajoso y seguro, desde el punto de vista económico, dar tierras de las del ingenio a campesinos con familias que se estableciesen en ellas y las cultivasen, la mayor parte de caña, desde luego, que invertir muchos miles de pesos en esclavos, a $1,000.00 por "pieza", los cuales podían perderse de un día para otro por la viruela, el cólera o cualquier otra causa, aparte de la posible abolición de la esclavitud en un período de cortos años. El ejemplo del propietario del Tinguaro se fue extendiendo hasta ser ya general en 1885, como lo sabía muy bien mi padre, colono de Don Francisco Díaz Piedra, propietario del ingenio "Andrea", nombre de la esposa de Don Francisco, con el cual sustituyó al de "Nuestra Señora del Rosario" conque aparece en el libro de Revello, aunque se le llamaba comúnmente "Mora", apellido del propietario de una antigua hacienda conocida por tal nombre, en la cual fundó desde fecha muy lejana un trapiche, que pasó con el tiempo a ser un ingenio

con máquina de vapor, cuando dichas máquinas comenzaron a introducirse en Cuba, allá por 1828, o poco antes.

Familiarizado mi padre con el cultivo de la caña y conocedor de la importancia de la industria para Cuba, la sembró sin desatender en ningún momento la producción de frutos menores, ni la cría de aves y de una puerca paridora para tener carne ahumada y manteca para la casa. Contaba con una buena yegua para monta y cría, un caballo de monta exclusivamente, dos yuntas de bueyes para labrar la tierra y tirar de la carreta y una buena vaca de leche, a fin de tener abundancia de ésta en la casa, para el desayuno en particular. La vaca no era propia; se la facilitaba el propietario del Andrea, "Panchito", como le decían mamá y sus familiares más allegadoss —Don Pancho Díaz,— según se le llamaba con menos familiaridad corrientemente, cuando no, Don Francisco. Ganadero de experiencia, Don Francisco tenía muy buen ganado y hacía cuidar las novillas con esmero. Las vacas paridas que daban abundante leche, las facilitaba a parientes o colonos de su confianza, quienes las cuidaban bien y les dejaban siempre alguna leche para mantener el ternero bien alimentado, hasta que ya crecido, sustituía la vaca por otra, a fin de llevarla al potrero y que pariese al cabo de pocos meses.

Además, Don Francisco empleaba a papá como pesador de caña en el batey del ingenio, de manera que dadas las largas zafras de entonces, que comenzaban a mediados de diciembre y se prolongaban hasta junio, le aseguraban a mi padre un buen sueldo la mitad del año. El Andrea comenzaba a moler a las 6 de la mañana. Tocaba varios fuertes pitazos a primera hora para avisar hasta a una legua de distancia que el ingenio molía desde temprano, porque a veces se producían interrupciones por un motivo u otro; y al atardecer se tocaba otro pitazo largo para poner término a la labor diaria en el batey y los campos.

Durante la zafra, mi padre se levantaba a las cuatro de la madrugada, hábito éste de madrugar que conservó hasta su muerte, a los sesenta y tres años de edad, viviendo en la Habana. Encendía el fogón en la cocina, hacía el café, le

llevaba una taza a mi madre a la cama, ordeñaba la vaca, amarrada a prima noche cerca de la casa, daba un vistazo a los animales y ensillaba su caballo bayo. Cuando terminaba estas operaciones, ya mi madre se había levantado y hervido la leche, que papá tomaba con café y galleta de la llamada de "barco", porque se conservaba bien, o con boniato asado al calor de las brasas y de las cenizas del fogón. A las cinco y media de la mañana o minutos antes, partía para el Andrea, a comenzar puntualmente la pesa de caña a las seis en punto. A las 11, almorzaba en la mayordomía con Don José Ballesteros, el mayordomo, andaluz muy jovial y de buen humor, incansable en relatar con mucho gracejo las peripecias de su vida andariega, particularmente las de la guerra con los rifeños en Marruecos, siendo él soldado del Ejército Español. Conocí mucho a Ballesteros y me encantaban sus pintorescas narraciones. Exageraba mucho, como buen andaluz, según decía mi padre. Por ejemplo, refiriéndose a un batallón disciplinario formado por criminales condenados a presidio, a los cuales les perdonaban años de la pena, a veces, por méritos de guerra, contaba que preferían pelear cuerpo a cuerpo con los rifeños, armados con navajas andaluzas, ya que el menos criminal de ellos "había matado a su propia madre". La hora del almuerzo estaba siempre llena de incidentes, algunos de los cuales, referentes a la negra Irene, que servía a la mesa, he descrito en Mudos Testigos, y a Don Pancho, el vendedor ambulante canario a quien a sus espaldas, se le llamaba "Don Pancho El Guanajo". Mi conocimiento de Ballesteros y la oportunidad de escuchar las anécdotas que no se cansaba de referir, debíanse a que allá por 1888-1890, Pastor y yo íbamos diariamente al ingenio para asistir a la escuela. Papá y mamá se ocuparon siempre en la instrucción de sus hijos, tan pronto íbamos entrando en edad para aprender a leer, escribir y contar. Primeramente aprendimos a leer, a escribir y la tabla de cuentas con Julián Martínez Guerra, mi primo, quien al salir del Colegio de Don José Alonso y Delgado, volvió a Jesús Nazareno, siendo ya un joven en espera de oportunidad de encontrar colocación en un ingenio, como se le presentó poco después. Julián fue,

pues, el primer maestro que tuvimos Pastor, María y yo. Colocado Julián en un ingenio del término de Aguacate, papá nos mandó a Pastor y a mí al pueblo de Batabanó, para que asistiésemos a la escuela municipal, dirigida por Don Manuel Quinta, teniendo yo siete años y Pastor unos diez. En el pueblo viví en casa de mi madrina, tía Chucha, como le decíamos, hermana de mi padre, casada con Don Antonio Debén. Pastor, no sé en qué casa. A la escuela municipal asistimos poco tiempo, y volvimos a Jesús Nazareno, pero por entonces, en el Andrea había una escuela privada en una habitación de la casa de vivienda, al lado de la cual había otra, en la que vivía el maestro, Don Jovino Villar y Lavandeira, asturiano, natural de Castropol, a la derecha del río que divide a Asturias de Galicia. Don Jovino era maestro normal. Había estado al frente de la escuela municipal de Güira de Melena y lo habían dejado cesante acusado de anarquista. Era de tipo celta, según decían, medio rubio, de cabeza redonda, ojos claros azules, bigote rubio y cutis sonrosado. Fuese anarquista o no, sus costumbres eran burguesas, comía en la mesa del Dr. Francisco Díaz Piedra y su esposa Doña Concepción Pérez, tres de cuyos hijos, Armando, Ofelia y Miguel Angel, éste de corta edad, eran alumnos de Don Jovino. También lo eran las tres hijas y el hijo de Don Juan Piedra, el maestro de azúcar del Andrea, y el hijo del mayoral, Don Félix Piedra. Pastor y yo recorríamos a caballo diariamente, montando yo detrás de Pastor que llevaba las riendas, la legua que separaba Jesús Nazareno del Andrea. Llevábamos siempre un buen boniato asado y un medio en billete, para comprar galletas y algún dulce en la bodega del ingenio. Al regresar por la tarde, Don Jovino iba con nosotros en un caballo al cual, para hacer manifiesta su enemiga a los curas, le había puesto el nombre de Clérigo. El motivo de este viaje diario, era para darle una hora o dos de clase a mi hermana María, pues mis padres querían que se instruyese también. Don Jovino decía que ella era más inteligente que Pastor y que yo. Con Don Jovino estudiábamos gramática, aritmética, caligrafía, historia de España y algo de Geografía de Cuba. Siendo anarquista,

como decía que era, nos hacía aprender de memoria las larguísimas retahilas de los reyes godos, desde Ataulfo hasta Wamba, Wuitiza y Rodrigo, y de los Reyes de Castilla, Aragón, etc. Yo me sentía satisfecho porque entre esos reyes había tres que se llamaban Ramiro; más tarde supe que Ramiro es nombre gótico, Raymir, modificado ligeramente. Como yo trabajaba en la finca, tenía los dedos algo callosos y endurecidos, y Don Jovino, que era en verdad un excelente calígrafo, me decía: "Qué duros tienes los dedos, Ramiro. Nunca podrás escribir con buena letra". Sin embargo, me he pasado la vida escribiendo. Vanidad aparte, debo decir que después de María mi hermana, sus discípulos predilectos fuimos siempre Miguel Angel Díaz Piedra, que era muy niño, y yo. Ya anciano, Don Jovino, jubilado y vuelto a Galicia, después de haber tenido una escuela privada en el Surgidero de Batabanó y haber sido profesor largos años en la escuela del Centro de Dependientes en la Habana, nos escribía periódicamente, siempre en su excelente letra cursiva, a Miguel Angel y a mí felicitándose por los triunfos que decía alcanzábamos en nuestras carreras respectivas.

Al cabo de algún tiempo, no sé si fueron dos o tres años, el Dr. Francisco Díaz Piedra (Panchitín) se mudó de Andrea a ejercer en Batabanó, la escuela del Andrea desapareció y Don Jovino pasó al Surgidero, según quedó dicho. Pastor no mostró inclinación a ir a vivir a Batabanó para seguir estudiando y como ya él ayudaba bastante a papá en la finca, al ser establecida en el pueblo una escuela privada, en la cual se incluía la segunda enseñanza, por Don Francisco Domínguez del Castillo, mi padre arregló que yo fuese nuevamente a casa de mi madrina, para comenzar la segunda enseñanza. Mi nuevo maestro, que me quiso siempre mucho y a quien yo quise mucho también y guardo de él inolvidable recuerdo, era de Sancti Spíritus, de la familia de Honorato del Castillo, constituyente en la Asamblea de Guáimaro, muerto heroicamente en la Guerra de los Diez Años. En 1893-1894, en marcha la labor revolucionaria de Martí, estrechamente vigilados por las autoriades españolas de Sancti Spíritus, tanto mi maestro Francisco Domínguez del

Castillo como su primo hermano, el que fue después heroico brigadier de nuestra Guerra del 95, Adolfo del Castillo, pasaron a vivir a la provincia de la Habana, y así como mi maestro estableció una escuela de primera y segunda enseñanza en Batabanó, Adolfo del Castillo estableció otra de primera y segunda enseñanza también en San Antonio de las Vegas. Conservo vivo en la memoria el recuerdo de que en cierta ocasión, Adolfo del Castillo visitó a mi maestro en Batabanó, y Domínguez, que estaba muy complacido de mis adelantos, le dijo que me examinase de Latín. El texto que usaba, indicado por Domínguez, era la Gramática Latina de Don Raimundo de Miguel, que no he podido encontrar después, y me la sabía de memoria de la primera página hasta la última, pudiendo conjugar los verbos latinos como los castellanos. Adolfo del Castillo me llevó a hacer un repaso general de la gramática mediante una larga serie de preguntas y me felicitó muy amablemente. A los dos los recuerdo con melancolía. Tan pronto se produjo la Invasión, o no sé si antes, se incorporaron a la Revolución, lucharon juntos en la parte central de la provincia habanera y murieron heroicamente por Cuba Libre. En memoria del brigadier Adolfo del Castillo, existe un monumento junto al río Almendares, en la carretera de la Habana a Batabanó. De mi maestro, el comandante Francisco Domínguez del Castillo, grado que alcanzó en el Ejército Libertador, supe en la guerra, de labios de un sargento insurrecto, Aldecoa, natural de España, que murió valientemente en un combate en un lugar llamado Managuaco, lugar que no sé donde queda en esta provincia. Honor a ambos, que consagraron su vida a la enseñanza y la sacrificaron por la independencia de Cuba.

De la escuela de Don Francisco Domínguez del Castillo en la cual cursé mi primer año de bachillerato, pasé a continuar mi segunda enseñanza en el Surgidero de Batabanó, con Don Manuel Calejo. En el Surgidero había en el primer lustro de los 90, una sociedad llamada "El Liceo", de Instrucción y Recreo, como se decía entonces, al frente de la cual se hallaba el profesor Calejo, excelente por cierto, y que daba también clases especiales de francés y de música. Siendo muy joven

un vivo y grato recuerdo de Angela —cinco años de menos de edad que yo. Me producía la impresión, limpísima y acicalada siempre, con trajecitos modestos pero muy bien hechos por Angelita, sobre todo a medida que fue creciendo, que era lo que ahora le digo, "muy pizpireta", es decir, viva, pronta y aguda, más que por lo que decía y hacía, por su manera de ser y su condición natural, grácil y despierta.

En el Surgidero, después que estalló la guerra en Oriente, el 24 de Febrero de 1895, yo estaba pediente siempre de las noticias, sobre todo del periódico "La Discusión", cuyo reportero de guerra Máximo Dubouchet, a quien conocí más tarde con el grado de capitán del Ejército Libertador, escribía sus reportajes e informaciones en una forma en que se transparentaba su simpatía por los revolucionarios. Para mí, era un motivo de orgullo que uno de los jefes cubanos más destacados de la zona de Manzanillo, Amador Guerra, llevase el apellido de mi padre. El hijo del Comandante de Marina del Surgidero, me dijo un día dándose cuenta del interés conque yo leía los reportajes de Dubouchet: "Ramiro, tú eres insurrecto", en son de reproche. Sin embargo, pocos días más tarde fuimos al muelle de los barcos pesqueros. Había marejada del sur y las olas rompían espumosas en la extremidad del muelle y en las goletas ancladas a poca distancia. Se sintió, parece, entusiasmado por el espectáculo y de pronto levantó los brazos y comenzó a gritar: ¡Viva Cuba Libre! ¡Viva Cuba Libre! con gran sorpresa de mi parte.

CAPITULO III

La Invasión de Occidente

Al llegar las vacaciones de diciembre, 1895, las fuí a pasar a Jesús Nazareno. Mi padre seguía en los periódicos la marcha de la invasión, y se mostraba muy satisfecho por una parte y muy preocupado por otra.

La satisfacción de mi padre, fervoroso partidario de la independencia desde antes de tener veinte años, debíase a que veía avanzar con fuerza irresistible la Invasión desde el Combate de Coliseo, en Matanzas, del general español Arsenio Martínez Campos con el general Máximo Gómez, por quien papá sentía profunda admiración desde la guerra de los Diez Años, llevando Gómez como segundo al Lugarteniente general Antonio Maceo, al cual mi padre admiraba igualmente. La preocupación, se debía a que Pastor mi hermano, que aún no había cumplido dieciocho años, estaba resueltamente decidido a incorporarse a las fuerzas cubanas invasoras, tan pronto avanzasen por el sur de la provincia habanera, próximas a Jesús Nazareno. Desde que la guerra había estallado en Oriente, Pastor no se recató para decir a todos sus amigos de su edad en el barrio, que él estaba dispuesto a luchar por la independencia tan pronto tuviera oportunidad para ello. Informados de esto los voluntarios de Batabanó, entre los cuales se contaban algunos cubanos, le tenían marcada ojeriza. En cierta ocasión un voluntario español de Pozo Redondo, que era vendedor ambulante y un poco "jaquetón", como se decía en el campo, al verlo cortando caña en Jesús Nazareno, le dijo entre bromas y veras: Cortando caña para hacer dinero, que al fin y al cabo viene a ser de nosotros, los comerciantes"; a lo que mi

hermano, entre bromas y veras también, le contestó, (porque el vendedor estaba algo enamorado de mi hermana María, y le andaba "dando vueltas", pretendiéndola para casarse con ella, por lo cual pasaba con frecuencia por Jesús Nazareno, lo que irritaba a Pastor, como era el caso de todo guajiro con los que pretendían a sus hermanas), en tono de desafío: "Practicando el uso del machete para cuando llegue el momento de cortar cabezas de españoles".

Por lo expuesto y por otras cosas que no vienen a cuento, papá decidió enviar a Pastor a pasar una temporada en San Juan y Martínez, donde vivían varios de los hermanos y hermanas de mi padre, a casa de mi tía María de la O Guerra y Amaro, "Quilla", casada con Clemente Guerra, su primo, quienes habían vivido en Batabanó y de los cuales conservo un vago recuerdo.

En Pinar del Río se conspiraba para secundar la Revolución llegado el momento, y en octubre de 1895, el Dr. José Antonio Caíñas, jefe de la conspiración en la provincia, dió orden de sublevarse a los conspiradores. En San Juan se levantaron veinticinco hombres, los únicos que la cumplieron, muchos de ellos de apellido Guerra: Clemente y Faustino Guerra, sobrinos carnales de mi padre, Pastor y otros más. No fueron secundados, y movilizadas contra ellos mal armados de escopetas de caza, machetes y algunos revólveres, numerosas fuerzas de la Guardia Civil, y de voluntarios españoles de San Juan, San Luis, Guane y otros pueblos, fueron rodeados en un lugar llamado Cayo Bonito, y después de cambiar algunos tiros y de dispersarse algunos de ellos, se vieron obligados a rendirse bajo la condición de que no se les privaría de la vida, ya que el general Martínez Campos no quería derramamiento de sangre en Vuelta Abajo, para que no se extendiera la Revolución. Se les condujo a pie —"por cordillera", como se decía, de San Juan a Pinar del Río, custodiados por la Guardia Civil, porque los voluntarios vociferaban que los matarían a todos, y de Pinar del Río al primer paradero del Ferrocarril de Vuelta Abajo, pues la vía férrea no llegaba a la capital de la provincia, y de allí a la Habana. Fueron condenados a "extrañamiento" en Isla de

Pinos, donde podían vivir en libertad, bajo la vigilancia de la autoridad militar española. Pastor mi hermano era menor de edad —no había cumplido aún 18 años— y papá, que había ido inmediatamente a Pinar del Río y acompañó a los presos hasta la Habana, gestionó con el general Arderíus, que si no recuerdo mal era Segundo Cabo de Martínez Campos, apoyado con recomendaciones del comandante del Ejército Español que era Alcalde Corregidor de Batabanó y conocía y apreciaba a papá, y por varios comerciantes españoles amigos de papá, la libertad de Pastor en su condición de menor, lo que al fin pudo lograr.

Pastor estaba decidido a unirse a la Invasión si llegaba a la provincia habanera y ya que no tenía arma de fuego, contaba sólo con su machete y la yegua baya, magnífico animal de monta de siete cuartas de alzada, pues todos los presuntos invasores eran de caballería. Papá lo único que pudo lograr de él fue la promesa de esperar para incorporarse, no a un grupo, sino a una fuerza numerosa, en lo que mi hermano se mostró conforme.

Desde los días primero y dos de enero, próxima ya la Invasión a los límites de la provincia habanera por el centro y sur de Matanzas, el cielo había tomado un tinte gris, humoso, que impedía casi ver las nubes y permitía mirar al sol sin que se deslumbrasen los ojos. El día tres, en la mañana, eso era ya evidente, y sin noticias ciertas, porque no se recibían diarios, papá decidió que yo fuera a Batabanó con la excusa de hacer algunas compras en la bodega de Ricardo Granda y en la botica de Cortada, y que me llegase a casa de mi madrina y mi padrino y de mi tío Antonio, para saber bien lo que pasaba. Cuando llegué a caballo al pueblo, éste se hallaba en gran agitación. Los guardias civiles de los puestos en el campo habían sido concentrados en el cuartel del pueblo, y los voluntarios, de uniforme, estaban sobre las armas, lo mismo que los "bomberos", nombre que se daba a los voluntarios "de color" para no mezclarlos con los blancos. Además se estaba comenzando a levantar rápidamente trincheras en las bocacalles que daban entrada al pueblo. En éste veíase ya el humo de los cañaverales ardiendo

en dirección de Guara y de Melena del Sur y volaban, arrastradas por el viento, algunas pajas de caña quemada. Mi madrina y mi padrino no querían que yo saliera del pueblo para volver a la finca, pues las avanzadas de los insurrectos se consideraban muy cercanas, un poco al norte, y temían que me pudiera pasar algo. Yo, que sabía cómo pensaban en casa y cómo pensaba yo mismo, disimulaba mi alegría, y decía que tenía que irme enseguida, pues papá y mamá estarían con mucho cuidado si me demoraba. La noticia que dí a papá de que la invasión estaba ya muy cerca de Güines, se confirmó tan pronto oscureció, porque el horizonte hacia el este aparecía todo rojizo hasta lo alto, con los resplandores del incendio. En las primeras horas de la mañana, oscurecido el cielo por el humo de los cañaverales incendiados, cuyas llamas se veían ya a distancia, el sol lucía en lo alto como un sangriento ojo redondo enorme, y a eso de las 8, por la entrada de la guardarraya de Jesús Nazareno que daba al callejón del este, vimos avanzar a todo galope a cinco o seis hombres, tiznados por el incendio, con sus carabinas cortas en lo alto. Alrededor de papá y de mamá, todos los de la casa, Pastor inclusive, con su machete al cinto, en el colgadizo de la casa, vimos llegar a los primeros libertadores. Papá los saludó y ellos invitaron a Pastor a incorporarse. Mi padre les dijo que Pastor lo haría, pero tan pronto pasara una fuerza numerosa, tal como él se lo había pedido. Ellos dijeron que estaba bien, pero que había que darle candela a los cañaverales de la finca. Papá les contestó que así lo haría, pero que había que esperar a que cambiase el viento más tarde, porque si les prendía fuego en aquel momento, dada la dirección en que soplaba, se quemarían las casas del batey. El que parecía ser el jefe y hablar en nombre de los cinco, dijo que estaba bien, porque ellos veían que se trataba de una familia de buenos cubanos. Respecto de la yegua baya, propusieron dar en cambio de la misma un caballo fuerte y de muy buena alzada de uno de ellos, pero que venía tan cansado de la larga marcha invasora, que ya no podía más. Tan pronto descansara, comiera bien y fuera bañado, sería una cabalgadura mejor y más

fuerte que la yegua, dijeron, siendo como era de la misma alzada. Papá y Pastor convinieron en ello y se hizo el cambio, no sin sentimiento de nuestra parte porque queríamos mucho a la hermosa yegua. Eso fué todo, y en la misma tarde, cuando cambió el viento, papá, Pastor y yo, dimos "candela" a los cañaverales. Todo el trabajo que nos había costado sembrarlos y mantenerlos siempre aporcados y limpios a fin de que rindieran más, quedó pronto reducido a pavesas.

CAPITULO IV

La Invasión. Combate de Mi Rosa
Alzamiento en el barrio

Una consecuencia inmediata del incendio de la caña, que se extendió a causa de la seca corriente en enero a todo el terreno no ocupado por otros cultivos que no ardían, fue que éstos quedasen destruídos también. Debiose ello a que quemadas las cercas de los potreros cercanos —La Marina y otros— e inclusive los pastos secos de los mismos, el ganado hambriento se lanzó a comer los campos de yuca y de boniato y los retoños de la caña cortada en diciembre, arrasándolo todo sin que nos fuese posible impedirlo, de manera que la desolación fue completa, con la perspectiva de no tener con qué vivir el campesino. En la situación angustiosa y espectante en que nos encontrábamos, en la noche del 10 de enero, llegó a nosotros el rumor, más bien que la noticia, de que el general Máximo Gómez estaba acampado en el ingenio San Agustín, a media legua escasa de Jesús Nazareno. Pastor quiso ir a incorporarse esa misma noche, pero papá lo disuadió de hacerlo. La versión podía ser errónea, quizás las tropas acampadas eran españolas, en razón de lo cual debía esperar a que se pudiese tratar de averiguarlo a primera hora de la mañana. Pastor convino en ello, y muy temprano papá me mandó a que en la yegüita dorada, montado en un saco doblado por albarda, fuese a San Agustín, a ver de qué clase de fuerza se trataba, con el pretexto de que iba a comprar algo en la bodega del ingenio. Recorrí poco más de un kilómetro a lo largo de la finca "La Marina", y al llegar a la llamada "El Mortuorio", donde del callejón

partía otro en ángulo recto rumbo al este, hasta Pozo Redondo, vi que muchos hombres a caballo, armados todos, algunos con bufandas al cuello por el frío, empolvados y semitiznados, con las tercerolas y los rifles apoyados a la derecha del arzón de las monturas, avanzaban al paso en dirección contraria a la mía. Al encontrarme con ellos uno que debía ser sin duda un oficial, me preguntó donde vivía y adonde iba. Contestéle y me dijo: "Muchacho, vuelve a tu casa; la bodega está cerrada y va a haber tiros". Le pregunté qué fuerza era la que se hallaba en el batey y a la cual pertenecía. El oficial me miró con curiosidad y me dijo: "La del general Máximo Gómez", agregando nuevamente: "Vuelve a tu casa". Tiré a la yegüita de la rienda, camino de casa, muy pensativo. Si decía lo que había sabido, era seguro que Pastor montaría a caballo para incorporarse, con gran preocupación para mis padres. Por otra parte, pensaba que con ninguna otra gran fuerza cubana podía incorporarse Pastor mejor que con la del general Gómez. Minutos después, ya llegaba al batey, cuando me sobrecogió, como a toda la familia que estaba de pie en el portal del fondo de la casona, junto a Pastor y al lado de éste su caballo ensillado, el estampido de una fuerte descarga de fusilería, seguido del fuego graneado de disparos sueltos. Hubo un momento de silencio, solemne y trágico, y a continuación descargas tras descargas españolas y el intenso tiroteo suelto conque eran contestadas. Mientras Clara mi tía introducía de prisa algo en la pequeña alforja de la montura, Pastor saltó a ésta. A papá le dio algo como un síncope, sostenido por mamá, llena de angustia. María mi hermana se arrodilló en el suelo del patio, levantó los brazos al cielo y exclamó: "Virgen del Cobre, protege a los cubanos". Por mi parte, sabiendo que mi padre se alegraría de saber que Pastor se había incorporado a las fuerzas del general Gómez, subí rápidamente a la mata de mamoncillo del batey —uno de los Mudos Testigos que aún existen, para seguir con la vista a Pastor. Después de doblar por el costado de la casa para tomar la guardarraya que salía al callejón del este, se quitó el sombrero con la mano derecha y gritó con toda su fuerza a todo correr: ¡Viva Cuba Libre! Lo seguí con la vista hasta

el callejón de Mazorra, donde lo ví unirse a la caballería cubana, que paso a paso y de dos jinetes en fondo, avanzaba por el callejón, como si fuesen rumbo a la bodega de Punta Brava y a Pozo Redondo. Casi enseguida, vi que mis primos Oscar y Horacio Sánchez corrían a caballo en la misma dirección, y que José María Esquivel —Pelón le decían— el pardo con estatura y empaque semejante a los de Maceo, montaba en su buen caballo, con su sombrero de jipijapa, usado sólo para salir, y se dirigía al batey de nuestra casa. Pelón vivía en la antigua casa de "El Sitio", el cual papá le había dado al partido, con su esposa y sus dos cuñadas, pues no tenía hijos. Bajé del mamoncillo, y estuve presente en la entrevista de Esquivel con papá. "Don Pepe" —dijo Pelón sin bajar del caballo— "he visto que el niño Don Pastor se ha ido a pelear por Cuba. Yo también quiero hacerlo y he venido a pedirle dos favores. Primero, que deje a mi familia en la casa hasta que yo vuelva de la guerra; y segundo, que me dé alguna arma de fuego. Yo me uniré con Don Pastor y tenga la seguridad de que velaré por él". Papá le contestó: "Lo primero queda concedido y yo me ocuparé todo lo que me sea posible de su familia. En cuanto a arma de fuego, no tengo ninguna. Pastor se ha ido sólo con su machete". Pelón pensó un momento y le dijo: "Don Pepe, yo he visto un trabuco que usted tiene y le ruego que me lo preste". "Ese trabuco" —le contestó papá— "no sirve para la guerra". "Bien, Don Pepe, aunque ya no sirva, si llevo un arma de fuego en la mano, me parece que voy armado, pero sólo con el machete me parece que no". "Bueno —díjole papá— "no se lo presto, se lo regalo con mucho gusto, pero tenga en cuenta que no le servirá para nada".

Veinte días más tarde, el general Gómez cruzó por Jesús Nazareno rumbo al oeste, con una gran fuerza de caballería. Esquivel y Pastor, marchaban a la descubierta de la columna por ser muy prácticos en toda la zona, y pasaron por casa, armados de tercerolas. A Pastor se la entregó al incorporarse el capitán de un escuadrón villareño, de Cienfuegos, para que marchase a la cabeza de la fuerza, como práctico, para doblar rumbo a un camino que él dijo existía cercano

a los montes Ramírez y Esquivel, donde Gómez quería hospitalizar a los heridos del largo combate en San Agustín, o Mi Rosa, como también se le llama, que duró desde las primeras horas del día hasta las once de la mañana, minutos más o menos. Se libró entre las fuerzas de Gómez y una columna española de las tres armas, al mando del brigadier Aldecoa, que seguía el rastro de Gómez. Largo el combate, acudió otra columna desde Quivicán, muy adelantada la mañana, en apoyo de Aldecoa, al mando del coronel Galbis. Horas después, cerca de la una o las dos de la tarde, sin que por los caminos cercanos a la finca se viera circular a nadie, porque toda la gente se hallaba sin duda recogida en sus casas, veíase en dirección a San Agustín levantarse un ligero humo blanco del batey. Grave y preocupado papá, dijo a mi madre que iba a ir al ingenio para tener una impresión de lo que había pasado. Ella no puso objeción, pero quiso que yo lo acompañara y papá asintió. Entre nuestra casa y el ingenio, encontrábanse a la derecha del camino, dos "sitios" hacia el norte en línea recta, el de Arencibia y el de Castañeda; a la derecha de éste, algo apartado, hallábase un tercer "sitio", ocupado por una familia cuyo nombre no recuerdo. En el exterior de la casa de Castañeda totalmente vacía, había un anciano sentado en el suelo, recostado a las tablas, con la cabeza entre las rodillas temblando, sin poder hablar, con los ojos semicerrados, que parecía no oír las preguntas de mi padre respecto de si podía ayudarlo en algo. En el próximo sitio, a la derecha del anterior, a unas doscientas varas, recibimos una fuerte impresión. Todos los sembrados próximos a la casa habían sido pisoteados por la caballería y en una rústica mesa de comer, y en el piso, había manchas y cuajarones de sangre. En el reducido platanal, papá observó que se había intentado abrir tres sepulturas, no terminadas, sin duda, a causa de la mucha dureza de la tierra, muy reseca. Sin hablar palabra, papá lo miró todo, y aparentemente más impresionado cada vez, tomamos el callejón, camino de San Agustín. Al llegar al lindero de las tierras del ingenio, el callejón doblaba en ángulo recto a la izquierda, pero desde el mismo lugar una

guardarraya diagonal conducía al batey, distante ciento cincuenta o doscientas varas. En el centro de la guardarraya y a un lado y a otro de ésta veíanse numerosos caballos muertos, y otros moribundos, que resoplaban dolorosamente. Por el tipo de los caballos llegamos a la conclusión de que la mayoría de los mismos pertenecían a la tropa española la cual usaba unos caballos grandes que habían sido comprados en Texas, y otro número considerablemente menor de caballos de Cuba, y que por tanto, debían haber pertenecido a los insurrectos. Todos los caballos carecían de montura, lo que indicaba que cada una de las fuerzas combatientes, al ser muertos o mortalmente heridos los caballos, les quitaron las monturas y las recogieron. Al llegar al batey, vimos que todas las casas del mismo estaban cerradas y no se advertía señal ninguna que indicase que había alguien en ellas. El humo blanco que habíamos visto salir del batey, procedía de una gran cantidad de sacos de azúcar, nuevos, ardiendo lentamente. Mirando hacia el oeste, vimos que la cerca de piedra que dividía los terrenos del ingenio de los cañaverales de más allá, en dirección a Mi Rosa, estaba toda desportillada, como hecho a propósito, quizás para dar el paso a la caballería y dejar pedazos de la cerca detrás de los cuales los soldados de a pie pudieran protegerse algo. Los muros de la casa del ingenio, de los tanques de mieles y de la casa de vivienda que daban hacia el oeste, tenían señales de numerosos balazos, pero todos a una altura mayor a la de dos o tres hombres, puestos unos sobre otros. Las palmas de la guardarraya que la franqueaban a ambos lados, mostraban también numerosos balazos, pero a mucha altura, de tres o cuatro varas hacia arriba, atravesadas de parte a parte por las balas de maussers. Como los españoles tiraban del oeste en dirección al batey, viniendo de Mi Rosa, sacamos la consecuencia, tranquilizadora para nosotros, de que los españoles disparaban muy alto. Después de hechas todas estas observaciones regresamos a la casa.

Posteriormente supimos por los periódicos que el general Gómez, al llegar por el callejón del costado de Mazorra a la altura del cafetal de Don Andrés Pérez, dobló a la derecha,

atravesó los terrenos del ingenio Santa Lucía y avanzó hasta el callejón que saliendo del Andrea pasaba frente a la finca Camacho y seguía rumbo al oeste; y que después de avanzar algunos kilómetros más allá, tomó rumbo al norte, para ir a atacar en la mañana del siguiente día el pueblo de Bejucal, mientras el alto mando español situaba columnas en San Felipe y Pozo Redondo y un tren blindado lleno de soldados se movía entre los dos lugares citados para cortarle el paso al general Gómez, que suponían trataría de cruzar la línea férrea por esa parte.

En ese sangriento combate de Mi Rosa el general Gómez además de los muertos que tuvo, en número de 7 o de 11, según distintas versiones, sufrió también unos sesenta heridos que necesitaban hospitalizarse, por lo cual dipuso, cuidadoso como siempre de la atención de sus heridos, que se quedasen en los montes de Ramírez Gallo, Esquivel y Mariano Viera, en ranchos que debían construirse rápidamente al efecto, y dejó un médico, o mejor dicho, un practicante para que los atendiese porque el médico de Gómez, Dr. Gustavo Pérez Abreu, continuó con él. Quedó también una escolta de caballería, tanto para la protección de los heridos, manteniendo constantemente exploradores a distancia, como para proporcionarle alimentos a los hospitalizados. Con tal motivo, creóse una prefectura que se llamó "De Camacho", aun cuando no estaba situada en la finca de este nombre.

CAPITULO V

Nuestro traslado a Quivicán

Papá, que ya tenía muy graves motivos de inquietud por la incorporación de Pastor a las fuerzas cubanas y por la destrucción de casi todos los sembrados de la finca por las reses del potrero de La Marina y de otras fincas, que al quemarse los potreros y las cercas de éstos se lanzaron a comer cuanto sembrado verde veían en los campos, como quedó dicho antes, tuvo otro motivo aún más grave de preocupación, porque los hombres que el general Gómez dejó en los montes de Ramírez y de Esquivel para el cuidado y la protección de los heridos en el combate del 11 de enero entre Mi Rosa y San Agustín, le dijeron que hasta que quedara organizada la vigilancia en los campos por las autoridades civiles y militares de la Revolución podrían quizás aparecer algunos "plateados", a pesar de que Gómez tenía ordenado que se les castigase inexorablemente con la muerte cuando se lograra aprehenderlos. Además de María y Amelia, estaban en Jesús Nazareno sus otros hijos, yo, Felicia que era de corta edad, José Dolores, más pequeño aun, y mamá, encinta de Amador. Los puestos de la Guardia Civil y de soldados de línea del Ejército Español en el barrio habían sido retirados todos, días antes de la Invasión, y el ingenio Andrea y las casas del batey habían sido destruídas por el incendio desde el día 4; el ingenio San Agustín fue incendiado poco después del combate de 11 de Enero, y muchas familias del barrio con algún acomodo se habían trasladado a lo pueblos más cercanos y algunas hasta a la Habana. Teniendo en cuenta la advertencia que le hicieron

los números armados de la escolta que dejó Gómez para la defensa de los heridos respecto a la posible aparición de "plateados", mi padre llevó a María y a Amelia una semana a Batabanó a casa de mi madrina y otra semana al Surgidero, a casa de su sobrina y ahijada Filomena Debén y Guerra, esposa del Dr. Ernesto Collazo, que tenía una casa de salud y ejercía la medicina en la Playa, como llamábase corrientemente al Surgidero. Pero éstas eran medidas meramente provisionales, y como tío Antonio con su familia, y mi madrina y mi padrino tenían decidido trasladarse muy pronto a la Habana, papá, sin una mala escopeta conque hacer frente o imponer respeto a un grupo, por pequeño que fuese, de hombres armados que se presentase, decidió trasladarse con toda la familia para Quivicán. El recordaba el horrible asesinato de la familia de Ignacio Mora en Camagüey, durante la Guerra de los Diez Años, por soldados de la columna del coronel Albear, que acampó no lejos de la casa, y en la noche salieron ocultamente del campamento y fueron a la casa a robar, la incendiaron y asesinaron a casi todos sus ocupantes. Recordaba también las fechorías de los "plateados" y los crímenes de "los máscaras de cuero" en los campos de Victoria de la Tunas, pese a que se les ahorcaba o fusilaba sumariamente por las fuerzas cubanas insurrectas. A la columna invasora al mando de Gómez y a las fuerzas de otros jefes que se movían sin cesar en la provincia habanera, mientras Maceo seguía a Pinar del Río, no les era dable organizar por el momento, cosa que no se hizo sino meses después, un sistema regular de protección para los campesinos pacíficos, auxiliares directos o indirectos indispensables de la Revolución en los campos, aunque sólo fuese para cultivar lo más necesario para el sustento y ser, por la fuerza misma de las cosas, agentes abastecedores de frutos menores de las prefecturas y los improvisados hospitales —en míseros bohíos ocultos en la franja boscosa del sur —razón por la cual Weyler decretó la horrenda medida de la reconcentración de los campesinos en los pueblos fortificados meses más tarde. En la indefensión en que se encontraba la familia, siendo yo un muchacho de dieciséis

años, que parecía de catorce por mi corta estatura, pesaba sobre él una responsabilidad abrumadora. Decidió entonces trasladarse con la familia a Quivicán, pues la de tío Antonio y mi madrina había pasado a vivir a la Habana. Al tomar esa decisión, tuvo en cuenta también que lanzado Julián Martínez Guerra, su sobrino, a la Revolución, con Cristóbal Pérez y otra mucha gente del pueblo y del término de Quivicán, tía Antonia y su hija Amelia, esposa de Julián, habían quedado casi sin tener de qué vivir en el pueblo. Recuerdo que cuando papá estaba ya decidido a trasladar su familia a lugar seguro, fuí con él a caballo a Quivicán —mamá no quería que él saliese nunca solo— a ver si podíamos ir a vivir a la casa de Julián, ayudando a su familia y ayudándonos a nosotros mismos, pues en Quivicán había algún trabajo en la cigarrería de Huergo. Próximos ya al pueblo, a un kilómetro o poco más, nos enfrentamos con un espectáculo macabro, el de un negro ahorcado de un cedro, con los pies casi tocando al suelo, no muy rígido todavía, con un cartelón blanco en el pecho, donde con letras grandes escritas en negro, como si hubiesen sido trazadas con una pequeña brocha decíase: *Por traidor*, trágico testimonio de los horrorres de la guerra y de la peligrosidad de la vida en los campos. El tal ahorcado fue el primer muerto que ví en la guerra y me impresionó profundamente, lo mismo que a mi padre, poniéndole de manifiesto en una nueva forma horrible, la premiosa necesidad de trasladar la familia a un lugar donde ésta tuviese el mayor resguardo posible, dadas las circunstancias. Trasladados a Quivicán, adelantado el mes de febrero (1896) o quizás en el mes de marzo, a la casa de Julián Martínez Guerra, en la cual vivían la esposa de éste, sus hijos y su suegra, mi abuela, Doña Antonia de la Piedra, falleció el 26 de abril. Amador mi hermano nació el 1º de mayo, y María mi hermana murió el 29 del mismo mes, desgracia que nos produjo un terrible dolor a todos, porque ella tenía diecisiete años, estaba en la flor de su edad y era muy inteligente, muy dulce y muy agraciada. El Dr. Villaurrutia, médico de Quivicán, hizo los mayores esfuerzos por salvarla y hasta trajo de la Habana,

llamándolo por telégrafo, un médico muy reputado como especialista en fiebre tifoidea. Pero todo fue inútil; desde el primer día perdió el conocimiento y murió a los siete días, sin recobrarlo un momento. Desde entonces, aparte de otros motivos a que me referiré más adelante, tuvimos todos en mi casa un profundo cariño a Villaurrutia hasta su muerte. Recuerdo, así mismo, que el propietario de la única farmacia que había en Quivicán, el Dr. Miguel González Toledo, se portó admirablemente con nosotros, facilitando cuantas medicinas y demás efectos de la farmacia pudieron necesitarse. Casado y con varios hijos, el mayor de los cuales, Arturo, fue maestro y asistió como hice yo, en 1900, a la gran excursión de 1,456 maestros que tomó un curso de verano en Harvard. Casado más tarde con su prima Celia de Cárdenas, maestra de las escuelas públicas también, ejerció con ella en la escuela de dos aulas en Pozo Redondo, término municipal de Batabanó, para pasar después a su pueblo natal de Quivicán, donde fueron directores, él, de la escuela de varones y ella de la de niñas, hasta que él falleció. Celia, jubilada, vive todavía en Quivicán en su misma casa, considerada y respetada por todos, conservándose muy bien, siendo de la misma edad que el autor de esta crónica. El Dr. Miguel González Toledo, patriota de corazón, tuvo varios hermanos, uno de ellos, Eladio González Toledo, estudiante de medicina, fusilado en 1871.

Desde el primer día de nuestro traslado a Quivicán comenzó una vida muy dura para nosotros, permanentemente angustiados, además, porque desde el 31 de enero de 1896, veinte días después de su incorporación al general Gómez, fecha memorable en que él, Pastor, pasó por casa, formando parte de un pequeño grupo, la extrema descubierta de una numerosa columna de caballería mandada por el general Máximo Gomez en persona, por ser Pastor muy conocedor de la zona, no habíamos vuelto a tener la menor noticia de mi hermano. Este siguió con Gómez hasta Las Villas, donde operó varios meses principalmente en la región de Cienfuegos, habiendo llegado más tarde hasta la residencia del Gobierno cubano en Camagüey, formando parte de la escolta del coronel

Ernesto Fonts Sterling, portador de fondos colectados en Las Villas para la Revolución. En Camagüey, Pastor conoció al Presidente Salvador Cisneros Betancourt, pues le dijeron que podía pedirle una muda de ropa, ya que la suya estaba toda destrozada. El Marqués le preguntó de qué provincia era y al contestarle que de la Habana, le dijo que para los habaneros daría siempre lo que necesitasen en caso de tenerlo. He escrito, y repito aquí, que por Jesús Nazareno pasó la gloria el 31 de enero de 1896. Cuando la caballería de Gómez comenzó a desfilar por la finca, algo al sur, de la casa del batey, papá, con mamá, todos sus hijos y Clara mi tía, de pie, a la sombra de una mata de aguacate, al ver el grupo numeroso que seguía a Gómez casi rodeándolo, se adelantó a saludar al Generalísimo con todos nosotros. Gómez desvió su caballo, seguido de su escolta o Estado Mayor, hacia nosotros. Papá le dijo, poco más o menos: "General, he venido a tener el honor de saludarlo". Casi junto a Gómez venía su médico, el coronel Gustavo Pérez Abreu, casado con una de las hijas de Don Francisco Díaz Piedra; al vernos nos saludó muy efusivamente, dando un fuerte apretón de manos a mi tía Clara y a mamá. Gómez, dirigiéndose a Pérez Abreu dijo: ¿"Amigo de esta familia"? a lo que el Dr. Pérez Abreu le contestó: "Amigo y pariente". Papá le dijo entonces a Gómez: "General, yo tengo un hijo en su fuerza, pasó por la casa hace unos minutos." El General se volvió a Pérez Abreu y le preguntó: "¿En qué fuerza está?" "Con el brigadier Vicente Núñez", dijo Pérez Abreu. "Es un regimiento nuevo que he organizado", observó Gómez. La marcha de la columna se había detenido mientras tanto, y el general Gómez tomó a mi hermana Felicia de brazos de mi madre y la sentó sobre el arzón de su montura. En ese momento se oyeron unos tiros en dirección al ingenio San Agustín. Gómez movió la cabeza y dijo: "Este San Agustín......" Devolvió la niña a mamá, se despidió y continuo la marcha en línea recta, a través de un ancho portillo abierto en la cerca de piedra de "La Marina", que precisamente era propiedad de la esposa del Dr. Pérez Abreu, hija de Don Francisco Díaz Piedra.

Como todos los pueblos de la Isla fortificados por los españoles a causa de la guerra, Quivicán estaba rodeado por fortines, generalmente redondos, de dos pisos, para que por las aspilleras se pudiera disparar en todas direcciones, a una distancia conveniente para que el fuego de los soldados que los guarnecían pudiera cruzarse cubriendo todo el campo exterior de los mismos. Los fortines estaban unidos unos con otros con una resistente cerca de alambre de púas, y en todas las salidas del poblado al campo, cuatro o seis en todo el perímetro, había un fortín, guarnecido por un grupo de soldados algo más numerosos que el de los restantes fortines, mandados por un cabo o un sargento. Del pueblo no podía salirse sino con un pase, firmado por el comandante militar del mismo, capitán o comandante de infantería casi siempre. Además, en Quivicán había una guerrilla, de españoles y cubanos, de caballería. Salía casi diariamente a recoger forraje y a explorar los alrededores del pueblo, a media legua de distancia a lo más, pues no se atrevía a ir más lejos, ya que en la zona de Quivicán operaba Benigno "El Gallego", con una fuerza insurrecta de 30 ó 40 hombres, muy agresiva y audaz, que casi todas las noches tiroteaba los fortines del pueblo, por un lado o por otro, desafiando a los soldados y a los guerrilleros, y lanzándoles insultos de todas clases a estos últimos. Mi padre, contaba cuarenta y un años, pero parecía de cincuenta, por lo menos, porque su salud no estaba muy buena desde antes de la guerra, y a causa de que las graves responsabilidades que pesaban sobre él, el peligro que corría Pastor sin que se tuviese noticia de si vivía o no, la muerte de María, siendo él tan amante de sus hijos y las estrecheces que pasaba la familia, lo tenían muy abatido. El no podía arriesgarse a salir fuera del pueblo, ni mamá se lo permitía tampoco, ya que la guerrilla de San Felipe, el pueblo más próximo, tenía la negra fama de que asesinaba campesinos inermes, diciendo en los partes a las autoridades militares que eran bajas causadas a los insurrectos en reñidos combates.

En Quivicán, un comerciante de apellido Huergo, mantenía una fábrica de cigarros bastante acreditada. Compene-

trado con las familias en estrechísima penuria, Huergo les proporcionaba trabajo a domicilio, repartiendo papel de cigarro cortado y picadura, para torcer los cigarros a mano, que después, en el propio establecimiento de Huergo, otras mujeres empleadas envasaban en cajetillas. Tía Toña, sus hijas, mamá, mi tía Clara y Amelia mi hermana torcían cigarros con mucha habilidad, pero, desde luego, ganaban poco, no sólo porque para poder competir en Quivicán y en otros pueblos, los cigarros debían producirse a bajo precio, sino porque Huergo procuraba dar trabajo por igual al mayor número de familias posible. Así, pues, lo que ganaba cada familia era poco y en una numerosa como la nuestra, aunque ayudaba bastante, no alcanzaba para vivir.

En tal situación, resultaba indispensable traer algo del campo para poder subsistir, sin pasar mayores estrecheces ni llegar a pasar hambre. Yo tenía 16 años acabados de cumplir, pero parecía de 13 ó 14 a lo más, era fuerte, estaba acostumbrado a trabajar y a caminar leguas a pie sin rendirme y no tenía miedo, lo digo sin jactancia, a los soldados españoles, quienes siempre me miraban como un muchacho listo, como un "rapaz", según decían, arrastrando la z. Mi falta de temor podía ser inconsciencia, pero se debía también a ideas que me había formado. Estaba orgulloso de Pastor, Julián, mis primos, —hijos de Lute— de otros parientes míos de San Juan y Martínez, y de Pelón, que estaban en la guerra, y pensaba que estando papá mal de salud y privado de poder salir al campo, correspondíame a mí hacer cuanto pudiese para ayudar a sostener a mi familia. La muerte de María me produjo un dolor terrible, pues yo la quería mucho, y solo por los caminos, después de su muerte, lloraba a lágrima viva pensando en ella y recordándola siempre, pero después se me arraigó en el ánimo una idea que me dio gran consuelo y tranquilidad de espíritu. Al morir ella, había ido al cielo a velar por nostoros, y a mí, por lo tanto, nada habría de pasarme, encargado como estaba de ayudar a mis padres y mis hermanos, mientras Pastor peleaba por la Independencia. Obligado estaba a hacerlo y satisfecho de poderlo realizar, con el favor de Dios y de la Virgen María.

Muchacho con apariencia de doce o trece años, como queda dicho, podía salir al campo sin peligro —así lo creía yo— con gran tranquilidad y confianza en mí mismo, ya que a mi padre le era imposible realizarlo en la forma en que yo lo hacía, limitado él a sustentar a los suyos por los otros medios a su alcance.

Lute mi tío y Perucho habían continuado viviendo en Jesús Nazareno, lo mismo que "las morenitas", trasladadas desde El Sitio a la casona del batey. En Quivicán escaseaba mucho la leña, sobre todo la de raíces de quiebrahacha, la mejor para cocinar y sobre todo para planchar; y como en Jesús Nazareno y La Marina había muchas a flor de tierra, podrían traerse a Quivicá;n y venderse a buen precio. Además, el buen platanal que teníamos cerca de la casa en Jesús Nazareno, seguía produciendo bastante, y había, además, yuca y boniato, aguacates y mangos. De todo eso podría yo traer semanalmente a Quivicán, en un pequeño carretón tirado por una yunta de bueyes, porque estando Pastor, Oscar y Horacio, hijos de Lute, y Julián en la guerra, teniente secretario éste de las fuerzas del teniente coronel Cristóbal Pérez, yo tenía permiso de la Prefectura de Camacho para llevar todo lo que quisiera a Quivicán para sostener a mi familia y a la de Julián, familias de libertadores, además de que siempre la gente de la Prefectura me hacía encargos y yo les daba noticias del periódico La Discusión y de las columnas españolas que entraban, frecuentemente en Quivicán y salían después a operaciones en tal o cual rumbo.

Lute, después de la amarga experiencia de los daños que había hecho a su casa la columna de Melguizo, se trasladó a un sitio de la finca Ramírez Gallo, al sudoeste de Jesús Nazareno, y después a la casa colonial de mampostería del batey, cuando fue nombrado Prefecto de Camacho. Curados los heridos dejados por el general Gómez en los montes de Esquivel y Mariano Viera, la casona de la prefectura se hallaba separada de La Marina y el callejón de Jaiguán por una guardarraya de unos trescientos metros de largo, con una hilera de palmas a cada lado, protegida por el lado

izquierdo de la misma, mirando al callejón, por un tupido bosque en el cual abundaban la gía y la zarza, y lo hacían intransitable, En el monte inmediato, al fondo, espeso, pero no cenagoso sino seco, continuaron existiendo muchos bohíos, en los cuales se curaban, de heridas o de fiebres palúdicas, los insurrectos. Uno de esos improvisados rancho-hospitales lo he descrito fielmente, ilustrada mi descripción con un dibujo de Enrique Caravia, "Rancho Mambí", en el encabezamiento del epílogo de mi libro Mudos Testigos.

Cuando Lute, tantas veces citado, era Prefecto, la custodia de la Prefectura y la protección militar de los heridos y enfermos de los ranchos corría a cargo de una escolta de seis u ocho hombres armados, exploradores cuatro o cinco de ellos, a las inmediatas órdenes de un valeroso, sereno, fiel cumplidor y disciplinado sargento de apellido Aldecoa, atendidos por el teniente médico Pereira (no recuerdo su nombre) bastante joven, natural también de España, familiar cercano del general Chinchilla, pero que se había sumado a la causa de la independencia de Cuba, como otros muchos peninsulares a quienes conocí en la guerra. En la Prefectura conocí también algo más adelante al capitán del Ejército Libertador, mi ilustre y querido amigo Joaquín Llaverías, competentísimo Director, durante muchos años del Archivo Nacional de Cuba, y a otros varios oficiales, entre los que recuerdo muy especialmente al capitán Máximo Dubouchet, enfermo de fiebres palúdicas muy tenaces. Dubouchet, meses más tarde, cuando papá volvió con toda la familia a Jesús Nazareno, nos visitaba frecuentemente, viniendo a caballo por la noche, y llegó a sentir mucho cariño por papá y por todos nosotros. Recuerdo que en cierta ocasión llegó a caballo a Jesús Nazareno con varios insurrectos más y el Delegado del Gobernador Civil de la Revolución en la provincia de la Habana, Francisco Nin y Mendive. Este sabía que yo hacía décimas, y me había pedido una dedicada a él, sin que se la hubiese hecho y al ver mi carretón cargado, entre otras cosas de aguacates, próximo a salir para Quivicán, me dijo riéndose: "Ahora me improvisas una décima o te hago botar

los aguacates". Yo sabía que era una broma, pero deseando complacerlo, le improvisé la décima siguiente:

Ya que por la libertad
Luchas en fieros combates,
Déjame los aguacates
Delegado, por piedad,
Que es tal mi necesidad
Y es tan grande mi pobreza,
Que si aquí con entereza
Me los hace usted botar
Prefiero que me haga ahorcar
O me arranque la cabeza.

Podrá esta décima de compromiso parecer ramplona y estar llena de ripios, pero al Delegado le pareció muy buena o me quiso halagar diciéndomelo, para agradecérmela. Me pidió que se la escribiera y me dijo que la iba a copiar en un papel muy fino y a buscar la manera de enviarla a Nueva York para que la publicaran en el periódico "Patria".

CAPITULO VI

Nuestra vida en Quivicán. Los asesinatos del Gral. Melguizo

Nadie sabe, en verdad, lo que un hombre puede dar de sí, hasta que las circunstancias lo fuerzan a hacer algo que nadie podría suponer de que fuese capaz. Perucho, el medio hermano de mi madre, vivía en su destartalado bohío, sin siembras casi nunca a su alrededor, cerca del de Lute, entre éste y la guardarraya de entrada de Jesús Nazareno. Su pobre y trabajadora esposa, Mercedes López O'Halloran, había muerto, y con él residían su hija Antonia, ya una mujer, y sus dos hijos Pedro y Francisco, bastante torpe el primero, por quien mi abuela había sentido siempre una gran debilidad, llamándole "el niño", mientras a Francisco, el más pequeño, vivo y despierto, lo mantenía un poco despegado, porque decía que era "muy bachiller". Perucho, como he escrito en Mudos Testigos, había sido segundo maestro de azúcar del ingenio Andrea y se dedicaba a cazar patos y yaguazas en las lagunas de la costa, con una vieja escopeta de pistón que, naturalmente, cargaba por la boca, pues no podía comprar una de cartuchos, porque siempre estaba "a tres menos cuartillo", como se decía en el campo cuando yo era muchacho, para indicar uno que estaba "en la fuácata", es decir, que no tenía un centavo. Lo curioso de Perucho como cazador, era que cuando apuntaba le temblaba siempre el pulso, no obstante lo cual pájaro que se le ponía a tiro, posado o al vuelo, rara vez escapaba. A partir de la invasión, el 4 de enero de 1896, destruído el Andrea, quedó sin empleo y en la mayor inclemencia, sin poder pensar en irse al

pueblo, porque hubiera ido a morirse de hambre con sus hijos. Perdió la escopeta porque se la pidió uno de los alzados del barrio, y claro está, se acabó la cacería, que le proporcionaba alguna carne. Antes de mudarnos para Quivicán, papá le daba plátanos, y mamá algún arroz y otras cosas, y Lute, su vecino más inmediato, alguna yuca, pero cuando nos mudamos para Quivicán nosotros, y Lute, con sus hijos mayores en la guerra, no tenía nada para vender en su "sitio", muy poco podíamos darle. Parecía que él y sus hijos estaban expuestos a morir de inanición, pero constituída la Prefectura, su suerte y la de los suyos mejoró inesperadamente. El daba la impresión de ser un hombre inofensivo, timorato y un tanto simplón, aunque sabía leer y escribir, de manera que a los insurrectos de la Prefectura, especialmente a los oficiales que tenían corrientemente algún dinero enviado por sus familiares, les pareció un hombre ideal para hacer "mandados" a Quivicán, donde los comerciantes estaban interesados en vender cosas para el campo y aprovechaban todas las oportunidades para hacerlo, sin importarles si eran para los insurrectos o no. Juan Serra, por ejemplo, cubano hijo de Don Epifanio Serra, mencionado por mí en Mudos Testigos, conocedor de las necesidades que pasaban los soldados de los fortines situados a las salidas para el campo, se arreglaba con los cabos de los mismos para darles siempre algo a cambio de que no fueran exigentes respecto del contenido de los "pases" firmados por la Comandancia Militar, en cuanto a las mercancías o demás objetos que especificaban. Perucho, como era un mandadero constante, tenía el apoyo de Serra, quien le informaba en cuales de los fortines que daban salida al sur, estaban los cabos arreglados con él. Perucho, por su parte, que era más inteligente de lo que parecía, les daba, envueltas o en el papel del pase, dos o tres monedas de cobre, de a centavo o de a dos, *"perras chicas, o perras gordas"* cuando los efectos eran más, o llevaba cosas prohibidas de contrabando, encargos de los insurrectos. En la Comandancia Militar había que formar cola casi siempre a las horas en que se solicitaban los pases. Un viejo soldado, que bebía aguardiente siempre

que podía y se orinaba en los pantalones —debo ser exacto en los detalles típicos— era quien cuidaba la fila. Perucho pronto descubrió que dándole *una perra gorda* lo dejaba pasar pronto, y se pusieron los dos de acuerdo para hacerlo sin llamar la atención ni dar lugar a quejas. La relativa simpleza de Perucho lo salvó en cierta ocasión. El comandante militar, al firmar los pases hubo de notar que Perucho los pedía muy frecuentemente casi un día sí y otro no. Esto le llamó la atención y queriendo tomarlo por sorpresa, un día lo hizo pasar a su despacho, y con tono al parecer airado, le preguntó cómo era que siendo él, Perucho, uno que venía a pedir pases casi siempre dos o tres veces por semana, hacía cerca de quince días que no venía. Perucho, que siempre le aumentaba la graduación a los oficiales o jefes españoles, le contestó candorosamente: "Pero coronel, si esta es la tercera vez que vengo esta semana". El comandante soltó un "terno", y le dijo casi a gritos: "Precisamente eso es lo que quiero saber (otra palabrota) por qué lo hace usted, para quien saca tanto del pueblo". "Señor coronel", contestóle, "yo no tengo de qué vivir, y le hago los mandados del pueblo a varias familias que me pagan por ese trabajo, teniendo que ir y venir a pie". La respuesta era tan candorosa, al no negar nada Perucho, que el comandante, desarmado al ver fallada su sospecha, soltó otro "terno" y le dijo airado: "Bien, váyase, y en quince días no vuelva por aquí". Perucho informó a Serra de la prohibición y éste se arregló con los cabos amigos de los fortines, para que recibieran un papel en blanco doblado, con algunas perras gordas dentro y dejaran pasar a Perucho. Soy minucioso en este aparente trivial relato, porque terminada la guerra, se hablaba a veces, con marcado desdén, de "los pacíficos" y de la gente de los pueblos que hacían mérito de "haber mandado quinina" a los insurrectos, como un gran servicio a la patria. Puede que ese tipo de servicio se haya exagerado mucho, pero no hay duda alguna de que tal concurso a los cubanos en armas, lo mismo que el de los campesinos para sembrar qué comer, fue siempre de un valor fundamental en la guerra de independencia del 95. Tanto es así que, más que el apoyo directo, de

hecho a los cubanos en armas, esa fue la causa determinante de la Reconcentración, que como he dejado dicho, llevó a morir de hambre y de enfermedades en los pueblos congestionados de familias campesinas, a varios centenares de miles de "reconcentrados", reduciendo la natalidad y aumentando la mortalidad infantil en más de 100,000 niños en el período de la Reconcentración, según acusó el Censo de Población de 1899, cruel medida que fue una de las causas reales de la Guerra Hispano-Americana, como he expuesto en mi libro "En el Camino de la Independencia". Perucho y sus hijos sobrevivieron a la guerra, uno de los cuales, Francisco, fue compañero mío de aventuras, penalidades y trabajos en los últimos meses de la misma. Perucho, en verdad por la fuerzas de las cosas, fue un servidor de la causa de la Independencia.

Más tarde, a consecuencia de horribles asesinatos cometidos por la columna española del general Melguizo, de la cual formaban parte escuadrones de Lanceros de la Reina con unos pequeños banderines de colores en las lanzas, tuve otra fuente de abastecimiento al norte de Quivicán. La columna salió de Bejucal para Quivicán por el camino real que unía ambos pueblos, pero a la mitad de la distancia, la descubierta de caballería, recibió fuertes descargas de las fuerzas del teniente coronel cubano Juan Delgado y del pequeño, pero aguerrido y audaz medio escuadrón de caballería mandado por "Benigno el Gallego", que siempre tenía en jaque al comandante militar de Quivicán, tiroteando los fortines de noche y hasta en pleno día, haciendo huir la guerrilla del pueblo a todo correr y persiguiéndola hasta hallarse él con su gente a tiro de los fortines. Causadas las bajas a la columna de Melguizo, los cubanos desaparecieron sin dejar rastro ni tener baja alguna, pero Melguizo para tomar represalias de los campesinos, ordenó dar muerte a tiros a todo hombre que encontraran en las casas. Fue un crimen atroz, y las familias, despavoridas, con algunos bultos de ropa y algunas cosas que pudieron recoger, huyeron a refugiarse a pie en Quivicán, dejando las casas desiertas con cuanto contenían. La columna pernoctó en Quivicán la noche de ese día, y al

siguiente, muy temprano, emprendió la marcha en dirección al sur, diciendo los soldados que iban a hacer otro escarmiento entre los campesinos de aquella parte.

Yo había ido el día anterior con mi carretón para Jesús Nazareno y debía emprender el regreso a Quivicán a primera hora en la mañana, de manera que mi familia fue presa de una gran angustia, temiendo que yo fuera una de las víctimas de Melguizo. Estuve a punto de serlo, pero gracias a Dios, la suerte me protegió como siempre. Había cargado mi carretón de raíces de quiebrahacha y de plátanos, y me proponía emprender el regreso a Quivicán, cuando Lute llegó a la casona del batey y me dijo que él tenía una yuca que ya estaba de saca y quería mandarle un saco a mamá. Fuí con él en el carretón para su sitio, en la esquina sudeste de Jesús Nazareno; sacamos la yuca, pusimos el saco encima de las raíces de quiebrahacha, y cuando yo iba a ir para el batey y él a regresar para su sitio, escuchamos numerosos tiros sueltos hacia el norte. A mí me parecieron en dirección a Inocencio, al nordeste, pero Lute dijo que al noroeste, en dirección al callejón de San Agustín, por el cual yo debía tomar para ir a Quivicán. Más cerca los tiros, nos pusimos de pie sobre el carretón, y vimos que por el callejón mencionado entraba al galope una "impedimenta" insurrecta desarmada, algo detrás de la cual venían cubanos armados al paso, que hacían fuego hacia atrás, para tratar de contener la caballería española, vanguardia de la infantería, el grueso de la columna. Lute se tiró del carretón para volver a su casa y yo lo dejé con los bueyes a la sombra de la primera mata de mangos de Jesús de Nazareno, mudo testigo que todavía existe, y corrí al batey donde estaban llenas de susto "las morenitas". La impedimenta desarmada empezó a cruzar por el batey y tomó rumbo al sur, en dirección a los montes de la costa, observándolo yo desde el colgadizo del frente de la casona. Empezó a llegar entonces la gente armada con sus jefes al frente, y el que parecía ser el de más graduación dijo que se podía hacer alto en el batey y hacerle fuego a los españoles, con lo cual se daría tiempo a que la impedimenta se retirase y se pusiese a salvo. Al

escuchar tal orden, pensé que después que ellos se retiraran los españoles podrían llegar furiosos y creerme un cómplice de los insurrectos. Así, pues, dejando mi carretón donde estaba, corrí a través del platanal saliendo por un portillo que había al fondo, para casa de Lute. Cuando llegué a la casa, Lute acababa de cerrarla y de salir a pie rápidamente con toda su familia para la finca cercana de Don Isidro Busutil , que tenía una grande y fuerte casa de mampostería, dentro de la cual se estaría algo más lejos del combate y a salvo de los tiros.

Desde la casa de Busutil, vimos que la columna, sin perseguir a los insurrectos, hizo alto junto a la casa de Lute. Al cabo de media hora o más, los lanceros iniciaron la marcha hacia el callejón de la izquierda de la casa de Busutil, como si fuesen a seguir rumbo a Batabanó, moviéndose detrás la infantería con más lanceros a retaguardia. Dos parejas de lanceros flanqueadores llegaron frente al colgadizo posterior de la casa. En ésta se hallaba de visita Félix Piedra, que vivía no lejos. Todos estaban muy temerosos, menos yo, dicho sea en verdad, porque me pareció que los cuatro lanceros sonreían ligeramente ante el susto de la familia. Les brindaron café, lo aceptaron y mientras lo tomaban, para divertirse un poco, sin duda, le dijeron a Félix Piedra: "Usted tiene los pantalones algo manchados por la parte de adentro de las piernas; debe haber montado a caballo para avisarle a los mambises que venía la columna". Muy apurado Félix Piedra lo negó y las mujeres hicieron lo mismo. Los lanceros, haciéndose los serios, aunque en el fondo no lo estaban, dijeron algo más y se fueron. Como ya la infantería se adelantaba por el callejón alejándose, una vez que pasó la retaguardia, salí con Lute y su gente para la casa de éste. Las puertas estaban abiertas de par en par. Encima de una mesita, estaba el reloj número ocho de la sala, repicando sin parar hasta que se le acabó la cuerda; los dulces que Isidorita guardaba, para sus hijos, si venían, los habían tirado por el suelo, la ropa limpia que había estado en una canasta grande, la habían regado en el patio, que estaba húmedo habían pisoteado, y la vieja albarda que le quedaba a Lute

estaba acabándose de quemar junto al pozo. Lo que consolaba a Lute del daño que le habían hecho, era que en la mesa de comer y también en el piso cerca de la misma, había manchas de sangre y restos de hilas y de gasa con que el médico o practicante de la columna curó a algunos heridos que les hicieron los cubanos seguramente. Cuando yo vi aquello cerca ya de las once de la mañana, temí que me hubieran matado la yunta de bueyes y destruído el carretón, así es que seguí inmediatamente para la casa del batey. Al llegar a la mata de mango donde los había dejado, vi que no les habían hecho nada a los bueyes. Las raíces de quiebrahacha no las habían tocado, pero al saco de yuca lo habían cortado a todo lo largo quizás para ver qué contenía. Cuando las morenitas me vieron llegar a la casa, levantaron las manos dándole gracias a la Virgen de la Caridad del Cobre, pues decían que los soldados habían estado registrando la casa y el platanal para matarme, suponiendo que yo era insurrecto. Ellas les dijeron que no, que lo que tenía en el carretón era para llevarlo a Quivicán, a lo que les contestaron que cuando me dejaban llevar cosas para el pueblo era porque yo era espía de los mambises. Comí algo a la carrera que me dio la mujer de Pelón, y salí para Quivicán arreando los bueyes todo lo que podía, porque como yo salía temprano de la finca y llegaba antes del almuerzo a Quivicán, y ese día llegaría por la tarde, pensaba que todos estarían preocupados temiendo que me hubiese pasado algo. En efecto, cuando llegué los encontré a todos muy impresionados y mamá me besó llorando. Pregunté por qué estaban así, notando que algo extraño pasaba en la casa. La columna que llevaba los lanceros, era la mandada por el general Melguizo que, como dejé dicho antes había salido de Bejucal rumbo a Quivicán y a mitad del camino, al llegar la vanguardia a un lugar con mucho arbolado a un lado y otro, insurrectos de la partida del teniente coronel Juan Delgado y de Benigno el Gallego, con su aguerrida gente, emboscados convenientemente habían disparado contra la vanguardia de Melguizo, le habían hecho seis o siete muertos y un número de heridos y escaparon sin sufrir una baja, ni dejar rastro. Como los

soldados de Melguizo casi no vieron a nadie a quien perseguir, creyeron o simularon creer para tomar venganza, que habían sido los campesinos los que les habían disparado, escondiendo después las armas, llegaron a las casas y dieron muerte a cuanto hombre encontraron, siguiendo su marcha a Quivicán. Espantadas las mujeres, recogieron alguna ropa y huyeron a pie al pueblo con sus hijos, horrorizadas de la matanza. Al salir rumbo al sur, la tropa española dijo que se proponía hacer otro escarmiento igual en esa parte, y como mamá y papá pensaron que dado el rumbo que tomaron y la dirección contraria en que yo habría de venir me encontraría con ellos y era avanzada ya la tarde sin que hubiese llegado en contra de mi costumbre, temían lo peor, horrorizados como estaban también con lo ocurrido al norte del pueblo.

CAPITULO VII

Tía Toña. Muerte del Brigadier Juan Bruno Zayas

El crimen de Melguizo dio lugar a algo insólito, digno de destacarse en este libro. La gente de Quivicán ya he dicho que era partidaria toda de la Revolución y la Independencia, siguiendo la tradición de Juan Miguel Macías, que había sido Administrador del ingenio Mi Rosa, hoy Occidente, y del Dr. Juan Villaverde, médico durante muchos años de Quivicán, respetado y venerado por todos, hermano de Cirilo Villaverde, quien desde la emigración trabajó infatigablemente por la Independencia desde antes y en el curso de la Guerra de los Diez Años. Mi tía Antonia Barreto y Piedra, hija del primer esposo de mi abuela materna, que era gallego, fue siempre ardiente separatista, pero era sumamente impresionable y tímida, y se descorazonaba fácilmente con cualquier hecho desfavorable de la guerra para los cubanos. No obstante, se dispuso a realizar un acto con motivo del crimen de Melguizo, que parecía temerario. De acuerdo con otras personas de Quivicán, logró que varias viudas de los campesinos asesinados se dispusiesen a vestirse de negro, como ella lo hizo, para ir a la Habana, a presentarle una detallada relación del crimen y una exposición al general Weyler, solicitando el relevo y el castigo de Melguizo. Cómo se reunió el dinero para costear el viaje no lo sé, pero sí sé que la relación de los hechos cometidos, y la exposición a Weyler la redactó ella misma. Llegadas a la Habana, se dirigieron al Palacio de la Capitanía General, y solicitaron de un oficial la concesión de una audiencia por Weyler para entregarle los escritos que llevaban y pedirle verbalmente, con el testimonio

de las viudas presentes, el castigo del jefe responsable. El oficial les puso reparos, y le dijo a tía Toña, quien hablaba en nombre de la comisión, que él no podía tomar la responsabilidad de dar tal paso. Entonces ella le dijo que la comisión se dirigiría al Cónsul de los Estados Unidos para rogarle que él se encargase de hacerlo. El oficial le contestó que eso era muy grave y que ellas no debían hacer eso, pero al insistir tía Toña, el oficial manifestó que lo que podía hacer era entregarle el escrito al general Segundo Cabo; tía Toña se manifestó conforme y le entregó la exposición. Nadie supo más del asunto, porque no se recibió respuesta, pero breves días después Melguizo fue relevado del mando de la zona y tengo entendido que no se tuvo más noticias de él. Si es que Weyler lo relevó por la queja, constituiría prueba de que la protesta resultó efectiva, como era propio que lo fuese.

El crimen de la columna de Melguizo abrió otro campo para mis operaciones de lo que en el lenguaje de la guerra se llamaba "forrajear", no al sur, sino al norte de Quivicán. La densa sitiería abandonada, entre Quivicán y el actual poblado de Buenaventura, abundaba no sólo en siembras de todas clases, sino también de magníficos frutales —mameyes colorados, aguacates y mangos. Algunos subsisten en la actualidad, pero las grandes fincas que hoy ocupan esa zona de tierra fertilísima, son cultivadas por métodos modernos, con regadío, tractores, etc., muy diversificados los cultivos para la venta, no sólo para el mercado habanero, sino para la exportación también y muestran hermosas arboledas nuevas, plantadas en los últimos años. Muy cerca de la entrada de Quivicán, viniendo de esa parte, vivía un agricultor algo acomodado en la fecha a que me refiero, de apellido Reyes, cuyo nombre no recuerdo, a quien en el pueblo los españoles tenían como adicto o por lo menos como no separatista ni insurrecto, pero que en el fondo era partidario de la independencia, y mantenía muy frecuente contacto con Benigno el Gallego y la gente de Juan Delgado. El era muy amigo de muchas de las familias cubanas del pueblo, inclusive de la nuestra. En mis "forrajeos" por esa parte, yo tuve un compañero, unos tres años menor que yo,

Florentino Delgado, hijo de un señor, Ignacio Delgado, persona bastante acomodada residente en una buena casa propia, con un patio grande, frente a la de Julián, donde estábamos nosotros. Como en Quivicán había tiroteos casi todas las noches, de Benigno el Gallego y los suyos a los fortines, y las casas de Quivicán eran de tablas en su gran mayoría, el peligro de ser víctimas de tales tiroteos durante la noche era inminente. Para no tener que echarse en el suelo, Delgado había cavado en el patio de su casa un gran refugio de unas dos varas de profundidad, cubierto con un techo para resguardarse en caso de lluvia. Las noches en que el tiroteo era muy fuerte y continuado, se refugiaba allí con su familia y nos llamaba para que todos nosotros fuéramos también. El era amigo del otro señor que vivía al norte del pueblo, y propietario de una hermosa yegua que tenía en el sitio próximo, donde su amigo se la cuidaba, inclusive para que el comandante militar de Quivicán no la usase frecuentemente para la ronda montada que se hacía por las noches en las calles del pueblo y de fortín en fortín. Ignacio Delgado nos había autorizado a su hijo Florentino y a mí, para que utilizáramos la yegua para cargar todo lo que recogiéramos, hasta el sitio donde él la tenía, de manera que desde allí poco a poco lo podríamos traer al pueblo. Un memorable episodio ocurrido un día en que habíamos ido de forrajeo Florentino y yo, no lo he olvidado nunca. Cuando nos disponíamos a hacer nuestra colecta de frutos y viandas para ir después por la yegua, comenzó una lluvia copiosísima que duró mucho y nos impidió poder efectuarlo. Pero antes nos pareció oir un corto tiroteo en dirección a una finca llamada Insunsa, y cuando fuimos para Quivicán sin nada, al pasar frente al sitio del señor mencionado, vimos que éste, saliendo de su sitio a pie, estaba cerca del camino real por donde íbamos nosotros. Nos hizo señas de que lo esperásemos y nos preguntó si sabíamos lo que había ocurrido. Le contestamos que no, pues sólo habíamos oído unos tiros lejanos, y nos dijo que Benigno el Gallego y su gente habían exterminado la guerrilla de Quivicán en Insunsa, no muy lejos de su finca. Mirando a Quivicán, nos

señaló una tropa española que salía del pueblo y agregó: "Es la columna del coronel Pintos, que estaba en el pueblo. Seguramente va a recoger los muertos, porque dos o tres guerrilleros escaparon a todo correr, herido uno de ellos y dieron la noticia en el pueblo. No debemos ir los tres juntos en grupo, porque estarán muy alarmados y a lo mejor nos hacen fuego. Ustedes dos, como muchachos vayan delante; yo iré cien o doscientos pasos detrás". El camino, que era bastante hondo, estaba hecho un río y un fangal, y por el mismo, llevando de vanguardia la guerrilla de San Felipe, avanzaba penosamente un batallón de quintos —el Provisional de Puerto Rico— cargados los soldados con sus pesadas mochilas, con los oficiales y los jefes a caballo. Al encontrarnos con la guerrilla, nos preguntaron varios guerrilleros a la vez donde había sido el fuego y qué había pasado. Contestamos que no sabíamos, pues veníamos de un sitio muy próximo. El teniente de la guerrilla vaciló un poco, pero los guerrilleros le dijeron: "Lo saben bien, teniente, pero lo ocultan. Vamos a amarrarlos y a echarlos por delante, para que si nos tiran, los primeros tiros los cojan a ellos". Nada dijimos ni Florentino ni yo, pero éste puso una cara muy compungida, y el teniente que era español, sin hacer caso a los traidores guerrilleros cubanos, nos dijo: "Muchachos, sigan para el pueblo". Así lo hicimos y al enfrentarnos con los pobres quintos —primera salida que hacían, según supimos, con sus cachetes mofletudos y rojizos como manzanas, éstos nos repetían ansiosos, la pregunta: "¿Están alante? ¿están alante?". Seguimos caminando de prisa sin contestar, pero al encontrarnos con el coronel Pintos y preguntarnos éste, escarmentado yo con lo de los guerrilleros, le contesté: "Señor coronel, sólo hemos oído tiros en una finca lejana en dirección a la de ese señor Reyes, que viene cerca, hacia acá. Tal vez él lo sabe y va al pueblo a informar". "Bien, sigan", nos dijo sin aspereza el coronel. Continuamos nuestra marcha llenos de fango, como mejor podíamos, y las cosas sucedieron como esperábamos. Reyes le dijo al teniente de la guerrilla que el combate había tenido lugar no lejos de su casa, que él iba para el pueblo a dar cuenta de lo

sucedido, pero sólo se lo diría al coronel jefe de la columna. En efecto, Reyes le dijo al coronel que una partida insurrecta había atacado a la guerrilla en una finca colindante con la suya, que dos guerrilleros llegaron a su casa a través de un platanal y le pidieron esconderse en su casa porque los perseguían a distancia, que así lo hizo, y que cuando algunos insurrectos llegaron a caballo preguntándole si había visto a dos guerrilleros huyendo pasar cerca de su casa, les dijo que no. Después de haberse asegurado de que los insurrectos se habían retirado, no sabía en qué rumbo, había dejado los dos guerrilleros ocultos en su casa, donde podían considerarse a salvo por el momento y se dirigió al pueblo a dar cuenta de lo ocurrido. Reyes me agregó que el coronel Pintos le preguntó si él podía servir de práctico a la columna hasta el lugar, contestándole él que sí, a fin de llevarlos por un camino algo desviado para que no le estropearan sus siembras. La columna recogió los cadáveres de los macheteados guerrilleros para enterrarlos en Quivicán, y Reyes, con dos parejas, fue a su casa y les entregó los dos guerrilleros escondidos por él. Este proceder de Reyes aumentó su crédito de buen cubano adicto a España con las autoridades militares españolas, en beneficio de él mismo, facilitándole el poder continuar prestando sus servicios a la Revolución.

Otros episodios tanto o más memorables todavía recuerdo de nuestra estancia en Quivicán antes de que papá volviese con la familia a Jesús Nazareno próximo ya a terminar el año. El Dr. Villaurrutia había sido condiscípulo del Dr. Juan Bruno Zayas cuando juntos estudiaban medicina en la Universidad de la Habana. Villaurrutia tenía un hermoso caballo moro y una buena montura flamante. Salía al campo con frecuencia para visitar enfermos, siendo como era, el único médico del pueblo, salidas en las cuales se ponía en el antebrazo izquierdo un brazalete blanco con los letras grandes rojas cosidas al mismo —C H— de la Orden de los "Caballeros Hospitalarios". Era casado, pero mantenía su señora en la Habana para no exponerla a los sobresaltos de la guerra de Quivicán. Le acompañaba en su buena casa

de Quivicán, una criada negra que atendía a la limpieza y le servía de cocinera y un robusto negro de unos 40 ó 45 años, a quien llamaba Morón, encargado de todo lo relativo a cuidarle el caballo, ensillarlo y desensillarlo siempre que él salía al campo. Cuando Zayas vino a operar en la provincia habanera, enviado por el general Gómez para activar la guerra en la Habana a fin de aliviar algo la presión que hacía Weyler contra Maceo en Pinar del Río, acumulando batallones contra el famoso y temible lugarteniente General del Ejército Libertador, el general Zayas, después de algunos combates entre las lomas de Bejucal, Managua y San José de las Lajas, se corrió, unido a las fuerzas de Cristóbal Pérez a la zona de Quivicán. El general Zayas preparaba el golpe de efecto de un ataque por sorpresa a los depósitos de caballos de los tranvías de la Habana en el Cerro, tantó para proveerse de caballos, como para probar a España que la guerra ardía en las mismas puertas de la Habana. Alfredo Zayas envió secretamente un plano con la situación de los depósitos de caballos y de los fortines del Cerro al Dr. Villaurrutia para que lo hiciese llegar a manos del general Zayas, pero el Dr. Villaurrutia consideró muy expuesto tratar de sacarlo del pueblo él mismo, porque las autoridades españolas no ignoraban en la Habana que Villaurrutia había sido condiscípulo de general Zayas en la Universidad y comenzaron a ejercer cierta discreta vigilancia sobre él, de la cual se dio cuenta. Villaurutia estaba bien informado de que, de mil maneras distintas, desde Quivicán, se sacaban medicinas, ropas, capas de agua y otros efectos para los insurrectos. La vía más fácil y menos expuesta para sacarlos, era el fortín situado junto al camino que iba desde el pueblo a una laguna grande, rodeada de algunos algarrobos, a corta distancia creo que a unas cuatrocientas o quinientas varas, al lado este del pueblo. En Quivicán los pozos eran pocos y profundos de manera que la guerrilla, la guarnición española y los pocos caballos de particulares que había en el pueblo, eran llevados a la laguna a beber y a bañarlos, generalmente en las horas del medio día, las menos expuestas a que los insurrectos se lanzaran a hacer incursiones cerca del poblado. El

fortín, situado junto al camino de la laguna, como no daba a ninguna salida del pueblo, propiamente tal, estaba a cargo durante el día de sólo dos soldados, el de la garita, para vigilar a distancia, y otro en la puerta del piso bajo del redondo fortín, para ver quiénes salían para la laguna y regresaban de ésta. La guarnición de Quivicán era corta, y como los tiroteos de noche les dejaban poco descanso, los soldados aprovechaban las horas del día para dormir por turno. El fondo del solar de la casa de Julián, donde vivíamos, daba cerca del fortín de la laguna, de modo que por las rendijas de las tablas de dicho fondo, se veía bien lo que pasaba en el fortín. En las primeras horas del día, tanto el centinela de la garita como el soldado de abajo, se mantenían despiertos, pero en las horas de calor sofocante del medio día, los únicos dos soldados se turnaban en la garita, uno para vigilar el campo a distancia y para estar al tanto de si el oficial de turno venía a caballo a recorrer, y el otro para dormir un rato. Cuando yo tenía que sacar algo del pueblo sin pase, me mantenía en vigilancia hasta ver que el soldado de abajo estaba durmiendo y no salía, y entonces aprovechaba la oportunidad para pasar por allí sin peligro. Generalmente llevaba un saco de "gangocha", como se decía, doblado, por delante en el brazo izquierdo, y cruzaba tranquilo y como descuidado por la salida junto al fuerte, como si fuera a la laguna. Entre ésta y el fuerte había yerbas y arbustos algo altos, lo bastante para poder tirar y esconder cualquier cosa en caso de necesidad. Lo que yo hacía no tenía nada de excepcional. Muchas personas lo realizaban diariamente, principalmente mujeres, que ocultaban cosas bajo sus vestidos o se las cosían a las ropas. De esta manera, saqué un día —caso de los más serios, porque no sólo me comprometía a mí, sino a mi padre y a toda la failia— un revólver muy grande para Julián y el plano de los depósitos de caballos y de los fortines del Cerro, que me entregó Villaurrutia. Llegado a la laguna, estaba por allí algunos minutos siempre mirando si había guerrilleros o soldados a caballo, que pudieran perseguirme, y cuando no descubría peligro alguno, me adentraba a través de las altas yerbas y los arbustos hacia el norte, cruzaba la línea del

carrito de la estación del ferrocarril al pueblo, fuera de la vista de los fortines, salía al camino de Bejucal y me iba al sitio del señor Reyes o seguía más adelante. El día que saqué los planos, tenía un "penco" con una vieja albarda en el sitio de Reyes, esperé por el doctor Villaurrutia y juntos seguimos para una finca llamada "Los Pinos", situada a algo así como la mitad de la distancia entre Quivicán y La Salud.

En el callejón por donde avanzábamos, entre anchas y altas cercas de piña de ratón a ambos lados, nos encontramos, ya a no mucha distancia del batey de Los Pinos, una guardia de ocho o diez hombres de uno de los escuadrones traídos por Zayas desde Las Villas, al mando de un sargento blanco, de mediana estatura y algo delgado. Al doctor Villaurrutia, montado en su magnífico caballo, bien trajeado, con buen sombrero de jipijapa, su banda de Caballero Hospitalario y su montura casi nueva y reluciente, lo miraron con respeto y nada le pidieron, pero uno de los negros de la guardia me pidió mi sombrero de yarey y otro me obligó a darle mi pobre albarda a cambio de otra muy vieja y casi desbaratada que él tenía, a pesar de las protestas de Villaurutia. Seguimos al batey de Los Pinos, Villaurrutia dijo quien era él y que venía a ver al general Zayas; nos desmontamos y pasamos a la sala de la casa. Alto, delgado, algo inclinado de hombros o de espalda, el general estaba rodeado de algunos ayudantes, del teniente coronel Cristóbal Pérez y del teniente ayudante Julián Martínez mi primo, secretario de Pérez. Dio un fuerte apretón de manos y después un abrazo a Villaurrutia, y cuando éste le dijo quien era yo, que Julián era mi primo hermano, que Pastor estaba en la guerra peleando en Las Villas y que yo servía a la Revolución y lo ayudaba a él, Villaurrutia en todo, y le sacaba cosas del pueblo, me dio también la mano y me dijo: "Muy bien, muchacho". Villaurrutia le dijo al general Zayas lo que me había pasado en la guardia, y éste volviéndose a Cristóbal Pérez, le preguntó a cuál de las dos fuerzas pertenecía aquella guardia. Cristóbal Pérez, a quien yo conocía, le contestó: "A la de usted, General", y entonces Zayas le ordenó a uno de sus

ayudantes, Carlos Machado y Morales, que fuese conmigo a la guardia e hiciese que me devolviesen el sombrero y la albarda. Fuimos a caballo. Carlos Machado le transmitió la orden al sargento y éste a los soldados que me habían quitado ambas cosas. El que me quitó el sombrero me lo devolvió, pero el de la albarda no, pues dijo que él no me la había quitado, sino cambiado. Carlos Machado le dijo que cambiada o quitada, el general Zayas ordenaba que me la devolviesen. pero el soldado se negó y dijo que él iría con el ayudante y conmigo a ver al general. El sargento no hizo objeción alguna y con visibles muestras de mortificación, Carlos Machado emprendió la marcha al batey seguido de mí y del soldado. Cuando pasamos a la sala y dio cuenta de lo sucedido, presente Julián mi primo, el general Zayas en tono bondadoso, le dijo al soldado que yo también estaba al servicio de la Revolución, que me devolviera mi albarda y que él muy pronto le daría otra mejor. El soldado salió al colgadizo a cambiar las monturas, y otro soldado le dijo en tono de reproche si me iba a devolver mi albarda, a lo que contestó: "El general me ha prometido otra mejor". Terminado el incidente Julián salió al patio conmigo a la sombra de un árbol grande. Estaba irritado, y después de preguntarme por toda la familia, me dijo expresándome su descontento: "Tú ves, Ramiro, el general es como un padre con sus soldados. Ha traído dos escuadrones de Las Villas, cuyos hombres cree que son todos héroes, pero no hay tal cosa. Si allá en Las Villas, donde hay pocas comunicaciones, muchos lugares donde escapar y ponerse a salvo y los españoles cuentan con poca caballería, los soldados del general pelean o no, no lo sé, pero aquí en La Habana, donde hay muchas más vías férreas y caminos, y los españoles cargan a fondo, a los primeros tiros, se desbandan como si fueran unos cobardes".

"Días pasados nos cargó la caballería de Pizarro mandada por el coronel Figueroa en las lomas de Santa Bárbara. Si no es por la gente de Juan Delgado y la nuestra de Cristóbal Pérez, matan al general. Me temo que si tenemos un encuentro

a campo raso, los españoles maten al general, porque vivo sé que no lo cogerán". Las palabras de Julián me impresionaron mucho, aunque yo creía que exageraba, porque yo había observado cierta rivalidad entre los insurrectos de la provincia, los orientales y los villareños, quienes se creían superiores, y decían que ellos eran veteranos de la guerra de los Diez Años, mientras que en Matanzas, La Habana y Pinar del Río, nadie había peleado, permaneciendo quietos al lado de España. Dos días después, el mal presagio de Julián se cumplió, porque Zayas, desbandada su gente en un encuentro algo más al sur, con la columna del coronel Perol, compuesta del regimiento de caballería de Albuera y del batallón Provisional de Puerto Rico, murió heroicamente batiéndose cuerpo a cuerpo con el enemigo, mejor armado y mejor montado y tres veces más numeroso. Julián, en carta que dirigiera a Constantino Rodríguez Villaverde, (Tatino) a Nueva York, sobrino que fue de Cirilo Villaverde, le describió el combate en los siguientes términos, fechada dicha carta en la finca La Jaima, el 2 de agosto de 1896.

"Señor C. R. Villaverde. Nueva York.

....

"Y el 30 del pasado, a las cuatro de la mañana salió el general Zayas al frente de 70 hombres en busca del enemigo. El comandante de la fuerza, Cristóbal Pérez, con el resto de la gente que se quedó en la finca desde donde te escribo".

A las cinco encontramos en Oñoro a la caballería de Albuera, compuesta de 300 hombres. Le dimos dos cargas al machete con brillante resultado, por nuestra parte. Entretenidos en recoger mausers, municiones, etc., casi se puede decir que nos sorprendió el "Provisional de Cuba" que manda Perol. Eran 700 hombres. Nos batimos denodadamente. El comandante Pérez, al oir el vivo fuego que sosteníamos, vino en nuestro auxilio, pero eran 300 hombres contra 950, y después de cuatro horas de combatir como acostumbramos, y digo esto sin falsa modestia, decidimos retirarnos por escasearnos ya las municiones.

Zayas, llevado de su ardor y de su heroismo, pretendió dar una nueva carga al machete, y allí cayó junto a mí; tenía un balazo en el ojo izquierdo, y tres heridas de machete, dos penetrantes incisas en el pecho y otra en el brazo y en la axila, es decir, ¡todas de frente! En el suelo, y ya moribundo, disparó todas las cámaras de su revólver.

Nosotros tuvimos 16 muertos y 17 heridos: entre los primeros a los comandantes Juan Teodoro Perpiñán Guerra, y Jesús Planas. ¡Dos bravos!

Las bajas de los realistas pasan de 60. Zayas mató de un machetazo a un comandante, que misteriosamente fue enterrado en Quivicán, y a un sargento; hiriendo gravemente en la mano a un cabo, que fue quien le dio muerte.

Nos quedó el consuelo de que murió como un héroe y se batió como un león. Planas fue muerto cuando se llevaba el cadáver de Zayas.

No tengo palabras para encomiarte el valor del comandante Pérez: frenético por la muerte del general, a quien quería mucho, pretendió quitar el cadáver a la tropa, consiguiendo rescatar la cartera de operaciones de Zayas con la documentación, salvándose él milagrosamente.

Se me olvidaba decirte que Florencio Valdés y Cayetano Armenteros, dos que conocías, murieron también. Murieron peleando.

Los cadáveres de Zayas y de Planas fueron los únicos que cayeron en poder del enemigo."

Recibe un abrazo de tu invariable amigo.—Julián Martínez Guerra."

Patria, Nueva York, 22 de agosto de 1896."

El cadáver del general Zayas y el del comandante Perpiñán fueron conducidos por Perol a Quivicán. Perol y sus oficiales creyeron que el cadáver de Perpiñán era el de Zayas y el de Zayas el de Perpiñán. Por tal motivo, el cadáver de Perpiñán lo tendieron sobre una mesa en la sala de la comandancia miltar, y el de Zayas lo arrojaron casi desnudo en el piso de ladrillo colorado de la comandancia, del lado

de la iglesia, algo separada a unas cuantas varas. Por la vigilancia a que tenían sometido al doctor Villaurrutia y parece que por algunos papeles que encontraron en la cartera de Zayas, supieron la conexión de Villaurrutia con él. Llamaron a Villaurrutia a la comandancia, y le mostraron el cadáver que tenían sobre la mesa, preguntándole si era Zayas. Según me contó el doctor Villaurrutia pocas horas después en su casa, él contestó, muy perturbado como estaba: "No es el general". Bastante defraudados le dijeron: 'Vea el otro cadáver que está en el portal del lado". Villaurrutia lo vio, no pudo contener su emoción y lo reconoció, retirándose a su casa y encerrándose en ella. Inmediatamente me mandó a buscar con su caballericero, fuí a verlo y me dijo con las lágrimas en los ojos: "Han matado al general y lo tienen tirado en el piso del portal de la comandancia. Allí hay personas mirándolo. Como tú lo viste antier, acércate por allí a ver si en efecto es él, porque yo dudo de lo que yo mismo he visto". Así lo hice enseguida y reconocí el cadáver del general sin duda alguna. Estaba desnudo de la cintura para arriba, sin zapatos ni medias. Tenía un balazo en la frente, casi junto al ojo derecho y una herida de arma blanca en el pecho sobre el corazón. Fuí a casa de Villaurrutia y se lo dije. Le dieron sepultura en el cementerio y el juez municipal, que era un buen cubano, citó a mi padre y a otro amigo de él como testigos de la defunción, al cementerio, para que vieran donde estaba la fosa y marcaran el lugar. Al siguiente día, muy temprano, Villaurrutia me mandó un recado que fuera a verlo y me dijo que fuera al paradero del carrito que venía de la estación del ferrocarril al pasar por ella el tren procedente de la Habana rumbo a San Felipe, y si veía un hombre vestido de negro que se pareciera algo al general, le preguntara si era el doctor Alfredo Zayas, y en caso afirmativo le dijera que yo lo estaba esperando de parte del doctor Villaurrutia para llevarlo a casa de éste. Cumplí el encargo, dejé al doctor Zayas en casa de Villaurrutia y me retiré. Más tarde Villaurrutia me mandó a llamar. Fuí a su casa, y él y el doctor Zayas estaban solos en la sala. Villaurrutia me dijo que el doctor Zayas deseaba que yo le

confirmara si el cadáver era el del General, porque él le había dicho que estaba muy perturbado cuando lo vio. Le contesté que sí, que yo recordaba bien al General porque lo había visto dos días antes, y me retiré. El doctor Zayas mandó a hacer una cruz de madera con el nombre del General y encargó al juez que señalara donde estaba la sepultura al carpintero. Dos días después, el doctor Villaurrutia, que se imaginaba que no lo habían detenido para no alarmar a los miembros de la Junta Revolucionaria de la Habana y dar tiempo a que la policía pudiera descubrirlos a todos y reducirlos a prisión, salió a caballo al campo como lo hacía siempre, fue a La Salud, dejó su caballo a un amigo, tomó el tren para la Habana, se escondió y logró embarcarse al siguiente día ocultamente para los Estados Unidos. Las autoridades españolas se enteraron por papeles que le encontraron a algunos de los muertos, que el propietario de la farmacia de Quivicán, Don Miguel González Toledo, facilitaba medicinas a los insurrectos, lo redujeron a prisión y lo deportaron, lo mismo que al doctor Zayas, a Chafarinas. Abatida terriblemente la esposa de Don Miguel murió poco después de la honda pena que le produjo la deportación de su marido. Años más tarde, en 1906 pasé a vivir a La Habana y conocí al doctor Alfredo Zayas, pero nunca le hablé de estas cosas porque pensaba que eran recuerdos penosos para él.

El combate de la Jaima fue descrito por Julián, que salió vivo milagrosamente del mismo, como he dicho ya, en carta a su amigo muy querido, con quien se hallaba muy compenetrado, Constantino Rodríguez Villaverde. Julián era también como todos los quivicaneros, admirador del doctor Juan Villaverde, médico que ejerció en el pueblo y el término de Quivicán, donde se le apreciaba y se le respetaba y quería con intensidad tal que rayaba en veneración, pues el doctor Villaverde era un anciano y no ahorraba fatiga alguna para visitar a sus pacientes, principalmente del campo. También ha escrito ampliamente sobre el combate de la Jaima, mi ilustre colega en la Academia de la Historia de Cuba, Gerardo Castellanos, en su libro "Juan Bruno Zayas, Médico y Soldado", La Habana, 1924, quien con su acuciosidad acostumbra-

da, visitó el lugar del combate para tratar de representar los hechos ocurridos con la mayor exactitud posible. La carta de Julián silencia algunos hechos, primero, por el temor, posiblemente, de que pudiese caer en poder de las autoridades españolas, y segundo, posiblemente también, porque si se publicaba podría redundar en perjuicio de la Revolución, por la rivalidad provinciana que ponía de manifiesto. Los informantes de mi colega Castellanos, o no conocieron exactamente ciertos hechos, o quisieron asimismo, pasar por alto algunos y guardar silencio respecto de los otros. Pero yo los pude conocer con toda la exactitud posible, tratándose de un combate de bruscas alternativas, comenzado con una carga victoriosa contra la caballería de Albuera y terminado en una desordenada retirada y un doloroso desastre. Mi conocimiento se debió a que tres días después de la muerte de Zayas, las fuerzas de Cristóbal Pérez, y los dos escuadrones que trajo el general de Las Villas, estuvieron acampados en un lugar cercano a Jesús Nazareno lindante con la finca "La Marina" y la de Ramírez Gallo, en la cual se hallaba situada la prefectura de Camacho, junto a los montes de la misma finca y de las llamadas Esquivel y Mariano Viera, lugares, principalmente en lo referente a Ramírez Gallo y Esquivel, donde hospitalizó el general Gómez los heridos del combate de Mi Rosa. La estancia temporal de las fuerzas de Cristóbal Pérez y de los dos escuadrones villareños, mandados después de la muerte del general, por sus ayudantes Méndez Peñate y Carlos Machado, debíase a que Pérez esperaba que se reuniesen con él los dispersos de La Jaima que aún no lo habían hecho y que fuesen debidamente curados y hospitalizados los heridos en el combate. En cuanto a los villareños al mando de los dos oficiales mencionados, descansaban ellos y sus estropeadas cabalgaduras, y aguardaban dos o tres días, a que sus heridos de poca gravedad pudiesen emprender la marcha. Mi tío, Guadalupe Sánchez y Piedra, aunque no había sido designado prefecto todavía, había trasladado su residencia de su sitio de Jesús Nazareno, a una casa de tablas y guano situada en el mismo lindero de los montes de Esquivel, donde podía refugiarse con su familia en caso de peligro,

casa muy próxima a la casona de Ramírez Gallo, muy cerca, ésta a los ranchos en que se hallaban los heridos. Como yo seguía haciendo mis viajes semanales periódicos de Quivicán a Jesús Nazareno y estaba vivamente interesado en conocer la suerte que había corrido Julián y todo lo referente al combate, me fuí a Ramírez Gallo, hablé con Julián, con Cristóbal Pérez, y muy particularmente con el sargento Aldecoa, a quien todos celebraran y admiraban por su valor en el combate, y porque con riesgo inminente de su vida, y secundado por dos o tres compañeros que seguían su ejemplo, contuvo a tiro limpio, a muy corta distancia, a los jinetes de Albuera que se adelantaron más. Aldecoa y sus compañeros recogieron varios heridos que montaron a la grupa y se salvaron de una muerte segura, entre ellos a un joven rubio atravesado de un costado al otro por una bala de máuser, que no abandonó su tercerola, y en unas cuantas semanas logró un completo y sorprendente restablecimento.

Aldecoa era un hombre muy serio y reservado, pero como se le confió el mando de cuatro o cinco hombres asignados a la Prefactura para el servicio de exploradores y la protección de los heridos y los enfermos, internándolos más en el monte en caso de peligro inminente, pude hablar con él con la natural curiosidad de un muchacho, sobre todo cuando había noticia de tropas españolas cercanas, ocasiones en las cuales, sin fiarse de nadie, él mismo hacía guardia fuera de la casona, en la calle de palmas que daba al camino, con un cinturón repleto de balas y su tercerola, siempre empavonada que mantenía flamante con ceniza y limón. El hablaba poco, pero pareció tomarme cariño, y con él y con algunos de los heridos, después que las fuerzas de Cristóbal Pérez se retiraron del lugar y los villareños partieron para su provincia, me fuí enterando de los pormenores del combate y escribí unas décimas sobre la muerte de Zayas, que retuve en la memoria y pude reproducir no pocos años más tarde. Sin perder de vista los celos y las rivalidades entre los libertadores de unas y otras provincias, que no llegaban a extremos peligrosos pero que existían indudablemente, la versión general era, y Aldecoa, el de juicio más imparcial y sereno

convenía en ella, que el desastre se debió en gran parte y se hizo inevitable porque los dos escuadrones de Zayas se dispersaron tan pronto se produjo la carga de Albuera, a la cual hicieron frente sólo la gente de Cristóbal Pérez, y los reducidos grupos mandados por los comandantes Teodoro Perpiñán Guerra, y José de Jesús Planas, de Güira de Melena. La versión recogida por mí de los supervivientes de la provincia habanera puede parecer parcial. No obstante, la corrobora decisivamente el hecho de que los muertos en el campo de la lucha, 17 en total, con la sola excepción del general Zayas, eran todos naturales de Güira de Melena y de Quivicán, lo mismo que casi la totalidad de los heridos, los cuales, excepto quizás algunos con lesiones de poca gravedad, eran de la provincia habanera también. No parece natural pensar que el hecho se debiera a una fatal casualidad; lo lógico es creer que se debió a que fue la gente de Quivicán y de Güira de Melena la que luchó en primera línea hasta el final, en concordancia con la versión recogida por mí. Mis ripiosas décimas, lo digo sin falsa modestia, se ajustaron a dicha versión, acaso con parcialidad de habanero, por parte mía. Algunos particulares debo agregar. En primer término, que no sé si fueron las autoridades militares de Quivicán o el coronel Perol quienes manifestaron —según se dijo— que un rebelde como Zayas, muerto en combate contra España, no debía ser sepultado en lugar sagrado en el cementerio. El cura párroco de Quivicán se opuso, declarando que Zayas era católico, lo mismo que su familia, y que una vez muerto debía enterrársele en lugar sagrado como a todo católico le correspondía y así se hizo. La versión de que no se marcó su sepultura porque fue arrojado a la fosa común es falsa. El acta de su sepelio fue levantada por el juez de Quivicán, que era un buen cubano, y quiso que otros dos cubanos de su confianza la subscribieran. Uno de ellos fue mi padre, José Dolores Guerra, como consta en el acta de defunción reproducida en la obra "Juan Bruno Zayas, Médico Soldado", de Gerardo Castellanos, y la tumba se marcó con una cruz de madera hecha por un carpintero de Quivicán. No se le puso

letrero alguno, en prevención de que alguien cometiese el sacrilegio de hacerla desaparecer, pero no fueron pocas las personas, además del juez, mi padre, el carpintero y otros testigos, que conocían el lugar de la sepultura.

CAPITULO VIII

Vuelta de Pastor a la provincia habanera, y regreso de nuestra familia a Jesús Nazareno

Preocupados todos en nuestra casa en Quivicán por no tener noticia alguna de Pastor ni de Pelón, desde el 31 de enero, 1896, en que pasó por Jesús Nazareno, formando parte de la extrema descubierta de las fuerzas del general Gómez, estábamos siempre pendientes de tratar de obtener alguna información en la prefectura de Camacho, ya que las comisiones insurrectas que venían del general Gómez para Maceo en Pinar del Río, hacían su recorrido por la parte Sur de la provincia habanera, de prefectura a prefectura, situadas éstas en el borde de la zona boscosa. En lo que al municipio de Batabanó concierne, había una al este, en el lugar llamado "Laguna del Caimán", donde siempre hubo un campamento de las fuerzas del brigadier Alberto Rodríguez, batabanoense, las cuales, muerto éste en combate, pasaron a ser mandadas por los hermanos Collazo, Aurelio, Emilio y Rosendo. Al oeste de Batabanó, había una prefectura —Camacho— y en el municipio de Güira de Melena, otra, en Cajío.

Al mudarnos de Jesús Nazareno a Quivicán, llevamos la burrita que daba leche para mi abuela. Después que ella murió, conservamos la burrita, vieja en la familia, no sólo por cariño, sino también porque era muy resistente y un animal de monta y de carga que no servía para la guerra, y en 1896, habiendo todavía bastante ganado en los montes del sur, nadie se interesaba por la carne de burro.

Recuerdo que en uno de esos viajes que yo hacía con mamá a Jesús Nazareno, para ir a ver a Lute, y tratar de enterarnos

si habían venido algunas comisiones montada ella iba en la burrita, con mi hermano José Dolores, que era de corta edad, sentado delante para sujetarlo con los brazos, y yo a pie llevando el cabestro de la burrita. Ibamos por las sabanas al sur de Quivicán, resecas y con la yerba quemada algún tiempo antes, la cual tardaba en retoñar. Cerca ya de las ruinas del antiguo ingenio San Rafael, se me ocurrió decirle a mamá, porque yo había leído en la escuela un libro de Historia Sagrada llamado generalmente de Fleury traducción de uno escrito por el abate francés de ese apellido, que nuestro viaje me recordaba la huída a Egipto de San José, llevando él a pie el cabestro del jumento que conducía a la Virgen con el Niño Jesús en los brazos, Mamá dijo: "Es verdad, y ojalá eso sea un buen augurio". Poco más adelante nos encontramos con una morena ya de alguna edad, que iba rumbo a Quivicán. Ella y mamá se conocían mucho, y ella le dijo: "Doña Pepilla, usted va a ver al niño Pastor?" Mamá le contestó que hacía muchos meses no sabíamos nada de Pastor e íbamos de tiempo en tiempo a tratar de saber si alguna comisión había traído noticias de él, como esperábamos siempre. La morena contestó: "Pues alégrese, Doña Pepilla, porque yo oí decir que el niño Pastor y Pelón llegaron en una comisión anoche". Con esa fausta noticia, seguimos para Jesús Nazareno, ya a menos de media legua de distancia, haciendo marchar a la burrita todo lo que podía, porque yo caminaba muy deprisa y era casi incansable.

Al llegar a Jesús Nazareno, sufrimos una decepción, porque las morenitas no tenían noticias de nada. Lute se había mudado con su familia, según he consignado ya, a la casa de un "sitio" de la finca Ramírez Gallo, al mismo borde del monte, al efecto de refugiarse en éste con su familia si aparecía alguna columna española por allí cerca, y allá nos fuimos. Lute no sabía que hubiese venido comisión alguna, ni tenía noticia de Pastor ni de Pelón. Terminó la tarde, oscu reció y a eso de las 8, sentados en el portal del bohío, vimos el resplandor de un incendio a lo lejos, por Pozo Redondo, y escuchamos muchos tiros en aquella dirección, pues aunque

estábamos como a dos leguas del lugar, en el silencio de la noche, con los campos casi desiertos, se oía cualquier ruido a gran distancia. Pensamos, desde luego, que podía ser alguna fuerza cubana aprovechando la noche para cruzar la línea férrea, siempre muy vigilada entre Pozo Redondo y San Felipe, o tal vez alguna comisión. Las comisiones venían bordeando los montes de la costa sur desde los límites de Matanzas rumbo a Pinar del Río, donde estaba Maceo, para cruzar la trocha de Mariel a Majana no muy completa todavía, y al llegar a Guara tenían que desviarse algo hacia el norte para cruzar la línea, de noche, entre Pozo Redondo y San Felipe. El pueblo de Batabanó, junto a la misma ciénaga, con una calzada hasta el Surgidero, bordeada a ambos lados por zanjas anchas llenas siempre de agua, con ciénagas imposibles de ser atravesadas a derecha e izquierda, obligaba a los cubanos a pasar la línea de noche, en el lugar señalado, y supusimos que el tiroteo era con algún grupo cubano que cruzaba la línea. Los españoles nunca operaban de noche, de manera que desde el oscurecer hasta comenzar a aclarar por la madrugada, los cubanos podían ir libremente de aquí para allá, sin preocupación de tropezarse con el enemigo. Lo más que hacían los españoles en sus fortines de noche, era disparar en la dirección en que escuchaban algún ruido, y eso fue lo que conjeturamos. Sin embargo, los tiros resonaban tan claramente en el silencio nocturno, que, como medida de extrema precaución, Lute decidió que en la casa quedasen sólo las mujeres, y que él, con sus hijos varones menores y yo nos fuésemos a dormir debajo de un árbol en el monte, no muy lejos de la casa. En esos casos, la cama era una yagua y nos echábamos encima un saco de "gangocha", como se llamaba a los sacos de zúcar vacíos, y si no lo había, otra yagua.

Las largas marchas a pie y la comida, como quiera que fuese ésta, un pedazo de carne con alguna "vianda", como se dice en Cuba, boniato, yuca o plátano, no me preocupaban, pero lo que casi no podía soportar era andar descalzo, cosa que me gustaba cuando yo tenía de 6 a 10 años. El dormir en el suelo, sobre una yagua, también me era muy desagra-

dable y sólo conciliaba el sueño cuando éste y el cansancio terminaban por rendirme. Era, pues, cerca de media noche, cuando entre dormido y despierto, creí oir una voz que decía: ¡Lute! ¡Ramiro!... Me pareció que era la voz de Pastor y supuse que estaba soñando, pero ya bien despierto la voz repitió la llamada más cerca y reconocí la voz de mi hermano. Contesté: "Aquí estamos". Llamé a Lute y a sus hijos y corrí a unirme con Pastor. Este formaba parte de un grupo de tres o cuatro miembros de una comisión que marchaba bordeando el monte. Al ver la casa de un sitio, llamaron para tener noticias, pues venían de muy lejos. Despertadas las mujeres, no sabían qué hacer, pero al repetirse la llamada, Clara mi tía reconoció la voz de Pastor, lo llamó por su nombre y éste contestó. El grupito se desmontó y Pastor entró en el monte a llamarnos. La alegría fue extraordinaria. En pie todos, se empezó a hacer café y a prepararles algo de comer, aunque ellos decían que no podían demorarse sino una media hora a lo sumo. Formaban parte de una comisión de 30 hombres que venían desde Las Villas, con pliegos del general Gómez para Maceo, al mando del teniente coronel José Manuel Pérez Alderete. Pelón se había separado para tratar de ver a su mujer y sus cuñadas en Jesús Nazareno, e incorporarse poco más tarde a la comisión en la prefectura de Camacho, donde descansarían algo para continuar hasta la Trocha, a fin de que algunos de los "prácticos" que hacían el servicio de pasar no a las comisiones enteras porque eso ya no era posible, sino uno o dos miembros de las mismas, realizando un arriesgado e importantísimo servicio. Pastor nos dijo que al regresar de escoltar con sus compañeros a Pérez Alderete hasta la orilla de la Trocha, iba a pedir que, por ser él y Pelón de La Habana, les dieran "pase" para incorporarse al regimiento Calixto García" que después de la muerte de su primer jefe, Alberto Rodríguez, y del que le sucedió, Aurelio Collazo, había pasado a las órdenes del coronel Emilio Collazo, teniendo como segundo a su hermano el teniente coronel Rosendo, del mismo apellido.

Pérez Alderete pasó la Trocha sin novedad, puso los pliegos en manos de Maceo y le dio cuenta de las instruccio-

nes verbales que había recibido, pero poco después los periódicos publicaron la noticia, destacada y comentada con gran satisfacción, de que se había "presentado" a las autoridades militares españolas. El disgusto entre los cubanos fue muy grande y se condenó la conducta del teniente coronel en términos muy severos, hasta que, terminada la guerra, se corrió que la presentación había sido un sacrificio de su parte, cumpliendo instrucciones de Maceo para trasmitir las otras a la Junta Revolucionaria de La Habana, versión que no sé si fue cierta o no.

Hecha pública la noticia sin dudas de ningún género, el segundo jefe de la comisión, cuyo nombre no me viene en este momento a la memoria, y sé era un conocido joven de los de la Acera del Louvre, emprendió su regreso a Las Villas. Pastor y Pelón quedaron incorporados al regimiento Calixto García. Más tarde se dio por cierto, que los veintisiete hombres de la comisión cayeron en una emboscada al sur de Matanzas, al borde de la ciénaga de Zapata, y murieron todos. Era sabido entonces que el cruce de Las Villas a La Habana, o viceversa, aun bordeando la ciénaga, era extremadamente peligroso, porque el coronel español Molina, con prácticos muy conocedores del terreno, mantenía una vigilancia tan estrecha y situaba tan hábilmente fuertes emboscadas para evitar los cruces de una provincia a otra en cualquiera dirección haciéndolos sumamente riesgosos. Es sabido que desde la Guerra de los Diez Años el plan estratégico general del alto mando español, teniendo en cuenta el hecho de ser la Isla larga y estrecha, era dividir mediante puestos militares cercanos de norte y sur el territorio en zonas aisladas unas de otras, para concentrar grandes fuerzas en cada zona en orden sucesivo e irlas pacificando una tras otra. En la Guerra de los Diez Años la trocha de Júcaro a Morón fue la más completa y la más conocida, pero hubo otras varias no tan cerradas. En la guerra del 95, la trocha de Júcaro a Morón se fortificó y guarnicionó en toda su fuerza, y el general español Arolas construyó la de Mariel a Majana, que llegó a ser prácticamente impasable, una vez completa, excepto por prácticos muy hábiles y valerosos, a rastras por la ciénaga del

sur, o por la bahía del Mariel en bote, de noche, como la pasó Maceo con un muy corto número de hombres. La línea del Hanábana, en Matanzas, era en extremo difícil de cruzar, aun por grupos pequeños y en general, toda marcha por el sur de Matanzas hasta el límite de la provincia habanera era en extremo peligrosa.

Ya con Pastor incorporado al regimiento Calixto García, y trasladada la familia de Julián a México, organizada la prefectura de Camacho al cabo de algún tiempo, de la cual pasó a ser prefecto, según he anticipado, Lute mi tío, y más difícil cada día la vida en Quivicán por la falta de trabajo, papá decidió volver a Jesús Nazareno, donde podrían sembrarse viandas, obtener carne de la prefectura y buscar alguna otra manera de poder hacer algún dinero para cubrir las más indispensables necesidades, de medicina y ropa, principalmente. Así lo hizo, y emprendimos una nueva manera de hacerle frente a la situación. Papá era un hombre hábil e industrioso, según he dicho repetidamente, y como en el barrio la caña había continuado creciendo como una planta silvestre y no había ganado vacuno o caballar que se la comiese, proyectó dedicarse a hacer melado y algo de raspadura, tanto para la casa como para vender en Pozo Redondo, Batabanó y el Surgidero. Yo, con la burrita, podía encargarme de llevar el melado a los tres poblados mencionados y venderlo por litros o botellas al menudeo, o por galones y garrafones, si se podía, en las bodegas. Para eso se necesitaba hacer un trapiche y disponer de un gran caldero para cocer el melado. Del caldero disponíamos. De tiempos de la esclavitud, en Jesús Nazareno había un caldero enorme, con capacidad de doscientos cuarenta litros, que se había venido utilizando junto al pozo para darle agua de beber a los animales, bueyes, caballos, etc., y podía usarse para hervir el guarapo, y hacer el melado. Había que asentarlo bien porque al aire libre consumiría una cantidad enorme de combustible, y que hacer un trapiche para moler la caña. Una y otra cosa no eran imposibles para papá. Con ladrillos viejos de los antiguos tendales y otros que pudimos traer de unos muros viejos de la cercana finca de Inocencio, él levantó un muro circular

de la altura necesaria para instalar y sostener el enorme caldero, cogiéndole los bordes con el muro para que las llamas no pudiesen salir. Dejó al muro una abertura para introducir la leña debajo del improvisado tacho, y otra por el lado opuesto, hacia arriba, con una base para colocar sobre ella una torrecita o chimenea que tirase del humo y de las llamas, impidiéndoles salir por donde se introducía la leña y se le prendía fuego cuando era necesario. La torre de bronce la trajimos de las ruinas del Andrea. Papá recordó que en el envasadero del azúcar había una pesa grande, con un piso sobre el cual colocaban el saco de azúcar, y dos columnitas de dos varas de alto para sostener la balanza que marcaba el peso. Las columnas de bronce eran huecas y tenían una base cuadrada con agujeros para tornillos muy grandes, con los cuales se sujetaban fuertemente al piso de madera del envasadero. El pensó que una de esas columnitas venía muy bien para utilizarla como chimenea. Fuimos al Andrea, a pie, porque no teníamos cabalgadura ni carro en que traerla, le introdujo un palo largo del grueso necesario por el centro, y tomándolo él por un extremo y yo por el otro, la llevamos a Jesús Nazareno. Aunque la columnita era pesada y se asentaba bien, él le puso unos "vientos" de alambre, sujetos a unas estacas de madera clavadas en el piso, para asegurar la estabilidad de su improvisada chimenea. La construcción del trapiche fue aún más difícil. Papá construyó una especie de banqueta del alto de una vara, poco más o menos, muy fuerte; la armazón solamente, porque no tenía tablas en el centro. Instaló en ella dos mazas de madera dura. Los ejes de madera de éstos sobresalían, el de una a un lado y el de la otra al lado opuesto, en forma cuadrada. En esos ejes papá insertó una manigueta por su centro, de modo que formaba dos brazos, para poder hacerla girar. La manigueta de la derecha hacía girar la maza en una dirección y la de la izquierda en dirección contraria, lo cual requería una persona de cada lado. Las mazas estaban separadas una de otra por un espacio de media pulgada o poco más, de manera que introducida la extremidad de una caña de azúcar entre ambas mazas, al hacerlas girar en dirección contraria cogie-

ran la caña, fueran tirando de ésta y exprimiéndole el jugo o guarapo. Este, naturalmente, caía hacia abajo y se recogía en una canal de lata, que lo conducía a un depósito colocado a su extremo más bajo. Cuando el depósito se llenaba, se colaba un poco el guarapo para quitarle la basura algo gruesa que tuviera y se vertía en el caldero para hervirlo. Para operar el trapiche se necesitaban dos personas para hacer girar las mazas y una tercera para ir introduciendo las cañas. Para lo primero se requería alguna fuerza, trabajo que realizábamos papá y yo, de un lado él y yo del otro. La introducción de las cañas no requería fuerza y podía hacerlo cualquiera. Como había cañas en abundancia, no usábamos sino cañas grandes y jugosas, que dieran bastante guarapo y no fuesen duras de exprimir. Extraído el jugo necesario para una "templa", papá comenzaba su labor de maestro de azúcar para hacer el melado, quitándole al guarapo la cachaza que con el hervor salía a la superficie. De esa manera se obtenía un melado perfectamente clarificado y transparente, con un "punto" que le daba el espesor requerido, sin que se azucarara. Generalmente, de una templa se hacían dos garrafones, o sea unas cincuenta medias botellas. El encargado de llevarlo a vender era yo, en la burrita con un garrafón a cada lado de la alforja. Los dos mercados eran Pozo Redondo y Batabanó; al "por mayor", en una o dos bodegas, a un real la botella, que los bodegueros vendían a 15 centavos. Para endulzar el café, el café con leche, y hacer refrescos y dulces, el melado salía más barato que el azúcar, gracias a lo cual nunca se dejaban de vender los dos garrafones, por un total de cinco pesos. Las ventas se hacían a lo más una vez a la semana o cada diez días. Claro es que siempre se hacía una lista de efectos que debía comprar en las bodegas, lo cual facilitaba mucho la venta, porque ésta venía a ser una especie de trueque, melado por víveres. De ese modo, papá se las ingenió para tener algo de que hacer algún dinero, en circunstancias en que no había otra manera de proporcionárselo. Con ese ingreso, con carne que nos daban en la prefectura, recogida por mí muy temprano por la mañana, en el mismo lugar donde se mataba la res,

a la orilla del monte, y con yuca, plátanos y boniatos de la finca, la pasábamos bien. Claro es que la carne que nos daban se debía a que Pastor estaba en la guerra y yo les hacía mandados al pueblo como si fuera para casa, a los insurrectos de la prefectura. En esas condiciones vivimos varios meses hasta que a fines de 1896 el general Weyler dictó el Decreto de la Reconcentración de los campesinos todos, en los pueblos y las ciudades fortificadas, con guarniciones españolas en un plazo brevísimo. Esto significó un penosísimo cambio de vida para nosotros, como para todos los campesinos de Cuba. La orden de reconcentración se hizo efectiva en la provincia de La Habana en los tres o cuatro primeros días de 1897, pero esta nueva etapa de mi crónica será objeto de otro capítulo.

En Batabanó, como he consignado ya, teníamos varias ramas de la familia: tío Antonio Guerra, con su esposa y sus dos hijos, Angela y Antonio María; mis padrinos, con sus dos hijos, José y Laudelina, y con "Bellita", al cuidado de madrina desde que nació, hija de Rosalía, la mayor de las hijas de ellos, que estaba casada con José Senjudo y tenía casa aparte. Soledad, la segunda hija, casada con Ricardo Granda, comerciante de Batabanó, también con casa aparte; y Filomena, la tercera, casada con el doctor Ernesto Collazo, matrimonio que vivía en el Surgidero, con sus hijas Armanda y Célica. Al producirse la Invasión, excepto el doctor Collazo, que tenía una Casa de Salud y ejercía en el Surgidero, todos los miembros de las varias familias mencionados se trasladaron a vivir a La Habana, donde residieron hasta tres días antes de producirse el bloqueo de Cuba en 1898 por la escuadra de los Estados Unidos, fecha en la cual emigró a México José Senjudo, con su esposa Rosalía y sus hijas, excepto Bellita, para regresar a La Habana y más tarde a Batabanó, terminada la guerra. Madrina y padrino resolvieron emigrar a México tres días antes de comenzar el bloqueo, pero la compañía naviera demoró el despacho del pasaje varios días, y la Guerra Hispanoamericana comenzó sin que pudiesen salir. En Quivicán, nosotros casi no teníamos ya parientes, pues Julián se trasladó a México con tía Toña,

Amelia y sus hijos. Julián se vio obligado a hacerlo, porque Cristóbal Pérez y su hermano, mal vistos injustamente desde la muerte de Zayas, muertos muchos miembros de sus fuerzas en el combate de la Jaima y dispersada casi toda su gente, temerosos por sus vidas y desalentados después de la muerte de Maceo se "presentaron" a las autoridades españolas en el paradero del ferrocarril de Quivicán. Julián, secretario y ayudante de Cristóbal Pérez, se encontró en una situación insostenible, sin poder incorporarse a otra fuerza. Considerado como sospechoso y con su famila desamparada en Quivicán, se acogió al "bando de amnistía" ofrecida por el general Blanco y emigró a México, a una hacienda en Oaxaca del ex-guardia civil Pérez, muy amigo de toda nuestra familia como he dicho en Mudos Testigos, quien le ofreció asilo en su hacienda y le empleó de tenedor de libros y subadministrador en la misma, hasta su regreso a Cuba con los suyos al terminarse la dominación española. Mientras estuvo en México, Julián hizo como "Tatino", propaganda a favor de la Independencia en algunos periódicos mexicanos. En razón de todo lo expuesto, papá pensó preferible reconcentrarnos en Batabanó, donde tenía amistades y donde en el Surgidero, vivía su sobrina y ahijada Filomena, la esposa del doctor Collazo, quien disfrutaba de buena posición económica y tenía muchas relaciones. El Surgidero no sufría los horrores de la guerra, porque aislado de todo ataque insurrecto por tierra, era el centro de las comunicaciones de La Habana, gracias al ferrocarril, con todo el sur de Pinar del Río, Isla de Pinos y el sur de la costa cubana desde Cienfuegos a Guantánamo. Vivía de la pesca de peces, langostas, cangrejos y esponjas, para abastecer a La Habana, como también la abastecía de carbón, leña de panadería y cáscara de mangle colorado y de patabán para curtir pieles en las tenerías; era, por tanto, el principal centro comercial e industrial de la provincia de La Habana al sur y gozaba de su tradicional prosperidad, no disminuída, sino acrecentada por la guerra.

CAPITULO IX

Reconcentrados en Batabanó

Decidido nuestro traslado a Batabanó al dictarse la orden de reconcentración, papá obtuvo permiso de la prefectura para efectuar la mudada en la carreta de la finca, tirada por una yunta de bueyes, llevar toda la ropa y el menaje de la casa, la cantidad de vianda que fue posible, el trapiche hecho por él y el caldero de hacer melado, pues pensaba que podría seguir fabricándolo en Batabanó, y, además, una vaca de leche arrebetada a la carreta.

La noche anterior a la salida para Batabanó y las primeras horas de la mañana, fueron muy melancólicas por tener que abandonarlo todo y enfrentarnos con nuevas y tremendas dificultades. De la prefectura vinieron a despedirnos Lute, el capitán Dubouchet y dos o tres oficiales y números de los que les servían de escolta. Dubouchet estaba muy delgado a causa de las fiebres palúdicas que padecía, y mamá, viéndolo con la salud tan quebrantada, le hizo aceptar una frazada, a lo cual se negaba. Retiráronse después de media noche, y al aclarar el día, completada la carga de la carreta con las camas usadas en la noche, emprendimos el viaje a Batabanó, rumbo a un destino incierto. Las "morenitas" se habían marchado poco antes de la finca, para San Antonio de los Baños, donde tenían familiares y había trabajo en las cigarrerías, pues en Jesús Nazareno difícilmente podían librar la subsistencia.

Llegados a Batabanó, congestionado de reconcentrados, no encontramos en las primeras horas donde alojarnos. En la calle de la entrada del pueblo, por el camino del paradero de Quintana o San Manuel —la calle Real, hoy Máximo

Gómez— detuvimos la carreta frente a una casa de buena apariencia, y un amplio patio con un portalón grande por donde podía entrar la carreta, y papá solicitó permiso para dejarla allí un rato, mientras él hacía diligencias en el pueblo para encontrar donde alojarnos. En la casa vivían tres jóvenes hermanas cubanas, casadas las tres con oficiales del Ejército Español, casi siempre de operaciones con una columna que tenía su base en Batabanó. Viendo a mamá con sus hijos pequeños, accedieron a lo que ella le pedía, mientras papá buscaba y encontraba un casa, en una calle traviesa inmediata. Mamá logró encontrar trabajo como cocinera en la forma siguiente: la familia de los Díaz, a la cual pertenecía "Isidorita", la esposa de tío Lute, tenía, como recuerdo de mejores tiempos, un juego de cubiertos completo de plata, muy valioso. Deseosa de venderlo, por la necesidad en que se hallaban, le hablaron a mamá para que tratara de ver si alguien que ella conociese quería comprarlo. A mamá le dijeron que el comandante militar de Batabanó contraería matrimonio muy pronto, y fue a verlo para proponerle los cubiertos. El comandante estuvo de acuerdo en comprarlos, y mamá le dijo que cuando él pusiese su casa, si necesitaba una cocinera la tuviera en cuenta, pues ella tenía mucha práctica en cocinar. El comandante se casó poco después y mamá iba diariamente a cocinarle a su casa mañana y tarde. De esa manera ayudaba a papá a cubrir los gastos de la casa. El doctor Manuel Viamontes estaba entonces en Batabanó, por el motivo ya expuesto, y mamá supo en la casa del comandante, que estaba vigilado y en cualquier momento podrían detenerlo, por lo cual el doctor Viamontes se marchó del pueblo tan pronto pudo.

Papá, por su parte, había resuelto fabricar melado con el trapiche traído de Jesús Nazareno en la carreta con tal propósito. Don Florencio Arencibia, vecino nuestro en el campo, también se había reconcentrado en Batabanó, y como en los alrededores del pueblo había caña, papá propuso a Don Florencio que hiciese negocio con él a fin de que sus hijos, que eran dos hombres, le ayudaran a traer caña en la carreta y a hacer el melado a la mitad. Don Florencio y sus

hijos eran gente muy cobardona y asustadiza. pero respetaban a papá, quien les inspiró siempre mucha confianza, de manera que aceptaron y pronto se echó a andar la producción de melado. Para salir a cortar y acarrear la caña, yo tenía que ir siempre con los Arencibia, a causa del miedo que sentían, aun cuando los cañaverales, aunque algo distantes, no estaban fuera de la vista de los fortines. Con mamá ganando algo de cocinera, la vaca de leche amarrada a comer yerba durante el día a la vista de los fortines, y la venta de algún melado, la situación de la familia era, por lo menos, tolerable. Empeoró mucho cuando se acabó la caña y más tarde en un tiroteo mataron la vaca, pero por suerte pudimos obtener otros recursos. En el fortín de mampostería, redondo y de dos pisos, a la entrada del pueblo, hacia el paradero del ferrocarril, llamado Quintana o San Manuel, había siempre ocho o diez soldados, al mando de un cabo. Un día, al salir yo con la vaca a amarrarla a la vista del fortín, el cabo me preguntó si yo sabía escribir. Le dije que sí, y él y los soldados me pidieron que les escribiese unas cartas, —eran analfabetos— a sus familias en España. Les contesté que sí, desde luego, y una vez en relaciones con ellos, les pedí que me permitieran recoger viandas y frutas en los sitios cercanos, hasta donde alcanzaba la vista desde lo alto del fortín, a lo cual accedieron. El papel y los sobres que podían comprar eran malísimos, pero ellos no disponían nunca sino de centavos. En una pequeña mesa en el interior del fortín, yo les escribía las cartas, casi siempre del mismo estilo. A mí me daba lástima al ver que la mayor preocupación de ellos era decirles a sus padres y hermanos, que estuviesen tranquilos, porque en el pueblo donde estaban de guarnición casi no había guerra y ellos no corrían peligro alguno. Por ese medio, mientras hubo algo que "forrajear" a no mucha distancia de los fuertes, siempre disponíamos de algo adicional a lo que producía el melado mientras duró la caña.

En Batabanó se organizó una guerrilla, y el jefe militar del pueblo dispuso, para ayudar a los reconcentrados, que de tiempo en tiempo, generalmente una vez a la semana, saliese una carreta, escoltada por la guerrilla, con los recon-

centrados que quisiesen hacerlo, para recoger viandas en las fincas abandonadas. En la carreta se traía la vianda que las autoridades del pueblo mandaban a recoger por su propia cuenta para distribuirlas entre las familias más necesitadas, pero a los reconcentrados que lo deseaban y podían hacerlo, les permitía que fuesen también con un saco y recogiesen y trajesen a cuestas lo que les fuese posible, como hacíamos papá y yo. Un día tuve en el pueblo una tremenda sorpresa que en el primer momento me asustó mucho, al ver a caballo, con traje de guerrillero, armado y con insignias de teniente a Pereira, el médico o practicante que yo había conocido en la prefectura de Camacho, cuando fue nombrado prefecto Lute mi tío. Doblé a toda prisa por la primera bocacalle, pero Pereira me alcanzó y me dijo: "No te asustes, tuve que presentarme porque después de la presentación de Cristóbal Pérez, sospechaban de mí, y Aldecoa me dijo que querían matarme". Me preguntó por papá, mamá y todos los demás, y me encargó decirles que no temieran, por el hecho de haber tenido que ir de práctico a tratar de sorprender las rancherías de la prefectura, porque él había llevado la tropa española a los ranchos abandonados desde hacía tiempo. Como no encontraron a nadie en los mismos, él explicó a los jefes españoles que, sin duda, conociendo su presentación y temiendo que él llevase la tropa a tratar de sorprenderlos, se habrían mudado a otros ranchos distantes entre la ciénaga. El primer día de mi salida con la guerrilla, yendo Pereira, sin que papá pudiese ir porque estaba con fiebre, yo iba un poco detrás de la carreta, con mi saco vacío al hombro, cuando Pereira se me acercó a caballo y me dijo: "Llena tu saco hasta la boca, pues yo ordenaré te lo traigan en la carreta". Así lo hice y mi carga y la de papá en dos o tres salidas más, fue mucho mayor desde ese día. Al poco tiempo no vimos más a Pereira ni supimos qué había sido de él. Al cabo de varios meses, estando ya nosotros en el Surgidero, tratando un día de conseguir algunos peces aunque fuesen pequeños de unas goletas pesqueras atracadas al muelle principal, vi desembarcar de los carros del ferrocarril una numerosa tropa de infantería y marchar por el muelle a embarcar en el vapor

Antinógenes Menéndez con destino a Cienfuegos o a alguno de los otros puertos de la costa sur, porque ya había barruntos de que España y los Estados Unidos podían entrar en guerra. Mientras miraba los soldados con curiosidad, ví a Pereira, con galones de sargento de infantería. Se fijó en mí y me llamó por mi nombre, haciéndome señas de que me acercase a él. Lo primero fue preguntarme por papá, mamá y toda la familia. Le contesté con el afecto de siempre, y me dijo: "Ya ves, voy para Vuelta Arriba, no sé a qué punto. Ojalá nos podamos volver a ver. Dale recuerdos míos a la familia". Le desee buena suerte y nunca más supimos de Pereira, el buen amigo cuando era insurrecto; el buen amigo cuando por necesidad fue guerrillero, sin traicionar a sus excompañeros de "la manigua".

He hecho referencia a que cuando ví a Pereira por última vez, ya nosotros estábamos en el Surgidero. Procede, pues, explicar cómo pasamos allá y en qué fecha, poco más o menos, pero antes debo referirme al desastre de las diversas ramas de la familia Guerra residentes en Pinar del Río, término municipal de San Juan y Martínez, tal como me lo ha contado Angela Guerra, mi prima. La Invasión avanzó en la provincia habanera primeramente por el sur, después tomó rumbo al norte, siguió a Bahía Honda, atravesó la Cordillera de Guaniguanico y pasó a la llanura meridional de la provincia de Pinar del Río. Al sur de la capital pinareña, se libró el fuerte combate de Las Taironas, muy poco después del cual, al continuar Maceo su avance, proseguido hasta Mantua, San Juan y Martínez fue totalmente destruído por el incendio. Las familias residentes en San Juan se diseminaron por los campos, quedando muchas de ellas casi exterminadas en corto tiempo. La de mi tía María de la O (Tía Quilla) hermana de mi padre, casada con tío Clemente Guerra, primo de ella, a quienes conocí en Batabanó antes de ir a residir en San Juan, y de quienes conservo un vago recuerdo, pereció casi toda, sobreviviendo sólo un hijo —Clemente— que estaba deportado en Isla de Pinos, por haber tomado parte en el alzamiento de varios sanjuaneros en octubre de 1895, antes de la Invasión, siendo hechos prisioneros y condenados

a extrañamiento en Isla de Pinos por Martínez Campos, quien no quería extremar las medidas de represión para no soliviantar los ánimos. Sobrevivió también una hija, María de los Dolores (Lola), esposa de Don Manuel Bustamante, persona acomodada, que no era separatista y estaba bien visto por los españoles. En el campo insurrecto murieron tía Quilla, tío Clemente, tres hijos varones ya hombres, una hija y un nieto.

La familia de tío Faustino, otro de los hermanos de mi padre, quedó aniquilada también. Murieron en el campo él, su esposa, Clemencia Vivero, sus dos hijas, y un hijo de diez años. Sobrevivió un hijo ya hombre, "Faustinito", gracias a que tomó parte en el alzamiento de Octubre, 1895, fué hecho prisionero y desterrado a Isla de Pinos, donde actuó también en el resonante episodio de Evangelia Cosío.

Tía Yoyita tuvo una hija, Juana, esposa del Dr. Juan Antonio Piña residente en Dimas. Cuando la Invasión llegó a Dimas, la casa del Dr. Piña era la mejor del poblado. Alojaron en su hogar a los altos jefes insurrectos, los agasajaron y Juana bordó una bandera cubana. Cuando las tropas españolas volvieron a ocupar el poblado, algunos peninsulares intransigentes denunciaron a Juana y a su esposo, pero el Obispo de la Habana, a cuya diócesis pertenecía Pinar del Río en aquel entonces, los defendió, manifestando que la casa del Dr. Piña era la mejor del pueblo, él se alojaba en ella cuando hacía sus visitas pastorales, y de la misma manera se alojaban también en ella y eran atendidos por el Dr. Piña y su esposa los altos jefes de las columnas españolas cuando pernoctaban en Dimas. No obstante, Juana y su esposo fueron reducidos a prisión, conducidos a la Habana y sometidos a un consejo de guerra, recluído en la cárcel el Dr. Piña y Juana en la Casa de Recogidas. Esta le escribió al Obispo, y el prelado gestionó y logró que la trasladaran al hospital de Paula donde permaneció hasta la celebración del consejo de guerra. El Dr. Piña y ella fueron condenados pero los indultaron pocos días después, en la festividad del cumpleaños del rey de España. No tardó en dictarse otra vez contra ellos orden de prisión, pero el alcaide de la cárcel era amigo de tía Yoyita y le avisó a ésta, entonces en la

Habana, inmediatamente, y un amigo del abogado de Piña, de apellido Estrada, lo ocultó en su casa y logró embarcarlo disfrazado para los Estados Unidos, de donde regresó cuando se estableció la Autonomía y se dictó un bando de perdón general. Juana continuaba en el hospital de Paula, porque sufría de hemorragias pulmonares, pero desconfiadas las autoridades españolas, designaron tres médicos militares para que la examinaran y comprobaran si en efecto padecía de dicho mal, como decían las hermanitas de la Caridad que la asistían y el médico del hospital, pues en caso contrario la trasladarían a las Recogidas. Los tres médicos confirmaron la enfermedad de Juana, quien siguió en Paula, hasta dictarse el bando de perdón ya dicho y ser puesta en libertad. Todo lo expuesto respecto del Dr. Piña y de Juana, me lo ha referido detalladamente, Angela Guerra Martínez prima hermana, según dije ya, quien siendo una niña de unos doce años, acompañaba a tía Yoyita en sus frecuentes visitas al hospital de Paula a ver a Juana.

Yo dejé suspendida la narración de la vida que veníamos haciendo en el pueblo de Batabanó, para intercalar los hechos referentes a los desastres de las familias de los hermanos y hermanas de papá en Pinar del Río. Concluído el relato de los mismos, reanudo lo anterior en el punto en que lo dejé. Cuando en los alrededores de Batabanó se acabaron las viandas que salíamos a recoger escoltados por la guerrilla, la situación de los reconcentrados se hizo desesperada. En toda la extensión de los campos de la provincia de la Habana ocurrió lo mismo, porque las columnas españolas, para privar de recursos a los insurrectos, se dedicaron a destruir todo cuanto pudiera serle útil a éstos, incendiando las casas y los bateyes de las fincas, arrasando los restos de los sembrados y hasta cegando los pozos. La desolación total la he descrito en Mudos Testigos, aparte de que la han hecho también, en otros libros, el Dr. Rafael Martínez Ortiz en su obra "La República de Cuba"; Francisco de Paula Machado en un doloroso opúsculo sobre la Reconcentración; el Comisionado Robert P. Porter, enviado a Cuba por McKinley, en el primer buque después que se firmó el armisticio; y el gene-

ral John R. Brooke y los gobernadores militares americanos de las seis provincias cubanas, tan pronto tomaron posesión de sus cargos en los primeros días de 1899, al redactar sus informes a la superioridad.

Lute, gravemente enfermo, lo mismo que su esposa Isidora Díaz, se vio en la necesidad de acogerse al indulto general autonómico con sus hijas y algunos de sus hijos menores, muriendo él, su esposa con un hijo de meses que no podía amamantar, y sobreviviendo los otros a duras penas, cuando las fuerzas norteamericanas comenzaron a repartir raciones y medicinas entre los infelices reconcentrados. Oscar, el hijo mayor, fue hecho prisionero en la finca "La Marina", poco antes del comienzo de la guerra Hispano Americana, implantada ya la Autonomía, gracias a lo cual escapó de ser fusilado, pero murió poco después durante el bloqueo de Cuba por la Marina de los E. Unidos. Yo, había resistido bien las penalidades de la guerra, salvo sufrir fuertes fiebres palúdicas periódicamente combatidas con sulfato de quinina, pero enfermé gravemente de fiebre tifoidea y estuve a punto de morir. En Batabanó se hallaba todavía el Dr. Manuel Viamontes, padre del radiólogo actual del mismo nombre. El vivía en Palos, donde ejercía la medicina, pero un español amigo suyo, cuyos hijos había curado, supo que estaba vigilado como sospechoso de separatismo y le aconsejó irse de Palos por algún tiempo. El era algo pariente de mamá y vino a Batabanó donde tenía algunas relaciones. Mamá y papá le pidieron que me viera, lo hizo así y su diagnóstico fue fiebre tifoidea. La botica del pueblo estaba casi totalmente desprovista de medicinas, pero en el Surgidero las había en la Casa de Salud de Collazo. Para ir del pueblo al Surgidero se necesitaba un pase o permiso del jefe militar del pueblo, muy difícil de obtener. En tal apuro, hallándose en el pueblo la columna del batallón de Otumba, mandada por el teniente coronel Martínez Morentín, muy valiente, como toda la oficialidad de la columna hasta el último de sus soldados, pero muy humanitario, a tal punto que cuando estaba en Batabanó, su base de operaciones, al hacerse el rancho para la tropa, ordenaba hacer una gran

cantidad para los reconcentrados más necesitados. Papá no vaciló y fue a verlo, hablándole de mi enfermedad y de que en la botica del pueblo no había las medicinas necesarias para atender a mi curación. Martínez Morentín envió al médico de la columna a verme, éste confirmó el diagnóstico del Dr. Viamontes, y entonces Martínez Morentín le dio un pase a papá de su puño y letra para ir al Surgidero y que se le permitiera traer las medicinas. Al fin y al cabo, mi fuerte naturaleza resistió, aunque quedé muy débil. Ya en estado inicial de convalecencia, Filomena y Collazo le dijeron a papá que me llevara para el Surgidero. Teniendo que guardar cama todavía, me instalaron en una habitación, no de las de la Casa de Salud o Quinta, sino de la casa de ellos, en el mismo edificio. Allí continué reponiéndome y cuando ya pude levantarme e ir cobrando fuerzas, Collazo aconsejó un viaje de ida y vuelta, una semana o un poco más, en el vapor de ruedas Cristóbal Colón, del Surgidero a los embarcaderos del sur de Pinar del Río —La Coloma, Bailén, Galafre, Dayaniguas y no sé si alguno más— hasta Puerto Cortés, en el istmo de la península de Guanacahabibes. Don Ignacio García, cuyo hijo del mismo nombre había sido compañero mío de estudios de bachillerato, en 1893, 1894 y 1895, era el sobrecargo del vapor. Tenía mucha amistad con Collazo y con papá y él lo arregló todo para que yo pudiera hacer un viaje redondo, sin pagar pasaje. El cocinero, Jesús Martínez, pariente lejano de Julián mi primo, y amigo mío desde muchacho, tenía su camarote con dos camas en el entrepuente del Colón, y usaba sólo una, de manera que yo podía usar la otra. La comida la hacía yo con Jesús. En esa forma y con esas facilidades, efectué mi viaje de convalesciente. Los embarcaderos pinareños, no daban la impresión de miseria. Los caseríos eran chicos y había abundante pesca, con anzuelos en los muelles de madera, tarrayas, nasas y redes, pero cuando el Colón penetró en Cortés por el canal de entrada, para atracar al muelle en el bastante amplio puerto, redondo como una laguna, mi impresión fue terriblemente dolorosa, porque yo no había visto nunca miseria semejante en Batabanó, ni aun en los peores

días de la Reconcentración. En los alrededores del mísero y polvoriento caserío, no se descubría cultivo alguno desde lo alto del puente del Colón, y todo parecía sucio y desolado. El capitán del Colón ordenó tirar una o dos redadas en el puerto, donde abundaban los peces, particularmente "el jurel"; se recogieron varias grandes canastas con no corto número de arrobas de pescado y ordenó distribuirlo entre la gente víctimas del hambre. En mi libro Mudos Testigos he citado la patética escena, que nunca se me ha apartado de la memoria, de una jovencita reconcentrada, semivestida de andrajos y descalza que subió al Colón con un plato de hojalata a pedir un poco de comida. Reproduzco el pasaje a continuación, porque me produjo una impresión terrible, me hizo reflexionar entonces y años después respecto de los horrores destructivos en lo físico y moral de la guerra, y sobre las lejanas, duraderas y penosísimas consecuencias de la misma en lo venidero. Véase el citado pasaje:

"Era una guajirita pinareña. Sus ojos de un verde pajizo con reflejos metálicos, un día miraron azorados, vivarachos y curiosos por las rendijas del bohío. Ahora, estrañamente abiertos, con bovina mansedumbre, están vidriosos y turbios, y la luz de sus pupilas mortecinas parecía venir de muy adentro, de una llama lejana y fría, próxima a extinguirse. Sus morbideces de púber estaban acentuadas por la hinchazón y las orejas de cera hacían pensar inevitablemente en la muerte.

Casi descalza, cubierta de harapos, avanzaba por los viejos tablones, cubiertos de astillas y penetró en el buque atracado al muelle. Se acercó a la cocina y extendió, en silenciosa súplica, un plato de lata. Pedía un poco de sobras del almuerzo.

El cocinero, brutalmente lascivo, la miró y sonrió... Se le acercó... Extendió las manos... El rostro de la adolescente tomó una expresión de angustia infinita... Inclinó la cabeza... Apenas insinuó un gesto de repulsión o de defensa, pero el pudor herido se manifestó con tan resignado y desesperado sufrimiento, que la mano sacrílega se detuvo.

El plato quedó lleno. Un pedazo de papel lo cubrió. Se escuchó un ¡gracias! tembloroso, como un soplo, y la "reconcentrada" se alejó por el carcomido muelle en dirección a las casuchas miserables donde esperaban los padres moribundos y los hermanitos hambrientos. Yo había hecho un gesto de defensa de la pobre reconcentrada y un soldado español de varios convalecientes que hacían el mismo viaje que yo, me miró iracundo y me dijo: "¡mambí!" Su pretendido insulto lo consideré como un alto honor para mi."

CAPITULO X

La vida en el Surgidero de Batabanó

Sin poder precisar la fecha, recuerdo que después de mi viaje de convalecencia, estábamos viviendo en el Surgidero, en la parte de la calle de la Zanja junto a la calzada, en una casa grande, de madera, como casi todas las del Surgidero entonces, dividida a la mitad, de manera que en ella podían vivir dos familias independientemente, aunque separadas por el tabique de madera desde el frente hasta el fondo de la misma. En esa casa murió mi pobre tía Clara, después de larga y penosa enfermedad, asistida día y noche por mamá ayudada por Amelia. Collazo tenía buenas relaciones con los comerciantes españoles y griegos, dedicados éstos a financiar barcos dedicados a la pesca de esponjas, las cuales se clasificaban, arreglaban y empacaban para la venta en Cuba y para la exportación. El comercio del Surgidero, a solicitud de las autoridades y para proteger el lugar donde tenían sus propiedades y sus negocios y residían con sus familias de posibles aunque fuesen poco probables ataques de los insurrectos, había levantado fondos, para hacer una zanja ancha y bastante profunda, llena siempre de agua a causa del bajo nivel de la ciénaga sobre el nivel del mar que rodeaba al Surgidero, desde el este hasta el oeste, dejando libre sólo el frente que daba al sur, o sea, al mar. Del lado interior de la zanja, casi al borde de ésta, había una serie de fortines construídos con troncos de madera dura, provistas de aspilleras con una garita para el centinela, en lo más alto. De fortín a fortín, había una fuerte alambrada de púas, con los hilos muy próximos unos a otros. La zona exterior de la zanja, muy cenagosa, se mantenía limpia de

arbustos y de yerbas hasta una distancia no menos de cien metros, y a distancia bastante corta de unos de otros se habían colocado postes algo gruesos con un farol de los usados entonces para el alumbrado de las calles, bastante ancho para que en su interior pudiera colocarse una lámpara de luz brillante, con bombillo de vidrio y capacidad suficiente en el depósito para mantenerse encendido desde el oscurecer hasta las primeras horas de la mañana. Los faroles estaban a distancia apropiada para que entre uno y otro no quedara una parte oscura y la zona defensiva estuviera bien iluminada. Una comisión del comercio, de acuerdo con las instrucciones de la autoridad militar, recaudaba los fondos entre todos los comerciantes y contrataba el servicio del alumbrado de la zona con quien tenía por conveniente, cooperando de esa manera a la protección y la defensa del poblado. Collazo, como he dicho, tenía influencia con los comerciantes, clientes de él gran número de ellos. En tal virtud, gestionó y obtuvo que se le concediese la contrata a papá, pasando entonces nosotros a vivir en el Surgidero en la casa ya dicha. La salud de papá era mala y él personalmente no podía realizar el trabajo de encender al oscurecer y mantener encendidos los faroles en la zona baja y cenagosa exterior, ni volver a encender el que se apagaba a cualquiera hora de la noche por cualquier causa, lluvia o viento generalmente, ni tampoco el de apagarlos al aclarar, limpiarlos y abastecerlos de luz-brillante para encenderlos tan pronto comenzase a oscurecer.

Las dos zanjas a un lado y otro de la calzada del Pueblo al Surgidero, dividían el circuito defensivo ya dicho en dos sectores: uno, a la izquierda, viniendo del Pueblo al Surgidero, desde la zanja hasta el mar, otro a la derecha, también viniendo del Pueblo, desde la otra zanja hasta el mar. El sector de esta parte del circuito presentaba dificultades mucho mayores para la prestación del servicio del alumbrado que la otra, a causa de unas zanjas situadas detrás de la tenería existente de ese lado del circuito, frente a la Quinta de Collazo, anchas y llenas de agua también, y de las cunetas de la línea del ferrocarril. Papá colocó un hombre

llamado Esteban, cubano, a quien le pagaba un sueldo mensual, para atender el servicio del alumbrado en ese sector y yo atendía el otro, menos trabajoso, sin dejar de serlo, durísimamente.

Para realizar mi trabajo necesitaba un equipo especial. En primer término, unos zapatos altos y fuertes. Las botas de goma como las de los bomberos no podían usarse, porque pesaban mucho, se llenaban de agua y los troncos puntiagudos de los arbustos las rompían fácilmente. Los zapatos debían ser altos, fuertemente amarrados con cordones para que no se quedasen enterrados en el fango y para proteger algo los tobillos. Los pantalones de tela gruesa y muy fuertes, amarrados a la parte alta de los zapatos. La camisa, de tela gruesa también para la protección del cuerpo contra los mosquitos. El sombrero, de "pajilla", cubierto con un pequeño mosquitero que se amarraba al cuello, a fin de que las alas duras de la pajilla lo mantuvieran separado de la cara y la parte posterior de la cabeza. La chaqueta tenía en su lado izquierdo interior, dos bolsillos, donde se guardaban dos cajas de fósforos en cada uno, pues al encender los faroles se gastaban muchos fósforos si llovía o hacía viento. Finalmente, las mangas de la camisa se amarraban a las muñecas por la bocamanga, para que los mosquitos, no se metiesen por ella a picar el brazo; las manos se embarraban con luz brillante para que los mosquitos no las picasen. Sobre todo esto, llevaba una ligera capa de agua, en las manos un farol portátil para alumbrar un poco el camino y evitar los troncos, como para que los centinelas de los fortines pudieran seguir mis movimientos, sin perderlos de vista. Si un farol se apagaba a cualquiera hora de la noche, un soldado avisaba a nuestra casa, cuya dirección conocían todos en cada fortín debiéndose ir inmediatamente a encenderlo, previo aviso a los dos o tres fortines más cercanos. La labor era muy dura y peligrosa, pero gracias a ello, se subvenía a las necesidades de nuestra casa, a lo cual contribuía papá con lo que lograba ganar de una manera o de otra, administrada la casa por mamá con la mayor economía.

Desde que nos reconcentramos en Batabanó habíamos dejado de tener noticias de Pastor, pero estando en el Surgidero logramos recibirlas y hasta poder mandarle alguna ropa y otras cosas. El medio de comunicación fue el siguiente. En el Pueblo había un comerciante español con bodega y panadería con largos años de residencia en Cuba y familia cubana, persona muy bondadosa, amigo de mi padre y de casi todos los vecinos del Pueblo. Su bodega estaba al lado sur de la actual plaza de Batabanó, próxima a la cerca de alambre que rodeaba el poblado y muy inmediata a unos de los fortines del lado del este. Siendo voluntario, ya de alguna edad y teniendo que atender a su establecimiento y a una pequeña finquita de su propiedad, el fondo de la cual daba a la ciénaga siempre pagaba, como era cosa corriente, la cantidad fijada para abonarle a otro voluntario que lo sustituyera cuando a él correspondía la guardia. Ese comerciante conocía a todas las familias de la localidad, sabía perfectamente cuáles tenían familiares en la guerra y había conocido a Pastor desde pequeño, cuando habíamos asistido a la escuela del Pueblo. Mucho siento, en verdad, no recordar su nombre. Compenetrado con las familias cubanas, lejos de ser español intransigente, como alguno otro del pueblo, no serviría a la Revolución pero de carácter bondadoso y pacífico, entendía, a juzgar por su conducta, cosa natural que los cubanos quisiesen ser libres en su tierra, y a ninguno le tenía a mal que estuviese en el campo insurrecto, sintiendo siempre mucha pena por las familias con hijos en la guerra. Servicios a la insurrección no prestaba ninguno, lo repito, pero secretamente recibía en el fondo de su finquita recados de los insurrectos para sus familias y de éstas para aquéllos, entregándoles ropa, medicinas, dulces y otras cosas de comer sacadas sin sospechas, entrando y saliendo a pie a su finquita, donde tenía algunos cultivos, en particular pienso para algunos animales y dos o tres vacas. Por su conducto recibimos noticias de Pastor y por mediación de él papá y mamá le mandaban lo más necesario.

En razón de lo expuesto, ganando lo indispensable para vivir y sabiendo de Pastor de vez en cuando, la íbamos pasando bastante bien, relativamente.

La situación se nos cambió bruscamente en sentido adverso, porque un aspirante a la contrata del alumbrado, supo no sé por qué conducto, que papá tenía un hijo en la insurrección, y logró se la quitaran a papá y se la dieran a él. Nuestra situación la resolvió Collazo, asignándole a papá y a mamá una cantidad mensual, estrictamente para cubrir las necesidades más perentorias de la familia, firmándole papá y mamá un recibo, garantizándole el pago de cada una de las cantidades para más adelante, garantizadas con el valor de la finca Jesús Nazareno, en la parte que era propiedad de mamá. La deuda subió a más de mil pesos, pagados años después hasta liquidarla totalmente allá por 1906, junto con los censos atrasados de la finca al Hospital Nuestra Señora de las Mercedes, que, por ser perpetuos, se continúan pagando todavía anualmente en este de 1957.

Mientras tanto, en España, en Estados Unidos y en Cuba se producían acontecimientos que hacían tomar un nuevo curso a la guerra. En 4 de marzo de 1897, fecha en que William Mc Kinley ocupó la Presidencia de los Estados Unidos, la opinión pública norteamericana, en su gran mayoría, gracias a la propaganda constante de los emigrados cubanos, se manifestaba a favor de la independencia de Cuba, de tal manera, que el Partido Republicano, en su programa electoral con el cual ganó las elecciones había incluído una declaración que decía "Creemos que los Estados Unidos deben emplear activamente su influencia y sus buenos oficios para restablecer la paz (en Cuba) y dar independencia a la Isla."

En su Mensaje inaugural al Congreso, Mc Kinley no hizo mención alguna de Cuba, y declaró que Estados Unidos no querían guerras de conquista, pero ya en junio del mismo año comenzó a prestar atención activamente a la cuestión cubana, protestando con energía en nombre de la humanidad y de los Estados Unidos, contra los bandos y procedimientos de guerra de Weyler, y especialmente contra la re-

concentración de los campesinos. McKinley nombró ministro en Madrid, a Steward L. Woodford, y éste presentó una nota al Ministerio de Estado Español, ofreciendo los buenos oficios de los Estados Unidos para poner término a la guerra, porque la continuación de ésta era perjudicial a los intereses norteamericanos. Fijaba un plazo de 40 días para que España formulase alguna proposición al propósito de hacer efectivos los buenos oficios de los Estados Unidos, o diese seguridades satisfactorias de que por sus propios esfuerzos habría de asegurar en breve plazo la pacificación de la Isla. El plazo fijado por esta nota terminaría exactamente el 30 de octubre de 1897. En España, el Primer Ministro, don Antonio Cánovas del Castillo, había sido asesinado en el balneario de Santa Agueda, por el anarquista italiano Angiolillo, el 8 de agosto, y el general Azcárraga ocupaba interinamente el poder. La nota norteamericana por su extrema gravedad, no era procedente que la contestase un jefe de gobierno interino. El 29 de septiembre, Azcárraga presentó su dimisión a la Reina Regente, María Cristina, y el 2 de octubre ocupó el poder don Práxedes Mateo Sagasta, que había venido turnándose con Cánovas para mantener la monarquía. La política de España en Cuba iba a cambiar radicalmente por la fuerza incontrastable de las circunstancias. Cánovas, el político conservador tenazmente partidario de sostener la guerra "hasta perder el último hombre y gastar la última peseta" había muerto, y Weyler, el general designado para llevarla adelante por los terribles métodos de exterminio, había declarado pacificada, falsamente, la mitad occidental de la Isla y no había podido evitar la toma de Victoria de las Tunas por el mayor general Calixto García, después de quince días de asedio, batidos 13 de los 14 fuertes de la misma por la artillería cubana, tomada por asalto la plaza y rendida la numerosa guarnición después de considerables pérdidas, sin que hubiese podido ser socorrida por fuerza española alguna en las dos semanas del asedio. España, según declaró el reputado historiador español don Gabriel Maura Gamazo, perdió la confianza en Weyler, y Sagasta, decidido a imprimir nuevos rumbos a la política

española, obtuvo de la Reina la firma de un Real Decreto por el cual Weyler fue relevado del mando en Cuba y sustituído por el teniente general don Ramón Blanco y Erenas, el 8 de octubre. El 23 del mismo mes, todavía dentro del plazo fijado por los Estados Unidos, Sagasta contestó la nota conminatoria presentada por Woodford, incluyendo una declaración de que "a la acción militar se uniría la acción política, mediante reales decretos para proceder con la mayor rapidez". En efecto, el 26 de noviembre (1897) se publicó en la Gaceta Oficial de Madrid el texto de una Constitución Insular para Cuba, que habría de comenzar a regir el 1º de enero de 1898 por el cual se implantaría un régimen autónomo en Cuba.

La supresión de la Reconcentración abrió una nueva perspectiva para mis padres y por tanto para mí. Nos mudamos todos al pueblo, pues no era posible que continuásemos dependiendo exclusivamente del Dr. Collazo, en el cual comenzaban a manifestarse los primeros síntomas de la epilepsia que habría de embotar su inteligencia y su sensibilidad moral y conducirlo tiempo más tarde a la ruina y a la de su familia, en una forma horriblemente trágica. Trasladados al pueblo y pudiendo salir al campo, me fue posible ver por primera vez, después de largo tiempo, a Pastor, cerca del campamento llamado del Caimán, al este del pueblo de Batabanó como a tres cuartos de legua de distancia, pobrísimamente vestido y cojeando todavía a causa de un balazo que recibió en un muslo, en un combate en el que no perdió la vida a manos de los soldados de Pizarro porque los más próximos al lugar donde cayó muerto su caballo por la misma bala de máuser que lo hirió a él, fueron contenidos por el capitán Félix Esquivel, quien disparó sobre ellos rápidamente los 18 tiros de su rifle, mientras el teniente Alejandro O'Reilly lo sacaba de abajo del caballo, lo montaba en el suyo y saltando a la grupa, se alejaba por los vericuetos del monte próximo, al cual no se arriesgaron a acercarse los jinetes españoles.

El traje de Pastor, si traje pudiera llamarse, daba una clara idea de las horribles penalidades sufridas por los cu-

banos en la guerra después de la Reconcentración, al quedar privados de los auxilios de los pueblos por conducto de los campesinos, y también de los campesinos mismos. Calzaba una especie de zapatos de cuero sin curtir amarrados con tiras de majagua; desflecados desde la rodilla para abajo, los pantalones acolchados por la suciedad parecían de hule endurecido; de la cintura hacia arriba cubríase con un chaleco tan viejo y deteriorado como los pantalones, y a guisa de sombrero llevaba una especie de casquito viejo, semejante a un sombrerito de payaso de circo. En nuestra entrevista acordamos celebrar otra al siguiente día debajo de un alto mango en el límite del monte, para traerle ropa, medicinas y algún alimento.

El alto mango estaba algo más allá de la finca llamada Badía, al este de Batabanó, próximo al camino real cercano a la ciénaga, que va a Guara. Salí de Batabanó al norte, a unos tres kilómetros de distancia cambié mi rumbo al este y al sur, por detrás de Badía, hasta alcanzar a ver el alto mango, entre cuyas espesas ramas descubrí a mi hermano oculto. Cuando me reuní con él, me señaló después de cruzar el camino antedicho, otro mango alto y coposo cercano ya a la ciénaga, a unas trescientas varas o poca más de distancia. El terreno, desde el camino al mango, era llano y seco, pero a la izquierda, entrando, había una extensa laguna llamada "El Caimán", ancha y profunda, cubiertos sus bordes de cerradas y altas malezas. A la derecha del citado terreno alto y seco, había otra laguna de menor profundidad, cubierta de altas yerbas, arbustos y árboles, la cual venía a ser, en realidad, una ciénaga muy difícil de atravesar. Entre ambas lagunas, el terreno llano y seco se extendía unos cuatrocientos o quinientos metros más allá del mango de la entrada, hasta el mismo borde de la ancha franja cenagosa. Este otro mango ocultaba en sus ramas un centinela y a derecha e izquierda, cerrando el paso, había una trinchera de troncos de palma colocados unos sobre otros en doble fila, sin que ni aún las penetrantes balas de los máusers de infantería pudieran atravesarla, con una especie de aspillera a través de la cual podía hacerse fuego a los españoles si intentaban entrar. A alguna distancia hacia atrás, casi al

borde de la ciénaga, se hallaban los bohíos de la fuerza insurrecta. Al pie del mango, en lo alto del cual se ocultaba el centinela, había siempre una guardia de doce o catorce hombres encargados de vigilar y defender la entrada del campamento, conocido con el nombre de "Campamento del Caimán". Lo estableció el jefe cubano brigadier Alberto Rodríguez, natural de Batabanó, quien conocía el lugar perfectamente y lo consideraba situado muy estratégicamente, de fácil defensa y de segura retirada hacia el este o al sur en la misma ciénaga boscosa, en la cual difícilmente se arriesgarían a lanzarse nunca las tropas españolas. En caso de ser destruída la trinchera e incendiados los bohíos por una fuerza española superior, resultaba muy fácil reconstruir todo en cuestión de horas, con los materiales a mano, pues la ocupación del mismo por el enemigo duraba siempre cortísimo tiempo. A la muerte del brigadier Alberto Rodríguez en un recio combate, el campamento continuó siendo la base de operaciones del regimiento Calixto García al mando del coronel Aurelio Collazo, y muerto éste también en combate, del coronel Emilio Collazo, teniendo como segundo a su hermano el teniente coronel Rosendo, con los jefes y oficiales correspondientes, entre ellos el comandante Manuel González y un hermano de éste, el teniente "Tatá" González, ambos de Batabanó. La guardia situada bajo el mango de la entrada, estaba confiada siempre a un sargento de apellido Pérez, si no recuerdo mal, también de Batabanó, con dos cabos, uno de los cuales era un hermano suyo y el otro mi hermano Pastor. Otros distinguidos jefes y oficiales del regimiento eran los capitanes Félix Esquivel, Zacarías Santa Cruz, Joaquín Llaverías y Máximo Dubouchet y el teniente Alejandro O'Reilly, y algunos más, muchos de los cuales sobrevivieron a las penalidades y a los constantes y sangrientos combates de la guerra, pues el Regimiento Calixto García honró siempre su glorioso nombre, y fue una de las unidades cubanas de más brillante historia en la provincia habanera.

El más sangriento combate en las cercanías del campamento, fue una aplastante derrota de los escuadrones de Pizarro, uno de los cuales quedó destruído casi totalmente

en una violenta carga al machete dirigida por Alberto Rodríguez antes de terminarse la Reconcentración, perseguidos los restantes más de una legua rumbo a Pozo Redondo.

Más tarde, en 10 de diciembre de 1897, durante el mando del general Blanco, cerca de un mes de haber sido suspendida la Reconcentración, libróse, en el campamento mismo, el más sangriento combate de toda su historia, a los pocos días de publicado en la Gaceta Oficial el texto de la Constitución insular cubana, otorgada por el gobierno de Madrid, por la cual se disponía el establecimiento de un régimen autonómico en Cuba, llamado a ponerse en vigor el 1º de enero de 1898. Un conocido político español de tendencias liberales, don José Canalejas, retirado temporalmente de la política, aprovechó la oportunidad que se le ofrecía para practicar una inspección ocular en Cuba, pasando antes por los Estados Unidos, a fin de apreciar el efecto producido en la opinión norteamericana por el relevo de Weyler—8, octubre, 1897—, la sustitución de éste por el general don Ramón Blanco y Erenas, dispuesta por el gobierno de Sagasta, sucesor de don Antonio Cánovas del Castillo, al ser asesinado éste; el cese el 13 de noviembre de la Reconcentración, y finalmente el decreto sobre la autonomía próxima a quedar establecida. Introducido por el ministro español en Washington, don Enrique Dupuy de Lome, Canalejas visitó al presidente Mc Kinley y salió muy bien impresionado de la entrevista. De Washington, Canalejas se dirigió a Cuba e hizo un recorrido por el sur de la Isla desde el Surgidero de Batabanó hasta Santiago de Cuba, para dar más tarde publicidad a sus impresiones personales en un folleto o pequeño libro editado en Madrid.

Durante la estancia no muy larga de Canalejas en Cuba, el general Blanco dispuso que don Antonio González Parrado, general de división y segundo cabo, con los brigadieres Maroto y Valderrama, al mando de cuatro batallones de infantería, entre ellos el de Otumba y cuatro regimientos de caballería—Pizarro, Numancia, Albuera y Borbón—tropas muy aguerridas y veteranas todas, con un total de algo más de 4,000 hombres, atacaran al campamento del Caimán, acaso para demostrarle a Canalejas, político oposionista, la faci-

lidad conque se aplastaba la resistencia cubana en uno de los campamentos más fuertes y ventajosamente situados de la provincia habanera, y llevase a España la impresión de una gran victoria española, de la cual había sido testigo.

La tropa cubana, unos 470 hombres en la fecha del ataque, se hallaba en las mejores condiciones para resistirlo porque se había apoderado en fecha reciente de unos fortines españoles guarnicionados por voluntarios, hecho de armas en el cual capturaron gran cantidad de armas y de municiones, en cierta ocasión en que se habían trasladado del Caimán, como solían hacer, a la finca llamada Mariano Viera, al oeste de Batabanó, junto a la costa, sobre el camino que va de Batabanó a Güira de Melena por el sur.

González Parrado dispuso, como era lo indicado y como lo solicitó el teniente coronel Martínez Morentín, que el batallón de Otumba, de su mando, cuya base de operaciones era Batabanó y conocía perfectamente las condiciones del campamento de El Caimán, fuese el primero en avanzar contra la trinchera de la entrada. Desplegadas en un frente tan ancho como el de la misma trinchera, dos compañías del batallón avanzaron resueltamente, para recibir a corta distancia el mortífero fuego de las gruesas balas de remington haciendo seguro blanco en los asaltantes, que acortaron el paso y hubo un momento en que las dos compañías parecían como si fuesen a recular, a pesar de su bien acreditada bizarría. Al advertirlo Martínez Morentín, acudió a caballo a apoyarlas al frente de las otras dos. Al verlo los hermanos Collazo gritaron: "¡fuego al de a caballo! ¡fuego al de a caballo!" Una granizada de balas concentróse sobre Martínez Morentín, quien se desplomó junto con su caballo. Creyéndose victoriosos y que los españoles huirían, Emilio y Rosendo se levantaron por encima de la trinchera gritando ¡Viva Cuba libre!, pero los soldados de Otumba, que amaban a su jefe y estaban íntimamente compenetrados con éste, se lanzaron furiosos a la bayoneta contra los cubanos. Atravesado el cuello de Emilio por una bala que si hubiera sido de remington le hubiera causado la muerte instantáneamente, los cubanos se vieron obligados a retirarse a toda prisa hasta el fondo del campamento, arrastrando a la fuerza a Rosendo,

quien creyendo muerto a su hermano, trataba de hacerse matar también. En la fecha de este rudo y sangriento combate, la Reconcentración había terminado ya y a mí me resultó posible salir al campo inmediatamente por el camino usual y dirigirme a El Caimán en la tarde del mismo día. Al descubrir el centinela cubano oculto en lo alto del mango, me tranquilicé bastante, porque ello demostraba que los cubanos se mantenían en el campamento. La guardia era la misma y ocupaba su misma posición, y supe que los cubanos tuvieron sólo unos pocos heridos. El más grave, al momento de la retirada, con un balazo en la parte posterior de un muslo. Desde la guardia, el sargento me mandó a ir a ver a Emilio y a Rosendo en un nuevo bohío, levantado ya en el fondo del campamento. Ambos se sentían victoriosos y satisfechos y se mostraron muy interesados en saber si yo tenía noticia del número de muertos y de heridos que el batallón de Otumba hubiera llevado a Batabanó, además del cadáver del teniente coronel. No podía precisarlo, les contesté, si bien en el pueblo se tenía la impresión de que habían sido muchos. Este combate desgraciado para el batallón de Otumba, cuyos jefes, oficiales y soldados dieron muestras de hallarse profundamente entristecidos hasta el fin de la guerra, fue el último librado en El Caimán, porque poco después estalló la Guerra Hispano-americana y el mando español paralizó por completo sus operaciones ofensivas en la provincia habanera.

Cada cierto tiempo, cuando los hermanos Collazo lo creían conveniente por cualquier motivo, uno de ellos o los dos a la vez, dejaban el campamento de El Caimán, cruzaban de noche la vía férrea entre Pozo Redondo y San Felipe rumbo al suroeste e iban a establecerse en otro campamento que tenían en la finca llamada de Mariano Viera, situada, asimismo al suroeste de Jesús Nazareno, como a tres cuartos de legua. El fondo de la finca daba a la ciénaga de la franja boscosa costanera como ocurría en El Caimán, con la diferencia de que en Mariano Viera no había lagunas y el batey se hallaba rodeado de un monte bajo, comunicado por una guardarraya con el camino de Güira de Melena a Batabanó, casi en línea recta. En la paz, de la finca se sacaba madera

para construcciones en los campos, se hacía carbón, se criaba ganado y se sembraban frutos menores en las proximidades del batey.

Mi primo Francisco y yo conocíamos el lugar, en el cual habíamos estado algunas veces, de manera que cuando Rosendo Collazo, dejando a Emilio en El Caimán se había trasladado a Mariano Viera, desde Batabanó fuimos a pie a Jesús Nazareno, deshabitado todavía, porque la Reconcentración no se había terminado sino pocos meses antes, y Perucho, que de Quivicán había pasado a vivir en Batabanó, no había decidido aún irse a nuestra antigua casa, en ruinas, porque había sido quemada por una columna española. En Mariano Viera, la guardia que daba al camino mencionado estaba, como en El Caimán, al mando del mismo sargento con los mismos dos cabos, a unos 300 metros hacia el sur del camino que próximo a la zona costera se dirigía a Batabanó. Era la época de los mangos, y en Jesús Nazareno éstos formaban un colchón en el suelo, con las ramas más bajas tan cargadas también, que los ya maduros o pintones se podían alcanzar con las manos. Al salir Francisco y yo para ir a ver a Pastor a Mariano Viera llevamos en un saco una buena cantidad de ellos, encontrándonos que la gente en el campamento en el día sólo había podido comer un poco de palmito crudo y otro poco hervido con bledo silvestre comestible y un poco de sal, de manera que los mangos les vinieron muy bien a Pastor y a sus compañeros de la guardia, al atardecer.

Por Pastor supe que Rosendo Collazo, ya muy avanzada la tarde, había ordenado a un grupo de insurrectos de caballería que se dirigieran al lugar llamado "El Tumbadero" y procurara asaltar por sorpresa dos fortines que estaban próximos, guarnecidos por voluntarios movilizados de la Habana. Estos tenían poca experiencia de la guerra y nunca fueron capaces de oponer a los insurrectos la firme resistencia de los soldados de infantería o de "línea" españoles.

La noche en Mariano Viera era lloviznosa, oscura y fría y los mosquitos formaban, como se decía en el campo, una nube.

Con la información de la gran cantidad de mangos que había en Jesús Nazareno, Rosendo Collazo dispuso el envío de un grupo de doce o catorce hombres desarmados, puesto que de noche no había peligro, con un saco grande cada uno, que guiados por Francisco y por mí, fuera a la finca a traer tantos mangos como les fuese posible. Así lo hicimos y los mangos fueron la única comida de esa noche.

En el destruído batey de Mariano Viera quedaban en pie aún los restos de un viejo platanal, y casi en el centro del mismo hallábase encendida una fogata. En un amplio círculo alrededor de la misma, estaban sentados numerosos insurrectos después de haber despachado los mangos, calentándose y defendiéndose de los mosquitos con el humo, medio desnudos como estaban todos. Entreteníanse oyendo una especie de "justa poética" entre un insurrecto blanco, muy flaco, natural de Pinar del Río, cuyo nombre no recuerdo, y un sargento negro, alto y robusto, de apellido Maroto.

La justa no era en décimas, tal como yo las había oído siempre en el campo, sino en una especie de romance que empezaba y terminaba siempre de la misma manera, en lo que a cada uno de los competidores se refiere, y que éstos no cantaban sino recitaban. Al principio, el pinareño y Maroto se alababan recíprocamente el uno al otro, terminando el pinareño siempre con este dístico:

"porque donde pisas tú
hasta las piedras dan flores."

Maroto iniciaba su contestación repitiendo los dos versos finales del pinareño y la terminaba con estos otros dos:

"porque donde pisas tú
la malva seca da fruto."

Los oyentes del ruedo aplaudían tanto al uno como al otro. Al cabo de algún tiempo, pasaron de las alabanzas a los vituperios, pero no ofensivos en realidad, sino afirmando cada

cual su propia maestría. El pinareño, por ejemplo, terminaba cada tirada de su romance con estos versos:

"porque te voy a dejar
como el coco en la vareta."

De los términos en que Maroto concluía su respuesta en cada caso, no me acuerdo, pero eran algo semejantes a los del pinareño. Este fue el primero en cansarse e hizo silencio. Entonces Maroto, con mucha parsimonia, dejó su lugar en el ruedo y sentóse en el centro del mismo cerca de la fogata próxima ya a consumirse, y siguió solo su improvisación, comenzando con la siguiente estrofa:

"Ya Maroto está en el rolo
y ahora voy a demostrar
que si no hay a quien tirar
mi gallo se tira solo!"

Cómo terminó la justa una vez victorioso Maroto, no lo supe, porque ya era hora de que todos se retirasen a dormir, y yo con Francisco me fui a la extrema avanzada de la guardia donde estaba Pastor de servicio, con un centinela a unas cien varas más adelante de la misma. En la avanzada había una pequeña fogata, la cual era más bien un humazo para defenderse los hombres de los mosquitos, acostados en una yagua como estaban todos. Tardé mucho en dormirme, porque los mosquitos llamados "jagueyes"—los que picaban más fuertes—lo hacían al ras del suelo, aparte de que como he dicho en otro capítulo, nunca me acostumbré a dormir en esa forma. Ya avanzada la noche, entre dormido y despierto, me despertó el grito del centinela dando el "quien va" de los insurrectos (los españoles decían "quien vive") seguido del estampido de un disparo. Pastor cogió su carabina y corrió hacia el centinela, mientras los demás de la guardia, con las suyas en las manos prontos a disparar, esperaban boca abajo pegados al suelo. A los pocos momentos regresó Pastor y dijo que el centinela le manifestó que vió un bulto, le dió el alto y como no obtuvo respuesta disparó el tiro que oímos. Pastor aparentó creerlo, pero me dijo más

tarde que como él se había quedado dormido y se le había pasado bastante la hora en que debía haber mandado a relevar el centinela, éste, dándose cuenta, por el cambio de lugar de las estrellas, apeló al procedimiento de dar el alto y disparar para lograr que lo relevaran. Pastor me agregó que esto no se le podía probar al centinela y que como en el fondo él tenía la culpa por haberse quedado dormido, lo único que podía hacer era relevarlo, como lo hizo.

No habían pasado tres o cuatro minutos, cuando desde el campamento llegó al paso, a caballo, el capitán Félix Esquivel, que era el jefe de guardia esa noche, a preguntar lo que había ocurrido. Informado por Pastor, no hubo más, salvo para mí, porque a la mañana siguiente, sabiendo todos que yo hacía décimas, se empeñaron en que hiciese tres o cuatro refiriendo lo sucedido, labor que realicé lo mejor que me fue posible, dramatizando un poco el asunto, no en serio, sino en broma.

Los acontecimientos de la mañana siguiente fueron variados y memorables. Al aclarar, la corneta tocó diana y toda la gente se puso en pie. No había transcurrido más de media hora cuando se produjo una alarma. Una pareja de exploradores que fue enviada a adelantarse por el callejón en dirección a la Güira, divisó un grupo de caballería que venía como si procediese de dicho poblado, con sombreros de jipijapa, seguidos por 50 ó 60 hombres de infantería uniformados, una carreta cargada de sacos tirada por dos yuntas de bueyes y otro grupo de gente a caballo a retaguardia con la misma indumentaria de los delanteros. A primera vista parecía, porque ya en aquel tiempo los insurrectos no disponían de sombreros de jipijapa y uniformes no usaron nunca, que era un pequeño convoy español. Algunos impacientes querían romper el fuego, pero Pastor se opuso diciendo que los españoles ni aun entonces operaban en columnas tan pequeñas y que había que aguardar hasta que estuviesen más cerca. Así, pues, debían emboscarse y darles el alto una pareja avanzada, porque bien podía tratarse de la gente que había sido destacada a atacar los dos fortines de El Tumbadero. Así resultó y con el arroz, los garbanzos, el tasajo y la galleta que trajeron los que llegaban, se desquitaron del

hambre vieja que tenían, con tanta prisa que el arroz y los garbanzos se los comieron a medio ablandar y casi todos se sintieron mal durante algunas horas.

Dos días después, en una marcha nocturna, volvieron al Caimán. Agregaré que la gente uniformada que produjo la alarma eran los 50 ó 60 voluntarios que habían sido capturados. Algunos se incorporaron al regimiento y los demás quedaron en libertad para regresar al pueblo, pues no había manera de mantenerlos prisioneros ni de darles de comer.

Mi tío Perucho sin tener de que vivir en Batabanó, decidió volver a residir en Jesús Nazareno, a fin de ver si hallaba manera de librar la subsistencia con sus dos hijos, pues su hija Antonia se había casado con un curtidor que trabajaba en la tenería del Surgidero de Batabanó. Por mi parte, decidí también mientras mis padres continuaban residiendo en Batabanó, irme a la finca a unirme con Perucho y sus hijos a tratar de comenzar a sembrar algunos frutos menores, con la perspectiva de que más adelante pudiese toda la familia volver a la finca ya algo reconstruída.

Reunidos en Jesús Nazareno con Perucho, limpiamos los escombros que obstruían la entrada de uno de los pequeños cuartos laterales de la casona, cuyas paredes habían quedado en pie, quemadas la puerta y las hojas de madera de las ventanas; y por lo pronto, arreglamos unos camastros para acostarnos en el suelo con yaguas recogidas al pie de las tres o cuatro palmas del batey. Con ariques de las mismas hicimos una especie de larga cuerda para sacar agua del pozo en una güira seca hasta que pudiésemos traer una soga y una lata del pueblo.

A mí se me ocurrió ver si en la tabla de yuca que todavía nueva había sido destruída por el ganado suelto al producirse los incendios de la Invasión, quedaban alqunos restos entre la yerba, y tuvimos la buena fortuna de encontrarlas aunque en poca cantidad. Las yucas propiamente dichas estaban duras y no lográbamos ablandarlas asándolas el primer día, ni salcochándolas después cuando traje una lata del pueblo y un poco de sal, pero la necesidad era tal que

las comíamos muy a gusto; Pedro, el hijo mayor de Perucho, se bebía el agua donde habían sido hervidas, como si fuese un caldo muy bueno. En realidad, sólo era agua con sal, verdaderamente. La perspectiva favorable era que los mangos estaban todos frondosos, sin haber sufrido daño alguno y habían logrado una buena parición.

En los montes de Ramírez Gallo, Esquivel y Mariano Viera, donde había estado la prefectura de Camacho, vivían todavía insurrectos en algunos bohíos. Eran pocos, no tenían un solo caballo, porque el hambre los había obliado a comérselos todos, y andaban a pie y mal armados, con reducidísimo número de balas por cabeza, algunos sin arma de fuego de ninguna clase y no se arriesgaban a salir del monte, sino a la hora del obscurecer. Durante la Reconcentración, los españoles habían establecido zonas de cultivo alrededor de los poblados, en la parte exterior de las alambradas y los fortines. En dichas zonas se cultivaba maíz, planta de crecimiento rápido, y en algunos ingenios con los bateyes fortificados, también. En el ingenio Fajardo, entre Gabriel y Güira de Melena, al norte del ferrocarril de Vuelta Abajo, pero muy próximo a éste, al cual estaba unido por un ramal de la vía férrea para el acarreo de la caña algo lejana, y el transporte del azúcar y de la miel a la Habana, había siempre en la excelente y llana tierra colorada de los alrededores del batey, yuca sembrada en diferentes meses del año, destinada para comer, de manera que siempre hubiera alguna "de saca" como se decía entonces en el campo y no faltara comida. En las zonas de cultivo de Quivicán y de San Felipe, del lado sur, no se sembraba sino maíz de primavera y de frío para comerlo tierno, o seco y molido para harina. El forraje del maíz se utilizaba también para los caballos de las guerrillas locales y para las tropas españolas de caballería.

Los insurrectos de los montes de Ramírez Gallo, Esquivel y Mariano Viera, hacían incursiones durante la noche, unas veces a Fajardo, otras a Quivicán o San Felipe. Los españoles que nunca salían de noche, un grave error de su parte, no podían rodear de fortines y alambradas las zonas de cultivo, porque tenían siempre un perímetro muy extenso. Tampoco ponían emboscadas en el borde exterior de la zona, porque la

guarnición de los pueblos era reducida, y emboscado un pequeño grupo de soldados o de guerrilleros estaban expuestos a ser destruídos por los insurrectos. En efecto, éstos, desde que comenzaba a obscurecer, situaban en lugares apropiados algunos escuchas ocultos en los árboles o entre la yerba, para ver lo que ocurría en la zona de cultivo en las últimas horas de la tarde, y podían descubrir el lugar de cualquiera emboscada que se estableciese. Además, desconfiados siempre, usaban distintos procedimientos para acercarse a las partes más peligrosas de la zona de cultivo, y los escuchas avisaban con alguna señal convenida, generalmente el canto de un pájaro nocturno, cuando no había peligro.

Puestos de acuerdo Francisco Barreto mi primo y yo, porque con Perucho, ya viejo, no podía contarse, ni con Pedro Jesús, su hijo mayor tampoco, porque era muy miedoso y creía ver emboscadas en todas partes, nos uníamos al caer de la tarde, ya medio oscurecido, con los insurrectos, para ir con éstos a aprovisionarnos, a las zonas de cultivo una noche en una, y a los cuatro o cinco días, en otra.

El grupo de que formábamos parte nunca pasaba de 8 ó 10 en total. Unas veces iba de jefe el sargento Pando, negro bajo y fornido, cuando íbamos a San Felipe, jornada más corta. Otras, a la cabeza del grupo iba Crecencio Guerra, mulato oscuro, que era hijo de un antiguo esclavo del cafetal de Guerra, de mi abuelo, don Manuel Guerra. Todos ellos sabían que Francisco Barreto y yo íbamos con ellos a buscar yuca o maíz para nuestras familias, trayendo yo todo lo que podía a Jesús Nazareno, para descansar un poco, comer algo y seguir a pie durante el día con mi carga a Batabanó.

La zona del Fajardo era la más distante; la de Quivicán la más cercana, pero más peligrosa, porque era reducida y los españoles podían vigilarla mejor, y la de San Felipe con terrenos bajos de la extensa finca llamada Santa Rosalía al sur, cubiertos de yerba de Pará altísima y entretejida porque no había reses vacunas que la atravesasen, era la peor. Cruzada Santa Rosalía por un arroyuelo que baja todavía de las lomas, entre Quivicán y San Felipe, se inundaba toda en época de lluvias y se mantenía plagada de mosquitos. Esa era la parte del camino más difícil de atravesar, en una

extensión de más de una legua, porque el resto, otra legua más, hasta Jesús Nazareno, era de terreno llano, libre de inundación y de yerba de Pará, aunque no de cerradas maniguas.

Para ir a Fajardo, Francisco y yo nos reuníamos en un punto convenido de la finca La Marina —lindante por el oeste con Jesús Nazareno— con Crecencio Guerra y su grupo, y emprendíamos la marcha en "fila india", es decir, de uno en fondo. El primero era Crecencio Guerra, siempre a la cabeza; detrás de él, pisándole los talones como suele decirse, iba yo; detrás de mí Francisco, y a continuación los demás, por un viejo trillo casi cerrado, sin hablar una sola palabra, porque en el profundo silencio de los campos, el más pequeño ruido se oía a gran distancia. En el viaje de ida marchábamos sin cesar, pero en el de regreso, con un saco de yuca al hombro de tanto peso como el que cada quien podía cargar, cada media legua o más, estábamos obligados a descansar un rato, debiendo todos completarlo antes de ser de día y hubiese ya el peligro de los españoles operando en el fresco de las primeras horas de la mañana.

En el viaje a Fajardo, tanto en el de ida como en el de vuelta, había el peligro del cruce de la mencionada vía férrea de Vuelta Abajo. A ciento cincuenta varas del cruce, poco más o menos, hacíamos alto. Crecencio se adelantaba solo, y a rastras cruzaba la vía férrea. Ya del otro lado, comprobado por él que no había peligro, cantaba como un "sijú platanero", ave nocturna nictálope que canta de noche. Entonces, sin el menor ruido, cruzábamos la vía y poco después llegábamos al campo de yuca. Aunque procurábamos no hacer ruido, algo se oía siempre, al partir los cangres y cortar las yucas por el cuello, dejando una parte de éste para que se conservaran mejor, y de los fortines del Fajardo comenzaban a disparar en dirección nuestra, algunas veces hasta viéndonos, porque no nos recatabamos de ir las noches de luna clara, menos adecuadas para las emboscadas. La verdad es que no hacíamos el menor caso de los tiros. Los fogonazos los veíamos claramente, pero el ruido característico de las balas de máusser, que comparábamos con el maullar de los gatos, lo oíamos tan elevado sobre nuestras

cabezas, que no sentíamos el menor temor ni teníamos la menor sensación de peligro.

Algunas noches, grupos de insurrectos, al parecer a caballo, disparaban tiros en dirección de los fortines. Sabían que no harían ningún blanco probablemente, pero conocedores de que, como nosotros había otros grupos a pie sacando yuca en combinación con ellos, querían dar la impresión de que había gente armada protegiendo la operación, para prevenir toda posible salida de soldados o guerrilleros al campo de yuca, algo alejado de los fortines.

Llegados a Jesús Nazareno, después de descansar cuatro o cinco horas durmiendo sobre unas yaguas, comía un poco de yuca salcochada por Perucho, y emprendía las dos y media leguas, a pie, con mi carga al hombro para Batabanó, a donde llegaba alrededor de las 5 de la tarde. Mamá me tenía preparado un latón de agua caliente, y yo me daba un baño de agua templada en una especie de batea grande de zinc y me cambiaba la ropa.

Mamá tuvo interés una vez en ir a Jesús Nazareno, a ver cómo estaba aquello. Papá, aunque lo deseaba mucho, no podía hacerlo sin correr muy grave peligro porque los guerrilleros que acompañaban a las columnas de infantería de línea, yendo ellos a caballo, a vanguardia y a retaguardia, solían matar cualquier individuo pacífico que encontraban y lo traían a los pueblos como si fuese un insurrecto muerto en combate. En una de esas veces en que mamá fue a la finca, donde estaba Perucho con sus dos hijos, hallándonos Francisco y yo dentro de un manigual muy alto cercano al batey, dentro del cual habíamos hecho una roza y sembrado a punta de estaca un puñado grande de maíz, unos pedazos de cangre de yuca y unos cuantos bejucos de boniato para lograr mayor cantidad de semilla y multiplicar las siembras más adelante, oímos en dirección al batey, pero algo a distancia de éste, unos gritos. Francisco era un poco novelero, y como algunos días antes unos insurrectos habían pasado cerca del batey arreando reses vacunas en la misma dirección en que oíamos el tropelaje, me dijo: "Arreando ganado otra vez los insurrectos. Vamos a verlos." Salimos corriendo del alto manigual y al llegar a la parte del batey algo limpia cerca

de la casa, cuatro o cinco soldados españoles de caballería, con los máusseres cortos en las manos nos obligaron a detenernos asustados. Debajo de uno de los Mudos Testigos de la entonces guardarraya de la finca que daba al este, estaban mamá y Perucho, cerca de un teniente de caballería, y una columna de infantería había hecho alto momentáneamente de dos en fondo. A mitad de la columna, estaba a caballo el teniente coronel jefe de la misma con algunos oficiales y cerca de ellos, José Busutil, negro insurrecto pero sin arma alguna. El teniente nos dijo que nos dirigiéramos al lugar donde estaba el jefe de la columna y así lo hicimos. El teniente coronel, cuyo nombre aprendí pero lamento haber olvidado, le preguntó a mamá por qué estaba en aquella finca demolida y de dónde era ella, tratándola con respetuosa cortesía. Mamá le contestó que ella era la propietaria de la finca, vivía en Batabanó y como ya se permitía a los campesinos salir al campo, había venido a ver la finca para saber si sería posible volver a ella y si se podía comenzar a fomentarla, poco a poco. El teniente coronel le preguntó si Perucho y Pedro Jesús, a quien los soldados habían alcanzado corriendo desde la sabana al batey, eran también de la finca. Contestó que sí, que Francisco también y que yo era hijo de ella. De José Busutil no le preguntó nada, pero le dijo a Pedro Jesús que los soldados de caballería allí presentes le habían informado que lo habían detenido mientras huía a todo correr; y él contestó que lo hizo para separarse de la dirección en que venían los soldados al galope, pero no había tratado de ocultarse. El teniente coronel se dirigió entonces a mí y me preguntó: "Muchacho ¿conoces a este hombre?" Yo esperaba la pregunta, y ya había hecho mi composición de lugar tratando de proteger a José, así pues le dije: "Señor coronel, yo no sé cómo se llama, pero me parece que ha pasado varias veces por este lado de la finca, hacia esa otra de la arboleda que se ve, propiedad de don Isidro Busutil. El tenía antes de la guerra varias familias de personas de color en la finca. Unas de ellas ha vuelto hace poco y este hombre se me parece a uno de los que he visto yendo en esa dirección varias veces." El teniente coronel me miró un momento y me preguntó: "¿Este no es insurrecto?" José, no demostraba temor, por lo menos

en la apariencia, me miró para oír mi respuesta y yo dije: "Creo que no." "¿Por qué crees que no, muchacho?" "Porque no le veo armas ni ninguna otra cosa que lo indique", le contesté tranquilamente. El teniente coronel pensó un momento, y dirigiéndose de nuevo a mamá le dijo: "Bien, señora, voy a darle un consejo para evitarle dificultades. Ahora, cuando usted vuelva al pueblo, solicite de la autoridad "un pase" para usted, sus familiares y las personas que están en la finca, a fin de poder presentarlo a cualquiera columna que cruce por aquí." Mamá le dió las gracias y le dijo que así lo haría. Entonces el teniente coronel, volviéndose a los cuatro soldados de caballería que habían detenido a José les dijo: "Lleven a este hombre para la retaguardia", y con la misma, dio la orden de que la columna continuase la marcha. Nosotros nos quedamos discutiendo qué suerte correría José. Mamá y yo, por la buena impresión que nos había producido el teniente coronel, opinábamos que a José no le ocurriría nada, pero Perucho pensaba lo contrario y nos repetía una y otra vez: "Agáchense cuando lo vean." Más tarde, semanas después, supimos que José Busutil lo pasó bien. El teniente coronel le preguntó si conocía el camino más corto y más fácil para ir a San Antonio de los Baños. Le dijo que sí y le sirvió de práctico a la columna. En San Antonio le dijeron que lo dejaban libre, pero él le pidió al teniente coronel que le permitiera seguir con la columna hasta que ésta volviera por Batabanó, porque no conocía a nadie en San Antonio, no tendría de qué vivir y no podía arriesgarse a ir a pie desde allí a la finca de don Isidro Busutil, porque cualquier tropa lo podía detener y considerarlo como insurrecto. Mientras tanto, él prestaría cualquier servicio como asistente o ayudando a cuidar los caballos de la columna. El teniente coronel accedió a lo pedido y José estuvo con la columna poco más de un mes, hasta la terminación de la guerra, en 12 de agosto de 1898, día feliz y lleno de esperanza para todos.

Mamá regresó a Batabanó bastante fatigada del viaje y pesarosa del estado en que encontró a Jesús Nazareno. No obstante, se debía hacer todo lo posible por emprender la reconstrucción de la finca y poder vivir, ya que terminada la guerra cesaban necesariamente "el forrajeo" a las zonas de

cultivo, y Pastor había pasado a ser parte de la guarnición del Surgidero de Batabanó al evacuarlo los españoles, mientras el Ejército Libertador permanecía sobre las armas ocupando los pueblos, en espera de ser licenciado. Papá, mamá, Amelia, el resto de la familia y yo, nos fuimos a Jesús Nazareno pasando grandes estrecheces. Mamá enfermó gravemente y en la imposibilidad de poder ser atendida en la finca, donde se carecía de todo, fue trasladada al pueblo con gran trabajo. Papá, con dos barras de madera, hizo una especie de "angarilla", con un viejo sillón amarrado en el centro, en el cual se sentaría mamá. La angarilla la cargaríamos con las barras sobre los hombros, papá, yo, Horacio Sánchez mi primo, turnándonos con alguien más si mal no recuerdo, y Amelia, con Felicia, José Dolores y Amador, de corta edad aún, iban detrás. Establecidos en una casa de la calle que hoy se llama Calixto García, dos cuadras al sur de la calle Real, mamá logró reponerse, pero por el momento no pudo pensarse en que ella ni papá, que tenía que atenderla, ni mis hermanos, volviesen a la finca. Seguí en ella, con Perucho y sus hijos, tratando de llevar adelante algunos cultivos, a duras penas, yendo los domingos a pie a Batabanó. En una de esas idas, papá me dio un recado del Dr. Collazo pidiendo fuese a verlo sin tardanza a la Playa. Me bañé, me vestí de limpio y fuí a pie, porque no tenía una peseta para pagar la guagua que comunicaba los dos poblados. Al llegar al puentecito de madera que servía para pasar de la carretera a la Quinta de Collazo, cruzando la zanja llena siempre de agua, el boticario y encargado de la Quinta, quien tenía sus habitaciones con su esposa, sus hijos y su cuñada, Irene Cruz, en la misma, entraba en un coche, muy perturbado. Me dio un puñado de llaves y me dijo: "Ve a ver al Dr. Collazo, te está esperando." Con la misma, el coche tomó por la calle Real con él y su esposa rumbo al muelle a tomar el vapor para Isla de Pinos. Entré en la casa de Collazo, lo saludé a él, a Filomena mi prima y a sus hijas, y le di el manojo de llaves. Me dijo: "Guárdalas, son las de las habitaciones de la Quinta." Yo no sabía por qué me decía eso, pero él me explicó entonces el motivo de mi llamada con tanta prisa. Dos días antes,

Martínez había recibido la noticia de que un hijo suyo estaba gravemente enfermo en Isla de Pinos. El vapor tardaba dos días en salir, pero si iba en goleta, la goleta demoraría en llegar quizás más por lo cual muy angustiados él y su señora tuvieron que esperar el vapor. Collazo me explicó que había pedido al Dr. Chabau, a la Habana, por telégrafo, un boticario o practicante de botica, pero Chabau no había podido encontrarlo, y entonces, había recordado que cuando antes de la guerra yo estaba estudiando bachillerato en el Surgidero, siempre me veía en la botica ayudando a Angel su hermano—que era un boticario puramente práctico porque estudios de farmacia no tenía ninguno—y por tal motivo me mandó a buscar a toda prisa, para ponerme a cargo de la farmacia. Le contesté que de botica no sabía nada, pues en lo único que ayudaba a Angel era a doblarle los papelillos y a ponerlos en las cajitas cuando él despachaba las recetas, o a redondearle con los dedos las píldoras cuando me lo pedía, pero nada más. Collazo estaba seguro de que cuando yo había estudiado bachillerato, habría aprendido, sin duda, lo que eran gramos, decigramos y centigramos, y también lo que eran esas medidas cuando se trataba de líquidos, y habría visto a Angel pesar las medicinas en la pequeña balanza de la botica y medir los líquidos en las copas graduadas. Le contesté afirmativamente y él dijo: "Bien, pues con una explicación mía y que despaches algunas recetas viéndote yo para ver cómo lo haces, tú puedes hacer lo que hacía Martínez, y agregó: Vamos para la botica, porque hay muchas personas esperando". Entonces se fijó en mi indumentaria. Mi ropa estaba limpia, pues me la había puesto después de bañarme en casa antes de salir a pie para la Playa, pero se reducía a una camiseta de punto, metida debajo del pantalón de dril crudo, y unos zapatos de vaqueta, sin medias, y me preguntó: "¿Esa es la ropa que tú tienes?" "Esta es", le contesté. "Bueno—dijo—no importa. Filomena irá enseguida a una tienda a comprarte otra. Vamos para la botica". Así lo hicimos. Me enseñó cómo estaban distribuídas las medicinas en la botica, situada en la esquina del edificio, a la izquierda entrando, a continuación del portal. Tomó una receta, de unos papelillos. Me enseñó

donde estaban las medicinas correspondientes, vio como yo las pesaba, las mezclaba bien en un morterito como le había visto hacer a Angel, y dividía el polvo en tantas porciones iguales como decía la receta, para envolverlas después en el papel blanco cortado del tamaño apropiado para hacer los papelillos e irlos colocando uno tras otro en las cajitas de cartón a ellos destinadas, y escribir en qué forma y cada cuánto tiempo debían tomarse. Después le puse a la caja el número de la receta y la colgué en un gancho destinado a tal propósito. Enseguida copié la receta en el libro recetario. Si el medicamento era para un suscriptor de la Quinta, no se le cobraba nada, pero sí se le anotaba el precio calculado, y si era para otra persona cualquiera, se le cobraba el importe, y se apuntaba en la libreta de la venta diaria. Martínez se demoró algo más de dos semanas en Isla de Pinos, de donde regresó con Lola Cruz su esposa, muy afligidos ambos, por haber muerto su hijo. Antes de su regreso, Collazo me dijo que hacía tiempo deseaba poner una botica en el Pueblo, sin haber podido conseguir boticario, pero se le presentaba la oportunidad de hacerlo, teniéndome a mí a cargo de la de la Quinta. Su propósito era hacer un contrato con Martínez, quien por ser persona de edad inspiraba confianza al público. A mi cargo quedaría la botica de la Quinta, la supervisión del enfermero y de los criados encargados de la limpieza, asignándome un sueldo de 25 pesos en plata española. El sueldo me quedaría libre, porque yo comería en su casa, con él, Filomena y sus hijas, y dormiría en una habitación situada a continuación de la botica que daba al comedor de la Quinta, por si llamaban de noche en caso de urgencia. Todo se arregló en muy pocos días y como Martínez con su familia ocupaba tres habitaciones en el ala transversal del fondo de la Quinta, al irse a vivir al Pueblo quedarían tres cuartos grandes más para acomodar a seis enfermos, en dos camas por cuarto si era necesario. De esa manera pasé a ser boticario y encargado de la Quinta al mismo tiempo.

Collazo tenía su gabinete de consulta en una habitación grande, frente a la calle, intermedia entre su casa particular y la Quinta, con puertas a un lado y al otro. En su ga-

binete tenía una buena biblioteca médica, con no pocas de las obras más modernas y reputadas de aquel tiempo. Recuerdo entre ellas la Anatomía de Sappey, un tratado de Fisiología igualmente fundamental y moderno, y numerosas obras sobre enfermedades especiales, además de una voluminosa Patología General. Durante el día yo no tenía tiempo de leer ocupado en la botica y pendiente de la atención de los enfermos, seis, ocho o diez, entre socios personales y pensionistas. Pero por la noche, después de comer, cuando ya no venía casi nadie a la botica, me iba al gabinete de Collazo, mientras éste se marchaba a jugar baccarat en el Liceo, y leía horas y horas hasta las diez o las diez y media. En la botica tenía el Formulario Bouchardat, obra francesa traducida al español, donde aprendí cuanto se sabía entonces de materia médica, con la dosis mínima, media y máxima de cada producto; el uso más recomendable de los mismos, y la manera de preparar ciertos medicamentos—poción Jacoud, Licor de Fowler, vino de quina, jarabes, etc. Filomena salía de noche, aunque no frecuentemente, cuando había alguna representación en el Liceo, alguna velada u otra fiesta semejante, o hacía una de sus pocas visitas, quedándome yo también al tanto de sus hijas Armanda y Célica, a cargo de una criada jibosa, ya de alguna edad, muy buena y de mucha confianza de Filomena.

Por esa época, una jovencita muy "salida", como solía decirse entonces, venía con frecuencia a la botica, se empeñó en que yo me enamorara de una prima suya, jovencita como ella, pero muy tímida, bonita y sencilla, llamada Magdalena. Ella, la "salida", tenía novio y quería que Magdalena y yo nos hiciésemos novios también. Una vez llegó al extremo de traer una sortijita de compromiso, con la pretención de que se la pusiese a Magdalena, en señal de noviazgo. Me negué, desde luego, aunque Magdalena era simpática por su sencillez y su modestia aparte de ser bonita, porque yo conservaba el recuerdo de mis dos primas, a quienes no veía hacía más de dos años, Laudelina y Angela, cinco años más joven ésta, a quien recordaba siempre pizpireta", muy arriscadita, limpia y vestida con trajecitos muy boni-

tos hechos a mano por Angela Martínez, su madre, la esposa de tío Antonio Guerra.

Aunque había dejado de verlas desde el 3 de enero de 1896, conservaba el recuerdo de ellas, y por una especie de cariño romántico, ni aun en los peores trances de la guerra las olvidaba, pensando que si algún día cualquiera de las dos pudiera necesitar algo de mí, lo haría con gusto, dándole gracias a Dios por darme la oportunidad de poder hacerlo, si me era posible.

La guerra terminó, como es sabido, el 12 de agosto de 1898 y no muchos días más tarde, viviendo todavía en la Habana, Laudelina vino al Surgidero a hacerle una visita de varios días a Filomena. Me quedé encantado cuando la vi. Nanina, como se le decía entonces, estuvo muy cariñosa conmigo y me acompañaba algún rato cada día en la botica. Una vez se le quedó en ésta un pequeño pañuelo blanco bordado con un perfume muy agradable. Lo recogí y lo conservé largo tiempo como un gratísimo recuerdo. En el año 1899, no sé en cual mes, la familia regresó a vivir en Batabanó y yo iba verla casi todos los domingos. Al crearse miles de escuelas primarias públicas en la Isla cuando Mr. Alexis E. Frye asumió la Superintendencia de Escuelas de Cuba, al término de Batabanó se le asignaron 36 aulas entre urbanas y rurales. El Dr. Martín Casuso y Roque, el alcalde del municipio era, a la vez presidente de la Junta de Educación y como Nanina era la muchacha más distinguida e instruída del pueblo y pertenecía a una familia con la que don Martín tenía mucha amistad, le ofreció un aula; ella aceptó y comenzó a ejercer en el mes de diciembre, 1899. Cubiertas 34 de las 36 aulas, en marzo de 1900 faltaban dos por cubrir, una en el Surgidero y otra en el campo; y un día el Dr. Casuso, y Don Ramón Regueira, vocal de la Junta, me llamaron a la Quinta —había ya teléfono— para preguntarme si quería aceptar el aula urbana vacante, en el Surgidero, con un sueldo de $50.00 m. a., equivalente entonces a $70.00 en plata española. Le contesté dándoles las gracias, pero diciéndoles que yo no sabía nada de métodos de enseñanza. Don Martín me dijo: "¿Tu no estudiaste bachillerato antes de la guerra?" "Sí, repuse, pero hasta el cuarto año solamente, porque al

llegar la Invasión estaba pasando las vacaciones en Jesús Nazareno y mis estudios quedaron interrumpidos". La respuesta de él fue que yo sabía tanto o más que cualquiera de los 34 maestros y maestras ya designados, y por tanto, la Junta me nombraría, como lo hizo enseguida, pudiendo hacerlo independientemente. Una vez nombrado tomé posesión de un aula, en una improvisada escuela de cinco, con maestros improvisados como yo, algunos con muy poca preparación, comenzando por el Director, muy buena persona por cierto. Empecé mi labor el 23 de marzo, 1900, y el primer sábado después, tomé el tren y me fuí a la Habana, a pedir consejo a mi antiguo maestro del ingenio Andrea, don Jovino Villar y Lavandeira, quien vivía en un cuarto alto de una casa de vecindad en la calle de Sitios número 15. Don Jovino se alegró mucho de mi nombramiento, me felicitó y me dio muchos consejos, a los cuales agregó varios libros, un Tratado de Pedagogía, de Santos; un libro de "Ortología", otro de Ciencias Naturales y algunos más que no recuerdo. Se sentía orgulloso de su antiguo discípulo, me dijo.

Con el mencionado equipo y las relaciones establecidas por su conducto con un librero propietario de una tienda de libros en la Calzada Del Monte, después de el Cerro y hoy de Máximo Gómez, empecé a adquirir libros. El librero tenía un dependiente y él salía a vender libros, entre ellos novelones por entregas en los pueblos; me hice cliente de él y regresé a Surgidero para continuar dando clases como podía. En las horas libres de los días lectivos, y los sábados y los domingos, a petición del Dr. Collazo, proseguí mi trabajo en la botica y en la Quinta, residiendo en mi cuarto de ésta y comiendo en su casa, continuando él pagándome los mismos $25.00 de antes: Me encontré, pues, de pronto en condiciones de ayudar a sostener bien a mi familia, residente en el pueblo, y al ir a verla, ver también a mis padrinos y a Nanina en quien seguía pensando. La Junta de Educación me designó para tomar parte en la excursión de maestros a Harvard en el verano de ese mismo año, de 1900; acepté y fui. Enamorado como estaba de Nanina le pedí un retrato para llevarlo en el viaje y me lo dio firmado por ella, con la dedicatoria "A mi primo Ramiro". La víspera de salir de Batabanó para

la Habana, fui a visitarla por la noche, y quedé en volver a despedirme de mi padrino, mi madrina y de ella al día siguiente por la mañana temprano antes de marcharme a tomar el tren. Así lo hice. Padrino y madrina estaban acostados en el primer cuarto, me despedí de ellos y madrina me dijo: "Pasa al segundo cuarto y despídete de tu prima, que está despierta." Me alegré mucho de la indicación y Nanina al decirme adiós, se echó a llorar y se cubrió la cara con las manos. Me emocioné mucho y me fui sin intentar besarla como deseaba.

En Harvard hice conocimiento con unas maestras jóvenes de Sagua, chaperoneadas por Matilde Núñez, muy amiga del boticario de Batabanó, quien me dio una carta para ella, y para otra maestra alta y rubia—Matilde era trigueña y de mediana estatura—cuyo nombre siento no recordar, muy amiga mía también durante años. En la Universidad de Harvard las maestras se alojaron en casas de familias norteamericanas. Las direcciones de los 1,456 maestros y maestras excursionistas se hallaban todas a la vista en un edificio central de información en el "campus" de la Universidad. Allí encontré la de Matilde Núñez y sus compañeras de Sagua la Grande. Su amigo de Batabanó le había escrito antes de salir ella de Sagua, informándole que yo trataría de verla con una carta de presentación de él. Así lo hice, y pasamos a ser muy buenos amigos para toda la vida.

Tan pronto vi a Matilde le mostré el retrato de Nanina. Me preguntó si éramos novios "mi rubita" y yo. Yo estaba enamorado de ella, le dije y la quería mucho, pero no sabía si ella me quería a mí también como yo a ella. Matilde se rio y me dijo: "Cuando ella le dio el retrato para el viaje, aunque poniéndole de dedicatoria "A mi primo", es porque ella lo quiere también; no se haga el inocente." Yo no estaba completamente seguro de eso, pero desde entonces Matilde me simpatizó más y la quise más.

No cuento nada de mi vida en Harvard ni de mis impresiones del viaje que hicimos a Nueva York, Filadelfia y Washington, porque lo he referido detalladamente en mi libro "Fundación de la Escuela Pública de Cuba". No recuerdo si le escribí a Nanina, tal vez sí, pero sabía que ella había ido

a pasar los meses de verano a la casa de una familia amiga, o con la cual mis padrinos tenían relaciones de parentesco, en la calle de Manrique No. 76, altos, en la Habana, dirección fija para siempre en mi memoria. Carta de ella no recibí en Cambridge. Desembarqué en la Machina por la tarde, me alojé en el hotel Isla de Cuba, y por la noche me dirigí inmediatamente a Manrique 76. Subí ansioso la escalera y cuando pregunté por ella no estaba. Había demorado tres días su regreso a Batabanó, me informaron, esperando por si yo llegaba, pero no sabiéndose el día exactamente del arribo a la Habana del transporte Summer, en el cual venía yo de regreso, tuvo al fin que volver a Batabanó. En el bolsillo me quedaba sólo una peseta porque aunque había tenido la precaución de reservar la cantidad necesaria para estar unas horas en la Habana y pagar el pasaje en tren para Batabanó, varios de mis compañeros de viaje no tenían ni siquiera una peseta para pagarle al botero del transporte al muelle, dos de ellos de Batabanó; y los otros dos, de Quivicán. Pagué el botero a los cuatro y se me descompletó el dinero de mi pasaje. Recordé entonces la pequeña tienda del librero que viajaba por los pueblos de la provincia vendiendo libros, muchos de ellos por entregas, a los cuales se suscribían sus clientes, entre los cuales me contaba yo, según he mencionado con anterioridad, y me fuí allá a pie. Tuve la buena suerte de que se encontrara allí, y le pedí dos pesos prestados para almorzar y tomar el tren de la tarde para Batabanó. Dos pesos no me alcanzaban para nada, me dijo, y me prestó cinco. A los excursionistas se nos preparaba una fiesta en el teatro Tacón, en la cual hablaría el coronel Manuel Sanguily, y una visita a la Cabaña, pero yo estaba muy ansioso de ver a papá, a mamá, a mis hermanos y a Nanina y no me quise quedar en la Habana. Tomé el tren de la mañana, después de esperar más de una hora en la estación de Villanueva, para no exponerme a perderlo. De la llegada a Batabanó y a mi casa, donde todo fueron abrazos y besos, y de mi ida casi inmediatamente a casa de mis padrinos a ver a Ñanina, nada recordaba después, porque estaba muy emocionado y zarandeado. Durante tres o cuatro días todo fue contar mis impresiones no sólo de Cambridge, Harvard y Boston, sino

también de Nueva York, Filadelfia y Washington. Traje, para todos una porción de pequeños recuerdos porque el poco dinero no me permitía hacer otra cosa, después de gastar en una fotografía en Cambridge, arreglarme algunas piezas de la boca con un buen dentista, y comprar varios libros, entre ellos, "La educación intelectual moral y física", de Herbert Spencer y algunos de la "Biblioteca del Maestro" de Appleton, recomendados todos por mis profesores de Harvard, inclusive un "Método Práctico" para aprender inglés, de un profesor peruano, catedrático de español en Harvard, quien nos recomendó en una de sus clases aprovechar todo lo que pudiéramos en el curso de verano y en las excursiones, parte importante del mismo, pero que nunca olvidáramos "que valía más ser cabeza de ratón que cola de león".

Al cabo de los años, charlando el día 19 de junio de 1956, con Angela mi prima, respecto de mi llegada a Batabanó procedente de la Habana, para saber si ella, cuya memoria era excelente, recordaba algo, me dijo que lo recordaba todo. Llegué por tren en horas de la mañana hasta el Surgidero donde tomaban la guagua, en la estación del ferrocarril los pasajeros para el pueblo. Mamá y papá vivían entonces en una casa de la calle que hoy se llama General Peraza, esquina a otra calle paralela a la de la Estrella, del lado del sur de ésta. Angela estaba allí también, junto con mamá, mis hermanos Amelia y Felicia, y los hermanos más pequeños, sentados todos en el portal, en espera de mi llegada. Cuando vieron venir la guagua procedente del Surgidero, salieron a la calle, y como la guagua se detuvo a una cuadra o poco más allá, caminaron en dirección de la misma, y yo, al verlas, me bajé y me adelanté a encontrarlas. Para ella traje, entre otros recuerditos, una guía ilustrada de Washington con un plano de la ciudad y muchas fotografías, varias hojas del "Olmo de Washington" de Cambridge, llamado así porque bajo el mismo juró Washington el mando del Ejército de las trece colonias sublevadas contra Inglaterra, y dos pequeñas pedazos de granito, uno del color gris corriente, y otro rosado, de la Nueva Inglaterra, porque cuando salí para Harvard, ella

estaba estudiando Mineralogía, en un tomo de la primera edición del Manual de Maestros, publicado por "La Moderna Poesía". De mi llegada al cabo de una hora a casa de mis padrinos, residentes entonces en la calle Real, y de mi saludo a Nanina, Angela no sabe nada por no haber estado presente, ni yo recuerdo nada tampoco, acaso por las múltiples impresiones de dicho día.

Mi regreso de los Estados Unidos fue a fines de agosto. Cuando comenzaron las clases en septiembre de 1900, la Junta de Educación a petición mía, me trasladó para el aula segunda de la Escuela de Varones del pueblo, dirigida por un hermano del general Peraza, situada en la calle de la Estrella, frente a la casa de José Senjudo, quien era propietario del edificio y se lo había alquilado a la Junta.

En las vacaciones del siguiente año de 1901, debían celebrarse los primeros exámenes de maestros para obtener el certificado de primer grado, que habilitaba para la enseñanza por un solo año, y los maestros debíamos prepararnos anticipadamente para tal examen. En el Pueblo se creó una "Academia Preparatoria", a cargo por corto tiempo, de don Jovino Villar, pero éste se mudó al Surgidero y fue reemplazado por don Miguel González Toledo, el farmacéutico de Quivicán, quien venía por tren en las horas de la mañana y nos daba clases a todos conjuntamente, pagando cada maestro-alumno, la cuota correspondiente. Yo conocía a don Miguel desde cuando mis padres estuvieron viviendo en Quivicán y me inscribí como alumno, pero muy pronto don Miguel me dijo que a él le ocasionaba mucho trastorno venir desde Quivicán sábado tras sábado a dar las clases e iba a proponerle a los maestros-alumnos y a las otras personas aspirantes a ingresar en el Magisterio, que yo lo sustituyese al frente de la Academia porque no podía continuar los viajes semanales muy fatigosos para él. Todos los alumnos estuvieron conformes y comencé a dar clases a los maestros y a ganar algo adicional a mi sueldo de maestro primario, reducido. como el de todos, en 1901, en comparación al de 1900, porque la gran diferencia entre el peso corriente en Cuba en plata española y el dólar, se había reducido mucho.

Los exámenes de maestros de 1901, los primeros, llevároñse a cabo en diversos lugares de la provincia habanera, dividida en circunscripciones, una de las cuales estuvo formada por los pueblos de San Felipe, Batabanó y Surgidero. Celebráronse en un aula del Surgidero, por un tribunal calificador de tres miembros, el Dr. Alfredo M. Aguayo, Superintendente Provincial, el Dr. Martín Casuso y Roque y una tercera persona imposibilitada de concurrir. Sentados todos, Nanina inclusive, Aguayo habló en voz baja con don Martín, preguntándole, según supe después, a cuál maestro de los presentes podría designar para completar el tribunal. Don Martín me indicó a mí y el Dr. Aguayo me llamó por mi nombre a la mesa, a formar parte del tribunal, completándolo. Según las disposiciones oficiales dictadas para la celebración de los exámenes, a los maestros a quienes se designase para tomar parte de los tribunales, se les expediría un certificado sin examinarse. Los periódicos habaneros habían criticado esa disposición muy duramente, considerándola una medida de puro favoritismo, destinada a otorgarle el certificado a maestros faltos de preparación para examinarse. En tal virtud, al ponerme de pie, expresé al Dr. Aguayo mi deseo de examinarme en vez de ser calificador. En aquellos años, el doctor Aguayo, joven todavía, era un poco brusco cuando le contradecían, y me dijo perentoriamente: "Cumpla usted lo que se le ordena y venga a formar parte del tribunal". No me quedaba otro camino sino obedecer pero yo había puesto en evidencia ante todos mis compañeros del Distrito que no deseaba privilegio alguno, así pues pasé a la mesa a cumplir lo dispuesto. Al siguiente año, cuando los exámenes eran más extensos y más difíciles, no fui nombrado calificador; me examiné y obtuve 99 puntos de 100, el máximo del examen. Según me informó más tarde un competente maestro graduado en la Escuela Normal de la Habana en los últimos años de la Colonia, miembro del tribunal calificador, "el punto me lo habían rebajado por no haber puesto el acento a una palabra que debía llevarlo." Consigno el dato como un testimonio del rigor con que se calificaba por los tribunales, rectos y competentes. En aquel tiempo, los Superintendentes Provinciales daban publicidad en circulares oficiales, para conocimiento general, de los

examinados aprobados y de las calificaciones alcanzadas, de manera que se me consideró como un maestro muy distinguido. En los exámenes del verano de 1902, constituída ya la República, obtuve en junio el certificado de segundo grado, con una de las más altas calificaciones, por lo cual fuí nombrado calificador para los segundos exámenes en agosto, a los cuales concurrían los nuevos aspirantes suspensos en junio, si así lo deseaban. Más tarde, en 1903, aunque mi certificado de segundo grado de 1902, era válido por dos años, me presenté a examen para tratar de obtener el certificado más alto en junio, de tercer grado, y lo alcancé con muy alta calificación.

Nombrado calificador para los segundos exámenes fijados para los primeros días de agosto, fui a calificar durante cerca de una semana, a Güines, formando parte de uno de los tres tribunales calificadores designados, con dos muy queridos, muy cultos, muy decentes, muy íntegros e inolvidables compañeros: Baldomero Caballero, años más tarde director de escuela y maestro de mi hijo Jorge, en una escuela de Jesús del Monte, y Alberto Monté y Gil, uno de los más distinguidos maestros que han honrado la República, con quien me unieron los lazos de una fraternal amistad.

En 20 de mayo de 1902, Nani y yo, ya la llamaba así, éramos novios. Aunque ella y yo nos queríamos mucho, jóvenes ambos, desde la terminación de la Guerra Hispanoamericana, en 1898, nuestro noviazgo no comenzó propiamente hablando hasta el 31 de diciembre de 1901. En la despedida de dicho año, celebróse en Batabanó un baile público, con una buena orquesta, al cual asistieron casi todas las primeras familias de la población y, desde luego, toda la gente joven de uno y otro sexo.

Nani estaba en el baile y yo también, pero como yo no sabía bailar, permanecí sentado, con ella a mi lado. Yo estaba doblemente preocupado, primero, por el hecho de no saber bailar; segundo, porque aunque ella sabía, rehusó hacerlo con cuantos la invitaban insistentemente; tercero, porque me daba cuenta, desde luego, que se privaba de hacerlo, sólo por mí. Pastor mi hermano, estaba en el baile con Josefa Osorio, con quien no tardó en contraer matrimonio,

su novia, y se mostraba muy contento, haciendo chistes para reír él y hacer reír a los demás. En una ocasión Pastor se acercó a nosotros queriendo contagiarnos con su alegría y ella me dijo: "Chico, ¿cómo estás tan callado y con aspecto tan melancólico, mientras Pastor está tan contento?" Yo le contesté: "Su alegría se debe a estar con su novia a quien quiere mucho." Ella me miró a los ojos y me dijo: "Yo te quiero a tí todo lo que puede quererse; tú lo sabes". Yo, en verdad, lo pensaba así, pero nunca se lo había preguntado, ni ella, desde luego, me lo había dicho. Entonces, la invité a dar unas vueltas por el salón, llevándola del brazo. Así comenzó nuestro noviazgo, aunque ella durante dos o tres semanas se mostró un poco reservada cuando yo iba a verla por la noche y nos sentábamos en el portal. Algo preocupado y caviloso, le pregunté por qué se mostraba así conmigo. La culpa era mía, me dijo: porque no debió adelantarse a decirme nada, sino esperar a que yo se lo dijera. Para quitarle cualquier preocupación, le recordé que Concha Pérez, la esposa de Panchitín Díaz Piedra, me había dicho cuando yo tenía 14 años: "Ramiro, tú estás enamorado de tu prima Laudelina y te casarás con ella"; agregándole que lo primero era verdad desde entonces, y quizás desde antes. Su respuesta fue: "Eso lo dijo Concha, pero tú no me lo dijiste ni entonces ni después."

Ella tenía razón, pero mi silencio se había debido a dos causas. Primera: ella tenía muchos enamorados, por lo menos cuatro conocidos por mí, y yo esperaba ver si les hacía caso o no a alguno de ellos; segunda: porque yo le daba todo mi sueldo a mamá para ayudar a sostener la casa y no tenía posibilidades de casarme por el momento. En esa situación nos hallábamos cuando se aproximaba la fecha del 20 de mayo de 1902, fecha de la constitución de la República. Mis padrinos, llevándola con ellos, fueron a pasar ese día de fiesta en la Habana, en la casa del Dr. Leopoldo Berriel de la calle de Egido. Yo fuí también a la Habana, hospedándome en el hotel Isla de Cuba. En la antigua Cortina de Valdés, frente al Morro y la Cabaña, se levantó una gradería de madera muy amplia para acomodar a las personas anhelosas de ver izar la bandera cubana en el Morro a las 12 en punto del día. La familia del Dr. Berriel presenciaría el acto en la gradería

y Nani fue con ellos. Yo ocupé un asiento cercano y presenciamos emocionados el memorable espectáculo, oyendo los himno de los Estados Unidos y de Cuba, al arriarse la bandera norteamericana e izarse la cubana, saludadas ambas con salvas de cañonazos y vivas ensordecedores de la inmensa muchedumbre apiñada en todo el litoral. Catorce meses y diez días más tarde, nos casábamos, el primero de julio de 1903, por la noche, a las 9 y 30, en la sala de la casa donde vivían mis padrinos, acera opuesta de la casa donde comenzó nuestro noviazgo, y acto seguido nos fuimos en un coche hasta nuestra casa, número 15 de la calle de la Estrella. Allí nació María, mi hija, en 1904, mudándonos más tarde permanentemente, después de un viaje a México en el verano del mismo año, para reponerse Nani, quebrantada su salud asistiendo a mi madrina hasta el fallecimiento de ésta en 1904, a nuestra casa de Milagros número 8, oeste, en la Víbora, en 1906, construída en un solar comprado a plazos a Don Angel Justo Párraga. Al casarnos en 1903, se abrió nuevo período en la vida de ella y en la mía, por lo cual cierro este libro en dicho año, pues lo demás es historia, no sólo de Nani y mía, sino de nuestros hijos, nuestros nietos y tal vez también de los descendientes de éstos en una larga posteridad, a quienes bendigan Dios y la Santísima Virgen María y los tengan siempre bajo su santa guarda. Para ellos he escrito y editado este libro, en ellos y en mis amados muertos puesto el pensamiento.

y Juan José con ellos, ello ocupó un [illegible] tiempo y [illegible]mente vino después el acontecimiento esperado, y cuando los [illegible] de dos [illegible] y [illegible], [illegible] y [illegible] a [illegible], [illegible] con [illegible] de [illegible] y [illegible] de la [illegible] en todo el [illegible]. [illegible] y [illegible] de [illegible] de 1902, por la noche, [illegible], en la [illegible] de la [illegible] a [illegible], [illegible] de [illegible] y [illegible] en [illegible] casa número 15 de la calle de la [illegible]. [illegible], en 1904, [illegible] en el [illegible] del mismo año, para [illegible], [illegible] en 1907, [illegible] número 9, [illegible] en la [illegible], en 1908, [illegible] en 1909, [illegible] en la vida de ella y en la [illegible], que [illegible] lleva este [illegible] en dicho año, pues [illegible] uno de nuestros hijos, nuestro [illegible] y [illegible] de los descendientes de éstos en otro largo [illegible], [illegible] y [illegible] Virgen María y [illegible]. Para ellos [illegible] y [illegible] este [illegible] y en [illegible] [illegible] el [illegible].

Indice alfabético de nombres de personas

A

B

C

CH

D

E

F

G

H

I

L

M

N

O

P

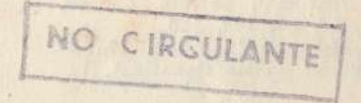
Q

R

S


MINISTERIO DE HACIENDA
REPUBLICA DE CUBA
BIBLIOTECA
AÑO DE LA EDUCACION


BIBLIOTECA PUBLICA DE LA HABANA


NO CIRCULANTE

INDICE GENERAL

Se terminó de imprimir esta obra el día 8 de Junio de 1957, en los Talleres Tipográficos de Editorial LEX, situados en la calle Amargura Nos. 259-261, La Habana.


EDITORIAL
LEX